

## CAPÍTULO I

### PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA: NIÑOS DE Y EN LA CALLE

En 1990, la Organización de las Naciones Unidas (ONU) aprobó la *Convención sobre los derechos del niño*, un tratado internacional de derechos humanos que, hasta la fecha, ha sido ratificado por todos los países del mundo, salvo dos. Dicha Convención estableció un marco legal universal que define los derechos humanos básicos a los cuales todos los niños<sup>1</sup> del mundo deben tener acceso, sin discriminación alguna: el derecho a la supervivencia; al desarrollo pleno; a la protección contra las influencias peligrosas, contra el abuso y la explotación; y a la plena participación en la vida familiar, cultural y social. Asimismo, este instrumento de derechos humanos garantiza lo estipulado a través de universalizar una serie de estándares en atención de la salud, la educación, el trabajo infantil y la prestación de servicios jurídicos, civiles, sociales y culturales. Estas normas sirven de puntos de referencia para medir y evaluar el progreso de los Estados que ratificaron la Convención en cuanto al cumplimiento (UNICEF, 1990).

Bajo la Convención, todos los padres de familia, encargados legales, miembros de la comunidad y otras autoridades tienen la responsabilidad legal de promover y proteger los derechos de la niñez. Del mismo modo, los Estados ratificadores de la Convención están legalmente obligados a desarrollar e implementar todas las acciones, programas y políticas de conformidad con el interés superior del niño. Sin embargo, a pesar de una década de iniciativas basadas en el “interés superior del niño,” es evidente que muchos niños en todas partes del mundo aún se enfrentan cotidianamente con privaciones, sufrimiento, maltrato, explotación, marginación y exclusión social. De hecho, muchos continúan viviendo en condiciones de

---

<sup>1</sup> La noción de “niño” se utilizará tal como fue presentada en la *Convención sobre los derechos del niño*, la cual refiere a todos los niños, las niñas y los y las jóvenes menores de 18 años como “niños.”

pobreza extrema que inhiben un sano desarrollo integral. A continuación se reproducirán algunos testimonios de niños de diversos países, que se han tomado de diversas fuentes:

Mis papás no tienen trabajo, por eso es muy triste llegar a la casa sin tener nada, por eso vivo mejor en la calle, donde como lo que alcance con lo que gané en el día y duermo ahí donde caiga . . . yo si no trabajo, pues no como, por eso no tengo tiempo de estudiar (niño de la calle, México). (Ramírez, 2000)

Todos los días, me peleo con mi papá. Todos los días, mi papá se emborracha y se pelea con mi familia. Por eso, me fui de mi casa. Luego, se fue mi hermano también. Mi familia me pide que me quede en casa pero siempre regreso a la calle (niño en la calle, Etiopía). (Veale, 1998)

Una vez, una amiga de mi papá me pidió que fuera a su casa a lavar sus trastes, y luego, decidió darme trabajo. Antes de eso, trabajaba para otra señora, también lavando trastes, pero me mandaba y regañaba mucho, así que me fui después de un mes. Ahora [gano] alrededor de \$2.70 por día. De ese dinero, [le doy] \$1.60 a [mi] mamá y me quedo con el resto para poder estudiar (niña trabajadora, Honduras). (Green, 1999)

[Pido limosnas en la calle] pero pronto lo voy a dejar de hacer, y nadie se va a acordar de mí. Ya empecé a buscar trabajo, pero la señora que me dijo que me iba a emplear, pues, se cambió de opinión. Y ahora, sólo pido en las calles porque tengo hambre. [No llego a mi casa a comer porque] mi mamá sólo cocina para mi papá, no para mí (niño en la calle, Brasil). (Scheper-Hughes y Hoffman, 1997).

Estas reflexiones de los niños *de* y *en* la calle<sup>2</sup> en diferentes partes del mundo ilustran algunos de los factores que contribuyen a la migración de los menores a la calle. Aunque los factores sociales, culturales, económicos y políticos que propulsan a los niños a la calle difieren con cada niño, todos comparten una realidad parecida de lucha, privaciones y exclusión, tanto en sus hogares, como en las calles de los centros urbanos de los países en vías de desarrollo, que sea en África, Asia o América Latina (Veale, 1998).

---

<sup>2</sup> Los niños *de* la calle se refieren a aquellos niños que han cortado su vínculo afectivo con el núcleo familiar y residen de tiempo completo en la calle, mientras que los niños *en* la calle son aquellos niños que aún mantienen el vínculo con sus familias, pero que pasan la mayor parte del tiempo en las calles, principalmente como menores trabajadores.

### *El alcance del fenómeno de los niños de y en la calle*

Uno de los desafíos más pertinentes en el ámbito del desarrollo social es la creciente preponderancia de los niños que viven y trabajan en las calles en ciudades urbanas a través del mundo. El Fondo de las Naciones Unidas para la Niñez (UNICEF) y Casa Alianza, una organización internacional, no gubernamental para los niños de la calle, calculan que existen alrededor de 100 millones de niños que viven y trabajan en las calles de los países en vías de desarrollo. Globalmente, el fenómeno de niños de y en la calle tiende a concentrarse en los países de ingreso medio, tales como Brasil y México, más que en los países más ricos o más pobres del mundo (UNESCO, 1982). De la población global total de niños de y en la calle, 40 millones residen en Latinoamérica (Casa Alianza, 1999; UNICEF, 1997).

Los países latinoamericanos que más contribuyen a la población total de niños de y en la calle son Brasil, Colombia y México (Martínez y Silva, 1998). En Brasil, por ejemplo, el número de niños de y en la calle ha alcanzado más de 10 millones, los cuales luchan día tras día para sobrevivir en las calles (Novartis, 2000). Por otro lado, en Colombia, la UNICEF divulga que en los últimos 15 años, más de 1.1 millones de niños han sido desplazados por la guerra civil en este país. Muchos niños han tenido que huir de los niveles altos de violencia en sus comunidades de origen y llegan a las grandes ciudades de Bogotá, Medellín y Barranquilla para trabajar y sobrevivir en las calles (Villamizar, 2000). A Bogotá, la capital de Colombia, se le conoce en el ámbito internacional como “la capital de niños abandonados del mundo” y los cálculos aproximados, aunque conservadores, revelan que sólo en esta ciudad existen entre 3,000 y 5,000 niños de la calle (Connolly, 1990). Por último, en México, EDNICA I.A.P.<sup>3</sup> calcula que

---

<sup>3</sup> *Educación con el Niño Callejero* (EDNICA, I.A.P.) es una organización mexicana no gubernamental basada en la Ciudad de México que se dedica al desarrollo de programas comunitarios preventivos a favor tanto de los niños en riesgo, como de la población de niños de y en la calle.

existen alrededor de 140,000 niños, niñas y adolescentes que utilizan las calles y otros espacios públicos para satisfacer sus necesidades básicas (EDNICA, 2000).

Otro grupo conceptualmente relacionado con la población de niños de y en la calle consiste en la población de “niños trabajadores.” Aunque se concentran principalmente dentro del sector de la economía informal, esta población labora a través de una gama amplia de entornos, tales como, la agricultura, los hogares, los talleres, las fabricas y maquiladoras, y el ámbito de la calle. Se considera que los niños trabajadores en la calle conforman un sub-sector dentro de la población total de niños trabajadores. Según la Organización Internacional de Trabajo (OIT), existen aproximadamente 250 millones de niños en el mundo, entre las edades de 5 y 14 años, que trabajan, mientras que cerca de la mitad de éstos (alrededor de 120 millones), trabajan de tiempo completo (Departamento del Trabajo de los Estados Unidos, 2000). La Comisión Nacional de Acción a favor de la Infancia (2000) calcula que en México, 3,500,000 niños actualmente trabajan. De éstos, estima que 111,306 son niños trabajadores en la calle. La tabla 1 abajo presenta un resumen del fenómeno de los niños trabajadores, como porcentaje de la población total de niños, en algunos países dentro de la región latinoamericana.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Puede haber diferencias entre las estadísticas de Casa Alianza y las de la UNICEF, la OIT y la CNAFI, ya que los cuestionarios del hogar y los censos de la población suelen adoptar un rango de edad más angosto y/o una definición conceptual más limitada del “trabajo infantil” que las organizaciones internacionales (por ejemplo, los censos de población excluyen a los trabajadores infantiles que laboran dentro de la economía informal).

Tabla 1

*Los niños trabajadores en las Américas*

PAÍS	POBLACIÓN TOTAL DE NIÑOS	POBLACIÓN TOTAL DE NIÑOS TRABAJADORES	PORCENTAJE
Argentina	3,197,582	214,138	6.7%
Bolivia	386,222	54,549	14.1%
Brasil	17,588,115	3,599,747	20.5%
Chile (*)	755,227	14,914	2.0%
Colombia (*)	2,327,823	367,796	15.8%
Costa Rica (*)	203,893	26,009	12.8%
Ecuador	1,391,433	420,663	30.2%
El Salvador	661,176	85,516	12.9%
Guatemala	1,325,725	316,061	23.8%
Haití	847,706	158,182	18.7%
Honduras	778,714	88,264	11.3%
México	10,934,134	1,233,353	11.3%
Nicaragua	575,137	42,310	7.4%
Panamá	278,631	12,603	4.5%
Paraguay	602,417	49,097	8.2%
Perú (**)	4,928,899	801,033	16.2%
República Dom.	871,144	42,302	4.8%
Uruguay	253,846	5,780	2.1%
Venezuela	3,205,592	80,781	2.5%
<b>Total</b>	<b>51,113,416</b>	<b>7,613,198</b>	<b>14.9%</b>

Fuentes: Encuestas de hogares y censos de población. (\*) Población total y niños que trabajan calculada de 12 a 14 años. (\*\*) Población total y niños que trabajan calculada de 6 a 14 años. Los demás países, de 0 a 18 años (Casa Alianza, 2002).

Ya que los niños trabajadores en el ámbito de la calle están conceptualmente situados dentro de los ámbitos de la calle y del mercado laboral informal, frecuentemente están incorporados en las estadísticas nacionales e internacionales relacionadas tanto con el fenómeno de los niños *de* la calle, como con el fenómeno de niños *en* la calle (Ennew, 1997). Asimismo,

existe evidencia en la literatura sobre los niños de y en la calle que indica que la fuente de las cifras puede influir en la cuantificación de los niños que viven y trabajan en la calle. Mientras que los gobiernos nacionales pueden intentar a minimizar el número de niños que viven y trabajan en las calles, las organizaciones no gubernamentales y los organismos internacionales, por otro lado, pueden buscar maximizar las cifras, en un esfuerzo por insertar el fenómeno en la agenda internacional, o bien, para aumentar la cantidad de financiamiento que reciben por sus causas (Copping, 1998).

Debido a la discrepancia inherente en las estadísticas sobre los niños de y en la calle en la literatura existente, es menester tomar en cuenta la fuente, u origen, de los datos, y a su vez, comparar y contrastar los datos entre varias organizaciones distintas para así asegurar que no se reciba una perspectiva predispuesta de una sola fuente.

#### *La conceptualización de los niños de y en la calle*

El concepto del niño callejero no es nuevo; tampoco se ubica el fenómeno exclusivamente dentro de los países en vías del desarrollo. Víctor Hugo (1965, citado en Tyler, Tyler, Echeverri y Zea, 1991) originó el término *gamin* en París para denotar a aquellos niños que vivían y trabajaban en las calles durante la Revolución francesa. Igualmente, Ashby (1984) aportó a la literatura teórica existente una reseña histórica de las intervenciones que se hacían con la población de menores callejeros, o *waifs*, en los Estados Unidos durante el período de 1890 hasta 1917. Sin embargo, el fenómeno de menores de y en la calle ha experimentado un auge marcado en las últimas décadas, lo cual ha otorgado a estos menores una presencia mundial que difícilmente se puede ignorar, y a su vez, una creciente atención internacional a sus realidades vividas y las causas que los precipitan a una situación de calle (Cosgrove, 1990).

¿Quiénes constituyen a los distintos grupos de menores callejeros? La respuesta ha presentado un reto conceptual a los analistas, autores e investigadores que trabajan con este sector, al tratar de desarrollar un sistema válido y confiable para clasificar a la población de niños de y en la calle, junto con aquellos niños que están en alto riesgo de migrar a la calle. Esto se debe al hecho de que la mayoría de estos menores no cabe uniformemente en categorías estadísticas previamente definidas, sino que oscile entre categorías, o bien progrese de una categoría a otra a lo largo de sus vidas. Es más, existe una serie de factores, tales como la cultura, la ubicación, la edad, el sexo y la naturaleza cambiante del fenómeno de la migración a la calle, que contribuye a la complejidad del asunto, al intentar tanto a establecer definiciones conceptuales y operacionales consistentes, como a obtener datos precisos de los números exactos de niños en situación de calle (Cosgrove, 1990; De la Barra, 1998).

La revisión de la literatura empírica sugiere que la mayoría de los autores adopta el sistema clasificatorio creado por Lusk (1989), y posteriormente promovido por la UNICEF, que categoriza a los niños de y en la calle según su etapa de desarrollo en el proceso de la migración a la calle (Arriagada, 1995; Connolly, 1990; Copping, 1998; de la Barra, 1998; Peralta, 1995; Schrader, 1998; Raffaelli, 1996). Las categorías reflejan las observaciones prácticas de los trabajadores sociales, especialistas e investigadores en el área que plantean que existen considerables diferencias entre el niño que socializa en la calle, el niño que trabaja en la calle y el niño que ha cortado vínculos con su núcleo familiar y por ende, vive de tiempo completo en la calle.

De acuerdo con la tipología, el primer grupo, *los niños en alto riesgo*, consiste en aquellos niños, niñas y jóvenes, menores de 18 años que viven en condiciones de pobreza o pobreza extrema —frecuentemente en comunidades marginales— en una situación en la que sus

familias y comunidades son estructuralmente incapaces de satisfacer sus necesidades básicas. Estos menores generalmente reciben poca atención y supervisión de sus propios padres y de otros adultos en la comunidad; y al estar frente a una escasez de escuelas, infraestructura social y recursos comunitarios, pasan gran parte de sus días trabajando o socializando en las calles. Están marginalmente expuestos a la cultura callejera; sin embargo, mantienen vínculos totales con sus familias. Los menores en esta categoría normalmente aún asisten la escuela, aunque algunos pueden manifestar los síntomas típicos de la deserción escolar: la reprobación continua, la baja asistencia, el poco interés en el estudio y un rendimiento académico bajo. Algunos autores también incluyen en esta categoría a los hermanos y hermanas menores de los niños que viven y trabajan en la calle, sugiriendo que en estos hogares, puede ser que las familias ya visualicen y acepten el “vivir en la calle” como una estrategia normal de supervivencia y el “trabajar en la calle” como un medio viable para complementar el ingreso familiar (Lane, 1998; Schrader, 1998).

Segundo, *los niños en la calle* son aquellos niños, niñas y jóvenes, menores de 18 años que invierten una parte considerable de su tiempo en las calles, principalmente como menores trabajadores. Mantienen lazos familiares más o menos fuertes y generalmente regresan a sus casas en la noche para dormir después de trabajar, aunque algunos se quedan durmiendo en las calles ocasionalmente debido a una gran distancia entre su casa y su sitio de trabajo. Pocos menores en esta categoría asisten la escuela, ya que muchas veces trabajan desde la mañana hasta la noche y frecuentemente entregan una parte o todo su ingreso a sus familias. Este grupo está completamente inmerso en la cultura de la calle y los peligros inherentes: la violencia, la delincuencia, el maltrato de la policía y otros adultos, las sustancias ilícitas y la prostitución.



Dentro de la población de menores trabajadores, Lusk (1989) propone que existen dos subcategorías adicionales para distinguir entre aquellos menores que trabajan como un componente de una entidad familiar trabajadora (*los menores trabajadores familiares*) y aquellos que participan en el ámbito laboral —tanto formal como informal— sin sus familias (*los menores trabajadores independientes*). Ahora bien, dentro de la categoría de menores trabajadores independientes, se ubica el sector de la población menor trabajadora que labora en la vía pública. Estos menores de 18 años suelen mantener vínculos con sus familias y hogares y participan principalmente en el sector económico informal, donde realizan diversas actividades laborales en la vía pública, entre ellas figuran las siguientes: los vendedores callejeros, limpiaparabrisas, guardacoches, malabaristas, ayudantes de mandados y pedigueños. Este sector tiende a prestar sus servicios a cambio de efectivo, materiales o incentivos no monetarios (DIF, UANL y UNICEF 1997).

Por último, *los niños de la calle* son aquellos niños, niñas y jóvenes, menores de 18 años que han cortado sus vínculos con el núcleo familiar (o para quienes los lazos familiares han sido cortados). Las calles y otros espacios públicos se vuelven el “hogar” de los menores en esta categoría, en donde trabajan, juegan, socializan, comen, duermen y crecen. Los menores de este grupo yacen en el perímetro de la estructura normativa de la sociedad: principalmente ya abandonaron la escuela, o bien, nunca ingresaron en el sistema educativo formal; no tienen contacto con sus familias y mantienen interacciones estrechamente limitadas con los adultos en general. A diferencia de los otros grupos, los niños de la calle forman parte de la cultura callejera. Están rodeados por —y a menudo involucrados en— los peligros de la calle. Una gran parte de este grupo realiza actividades ilegales para complementar sus ingresos, para satisfacer sus necesidades básicas y/o adicciones, y para sobrevivir.

Según los autores Barker y Knaul (1991), la mayoría de la población callejera infantil en América Latina consiste en el grupo de menores que trabajan en la calle (el 75%). Estos niños suelen mantener vínculos con sus familias pero generalmente pasan una gran parte del tiempo trabajando en las calles para contribuir económicamente al ingreso de sus familias. El restante (un 25%) lo conforman los niños de la calle que residen de tiempo completo en las calles, padecen frecuentemente de adicciones a inhalantes u otros estupefacientes ilegales, y duermen en edificios abandonados, debajo de puentes o en otros espacios públicos de la ciudad.

Ahora bien, dentro de la población de menores trabajadores, el sector más vulnerable es el grupo de niños que desempeña actividades relacionadas con la economía informal en la vía pública: los vendedores callejeros, los limpiaparabrisas, los malabaristas, los voceadores, los guardacoches y los pedigüños. Este sector suele no recibir protección alguna de las Leyes Federales de Trabajo y frecuentemente ha desertado el sistema educativo formal, trabaja largas horas en las calles por un escaso sueldo y proviene de colonias populares, caracterizadas por una carencia de oportunidades académicas, vocacionales, sociales y recreativas en el ámbito comunitario para su sano desarrollo integral (DIF y otros, 1997). Para los fines de esta investigación, la población objeto de estudio consistió en las familias de este subgrupo particular de los menores trabajadores: los niños que participan en el sector de la economía informal dentro del ámbito de la calle.

#### *Los orígenes del fenómeno de los niños de y en la calle*

La literatura y las investigaciones empíricas presentan una miríada de factores estructurales, culturales, familiares y sociales que precipitan a los menores a las calles, para vivir o trabajar, o ambos. Los autores en el área de niños de y en la calle concuerdan en que la migración del menor a la calle es un proceso en el cual interactúa una multiplicidad de factores

de relación arrojar-atraer<sup>5</sup> (Arriagada, 1995; Connolly, 1990; Copping, 1998; De la Barra, 1998; Kefyalew, 1998; Lane, 1998; Martínez y Silva, 1998; Ordoñez, 1998, 1999; Peralta, 1995; Raffaelli, 1996; Veale, 1998). No obstante, existe un nivel alto de desacuerdo entre los autores —y evidencia empírica contradictoria— referente a cuáles factores, o combinación de factores, causan el movimiento de los menores a la calle.

La revisión de la literatura y los precedentes empíricos proporciona un fundamento básico para el entendimiento de los factores diversos que pueden precipitar el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar. Los factores precipitantes individuales y familiares, o microfactores, incluyen influencias tales como la deserción escolar y la pobreza familiar (Kefyalew, 1998; Martínez y Silva, 1998; Raffaelli, 1996; Wittig, 1994). Por otro lado, las influencias estructurales, o los macrofactores, incluyen la pobreza, la urbanización, la deuda externa y las inconsistencias entre las políticas macroeconómicas y sociales (Connolly, 1990; De la Barra, 1998; Fallon y Tzannotos, 1998). Las influencias comunitarias, o mesofactores, sin embargo, no están tan claras dentro de la literatura, ya que hasta la fecha, existe una vasta escasez de estudios empíricos con menores trabajadores en el contexto de sus comunidades. Más bien, las investigaciones previas con la población de niños de y en la calle tradicionalmente han buscado identificar los factores de riesgo tanto intrapersonales y demográficos familiares, como estructurales. Se propone que las investigaciones futuras deberían considerar no solamente los factores contribuyentes micro y macrosociales, sino también los factores mesosociales, tales como las relaciones e interacciones que ocurren ambos dentro de y entre las familias en una comunidad. Hasta el presente, no está claro en la literatura en qué manera dichas interacciones y

---

<sup>5</sup> En la literatura sobre el fenómeno de los niños de y en la calle, los factores de relación arrojar-atraer se refieren tanto a aquellas influencias que *arrojan* a los niños hacia la calle para vivir y/o trabajar (por ejemplo, la pobreza, el abuso y el abandono), como a aquellas que *atraen* a los niños hacia la calle para vivir y/o trabajar (por ejemplo, la libertad, la remuneración monetaria y la adicción a sustancias químicas).

relaciones interpersonales pueden influir en el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar. Debido a la falta de estudios de esta naturaleza, la presente investigación procura enfocarse en el nivel mesosocial, al explorar los patrones de interacción intrafamiliar, y entre la familia y la comunidad, que surgen en este ámbito.

#### *Las consecuencias al no abordar los factores de riesgo de los niños de y en la calle*

La región de América Latina se enfrenta con un desafío crítico, ya que la urbanización explosiva, las ciudades sobrepobladas, la pobreza, la distribución desigual de riquezas y recursos, y los efectos laterales de la globalización de la economía dirigida al mercado abierto, han contribuido a un incremento en el número de niños forzados a migrar a las calles urbanas para complementar el ingreso de sus familias, o en muchos casos, para sobrevivir (Connolly, 1990; Peralta, 1995; De la Barra, 1998). En muchos países de la región, el crecimiento acelerado de la población urbana, junto con la pobreza en las ciudades, son catalizadores comunes que han incitado un aumento en la prevalencia de niños de y en las calles. Casa Alianza (1999) divulga que son millones los niños que nacen en —y migran a— las comunidades urbanas marginales (conocidas como los cordones de miseria) que han surgido en la periferia de las grandes ciudades latinoamericanas durante los últimos 30 años. Varios autores afirman que precisamente éstas son las comunidades de las cuales emerge la mayor parte de la población de niños de y en la calle (Connolly, 1990; Lusk, 1989; Peralta, 1995).

Por otro lado, se calculó que para el año 2000, al menos un 50% de las viviendas urbanas en Latinoamérica estarían ubicadas en los asentamientos precarios e/o irregulares, cuyos habitantes suelen ocupar los estratos sociales más bajos (Pucci, 1993). En América Latina, por ejemplo, el 73% de la población total es urbana y el 60% de la población total de pobres reside en los centros urbanos (Arriagada, 1995). Sin una respuesta sistemática al desafío que la

interacción de estos factores le ha presentado a la región, América Latina estará frente a las inminentes repercusiones en cuanto al bienestar de su niñez. Para el año 2020, la UNICEF proyecta que el 10% de la población infantil total en Latinoamérica estará viviendo en condiciones de pobreza, lo cual puede incrementar en decenas de millones la prevalencia de niños que trabajan y viven en las calles (Albarrán de Alba, 1996). Sin embargo, otras fuentes indican que la población de niños en América Latina que vive en condiciones de pobreza ya ha excedido el 10% (CEPAL, 2002; Sánchez, 1997).

### *Las implicaciones e importancia para el trabajo social y la política social*

Después de identificar los factores precipitantes y de entender la compleja relación entre éstos y la migración a la calle, el siguiente paso es tratar de prevenir el fenómeno antes de que ocurra (Veale, 1998). De acuerdo con esta suposición, el problema de migración de menores a la calle requiere un enfoque preventivo, que procure incitar a las comunidades urbanas marginales a fortalecer su tejido social interno, mediante la generación de oportunidades académicas, vocacionales, económicas y recreativas para la niñez desde el interior de la propia comunidad. En este sentido, crear y promover las oportunidades comunitarias pueden prevenir que los niños migren a las calles para satisfacer las necesidades sociales, económicas y recreativas que sus propias comunidades han sido estructuralmente incapaces de solventar.

El fortalecimiento de las familias y las comunidades desde el interior mediante estrategias de empoderamiento está muy vinculado al sistema de valores al cual adhiere la profesión del trabajo social. Asimismo, el compromiso del trabajo social tanto a proteger a los niños del maltrato y la explotación, como a promover su sano desarrollo físico, mental y emocional es una prioridad esencial e indiscutible de la profesión. Los trabajadores sociales, guiados por los principios de la justicia social y los derechos humanos, tienen una presencia ubicua dentro del

mesosistema; ahí diseñan sus intervenciones en los espacios en los cuales los individuos y grupos interactúan con su entorno (IASSW, 2001). Por ende, la profesión del trabajo social ocupa una posición favorable para poder responder al fenómeno de los niños de y en la calle al abordar las inequidades e injusticias en el mesosistema que pueden incitar el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar.

No obstante, la delineación e implementación de las estrategias de atención en la calle — dirigidas a la población de menores ya expuestos a la calle— sin tomar en cuenta la población de menores que vive en comunidades urbanas marginales y que está en riesgo de salir a la calle, es una medida miope para solventar la migración de menores a la calle (De la Barra, 1998). Para poder mejorar la provisión de servicios a estos sectores de la población mediante programas diseñados conforme con las necesidades específicas de cada grupo, es imperativo determinar de antemano cuáles factores contribuyen a la migración de los menores a la calle, y a su vez, cuáles recursos la previenen. Esto facilitará a los trabajadores sociales y las organizaciones que atienden a los niños de y en la calle a desarrollar y ejecutar iniciativas comunitarias preventivas que empoderen a las comunidades marginales a generar y movilizar los recursos y mecanismos internos de apoyo mutuo, con el fin de contrarrestar las condiciones sociales y económicas que están propulsando a los menores a la calle. En este sentido, los profesionistas del campo del bienestar social de los niños podrían atender de una manera más efectiva tanto a la población de menores en riesgo de salir a la calle —anticipando los factores que precipitan la migración, como a la población de menores ya expuestos a la calle— mediante el fortalecimiento de las familias y comunidades para satisfacer sus necesidades económicas y sociales desde el interior.

Además de ejercer influencia en la práctica del trabajo social, este estudio también intenta incidir en la política social y en las investigaciones futuras sobre este fenómeno. En el caso de

que éste y otros estudios logren empíricamente demostrar una diferencia en los patrones de interacciones y/o relaciones intra y extrafamiliares entre las familias con hijos que trabajan en las calles y las familias con hijos que no trabajan, se creará una medida útil para guiar a los formuladores de las políticas sociales a mover de un enfoque paliativo, hacia la generación de iniciativas preventivas para abordar el fenómeno de la migración a la calle —desde su raíz— en las comunidades de origen. Asimismo, si éste y futuros estudios logran verificar que se pueden movilizar a las familias y las comunidades como recursos que prevengan el movimiento de menores a la calle, sería posible justificar, con teoría y precedentes empíricos, la formulación de políticas sociales que desarrollen y fortalezcan nuevos mecanismos familiares y comunitarios para anticipar el riesgo. Esto, a su vez, podría ayudar a reducir la probabilidad de que ciertos sectores de la población infantil migren parcial o totalmente a la calle.

#### *La razón fundamental y el propósito de este estudio*

Sigue siendo cierto, sin embargo, que no todos los niños de familias y/o comunidades pobres trabajan, a pesar de las condiciones evidentes de pobreza en que viven. Esto conduce a especular que las interacciones y relaciones intrafamiliares, y entre la familia y la comunidad, podrían desempeñar un papel vital, o en precipitar, o en prevenir la migración de los niños a la calle para trabajar. El propósito del presente estudio consiste en explorar si algunas variables del capital social, relacionadas tanto con la familia, como con la comunidad, influyen en el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar.<sup>6</sup> Así pues, la razón fundamental de este estudio se basa en las siguientes tres suposiciones: 1) que la migración hacia la calle puede ser precipitada por la inhabilidad estructural de las familias y/o de las comunidades a satisfacer las

---

<sup>6</sup> El estudio realizado aquí empleó un diseño no experimental, *ex post facto* y transversal, en el cual se entrevistaron a 200 madres/encargadas del hogar de niños que trabajan en la calle, y que no trabajan, dentro de una colonia urbana en Monterrey, Nuevo León, México. Se describirán con más detalle los métodos y el contexto geográfico para esta investigación en el capítulo IV, denominado, “Métodos.”

necesidades básicas de sus hijos (véase el capítulo II); 2) que hasta la fecha no han sido evaluados los indicadores mesosociales en cuanto al fenómeno de los niños de y en la calle, ni la posible influencia que ejercen las relaciones intrafamiliares, y entre la familia y la comunidad, en el movimiento de los niños a la calle para trabajar (véase el capítulo III), y 3) que existe una cantidad considerable de evidencia empírica, la cual sugiere que las interacciones y relaciones intrafamiliares, y entre la familia y la comunidad, pueden impactar de manera positiva, en varias áreas del bienestar social de los niños relacionadas con el fenómeno del trabajo infantil callejero (véase el capítulo III).

Partiendo de estas suposiciones y en base a la literatura actual sobre los niños trabajadores en la calle, la siguiente interrogante queda sin respuesta: *¿Cómo y por qué algunas familias tienen hijos que trabajan en la vía pública, mientras que otras familias —que comparten condiciones socioeconómicas parecidas y el mismo entorno comunitario— tienen hijos que no trabajan?* Para dar respuesta a esta reflexión, este estudio intenta identificar los factores de riesgo y de protección, tanto de la familia, como de la comunidad, dentro de una colonia urbana marginal en la Municipalidad de Monterrey, México, que puedan precipitar o prevenir el movimiento de los niños a la calle para trabajar. Los siguientes objetivos orientarán este estudio.

1. Identificar los mejores predictores familiares y comunitarios del trabajo infantil en la vía pública, mientras que se pondrán a prueba los precedentes empíricos que sugieren que el ingreso familiar y los niveles de estudio de los padres son dos predictores importantes del trabajo infantil en la vía pública.



2. Determinar si existen diferencias con respecto a los niveles de capital humano entre las familias que tienen hijos que trabajan en la vía pública y las familias que tienen hijos que no trabajan.
3. Evaluar si existen diferencias con respecto a los niveles de capital financiero entre las familias que tienen hijos que trabajan en la vía pública y las familias que tienen hijos que no trabajan.
4. Explorar si existen diferencias con respecto a los niveles de capital social familiar entre las familias que tienen hijos que trabajan en la vía pública y las familias que tienen hijos que no trabajan.
5. Investigar si existen diferencias con respecto a los niveles de capital social comunitario entre las familias que tienen hijos que trabajan en la vía pública y las familias que tienen hijos que no trabajan.

A continuación en el capítulo II, se revisarán los marcos teóricos existentes que se han utilizado para identificar los factores de riesgo actuales asociados con el trabajo infantil callejero. Se delinearán, a su vez, las proposiciones de la teoría del capital social. En la ausencia de un marco teórico mesosistémico dentro de la literatura actual sobre el trabajo infantil en el ámbito de la calle, se propone que el modelo del capital social constituye un marco teórico-conceptual viable, mediante el cual se pueden evaluar los posibles efectos de las interacciones y relaciones intrafamiliares, y entre la familia y la comunidad, en el fenómeno del trabajo infantil callejero.

## CAPÍTULO II

### MARCO TEÓRICO

El interés en los marcos teóricos específicos para guiar la investigación empírica con la población de los niños de y en la calle aumentó a partir del año 1979, cuando la ONU dedicó el año a la niñez, denominándole así “El Año Internacional del Niño.” Como resultado de diferentes actividades enfocadas en el bienestar físico, mental y emocional de los niños y los jóvenes a través del mundo, las cuales se llevaron a cabo dentro del ámbito internacional, la población de los niños de y en la calle fue introducida a la vista del público como una población vulnerable, y a su vez, el tema fue incorporado en la agenda internacional del desarrollo social global (Ennew y Milne, sin fecha). Posterior al Año Internacional del Niño, se pueden identificar en la literatura tres fases generales de investigaciones con los niños de y en la calle.

Primero, del año 1979 hasta los medianos de los 1980s, los estudios sobre los niños de y en la calle, los cuales fueron encabezados principalmente por la UNICEF y por otras organizaciones internacionales, solían enfocarse en el tema del trabajo infantil. Las investigaciones tendían a ser de naturaleza económica y a generar muchos datos demográficos sobre los niños trabajadores, sus categorías de labor, sus horarios de trabajo y los tipos de remuneración. Con frecuencia, estos datos se utilizaban para hacer conclusiones generales entre el fenómeno del trabajo infantil y los niveles de pobreza y desarrollo económico de los países. Los marcos teóricos que se adoptaron durante este período principalmente partían de un contexto económico. Además, se usaba la mayor parte de los datos para sensibilizar e incitar a la comunidad internacional y a los gobiernos donantes a responder al problema del trabajo infantil mediante la aprobación de donaciones monetarias para financiar diferentes programas sociales (Ennew y Milne, sin fecha).

Con el crecimiento prolífico de los nuevos programas sociales para los niños de y en la calle durante los años 1980s, la investigación empírica entró la segunda de las tres fases generales al asumir un nuevo enfoque basado en los programas sociales. Desde mediados de los 1980s hasta principios de los 1990s, los investigadores del fenómeno de los niños de y en la calle comenzaron a reconocer que los niños de y en la calle eran los usuarios y participantes de una multitud de diferentes intervenciones y programas para niños de y en la calle, patrocinados por diversas entidades nacionales e internacionales. Al disfrutar de un acceso creciente a estos menores, los investigadores empezaron a levantar datos de esta población de niños en base a las estadísticas de los programas. Muchos de los estudios que se produjeron durante este período estuvieron divorciados de un marco teórico guión. El nuevo conocimiento progresaba poco durante esta fase y no se construía sobre los resultados previos, ya que los estudios que se efectuaron durante este período frecuentemente eran réplicas de los estudios y resultados anteriores, sin gran esfuerzo por insertarlos dentro de un marco teórico-conceptual (Ennew y Milne, sin fecha).

Por último, empezando a principios de los años 1990s con la ratificación de la *Convención sobre los derechos del niño* de la ONU, una nueva generación de investigadores emergió a través de múltiples disciplinas académicas, entre otras: el trabajo social, la psicología, la sociología, la salud pública, la medicina y las leyes. Estos investigadores se caracterizan principalmente por su tendencia a cuestionar críticamente las suposiciones previas sobre el fenómeno de los niños de y en la calle que habían surgido durante las décadas anteriores. Por ende, con el fin de comprobar estas posturas sobre los niños de y en la calle —que fueron formuladas en gran parte en la ausencia de teoría alguna— esta nueva generación de investigaciones buscaba colocar los estudios y resultados existentes dentro del marco conceptual

de la metodología participativa. Bajo este marco, se efectuaron numerosos estudios cualitativos mediante el uso de entrevistas con preguntas abiertas con los niños de y en la calle. Con frecuencia, los investigadores adoptaban la técnica de la observación e inmersión participante para adquirir una perspectiva más extensa y realista de la vida de los niños en la calle. Como resultado de los estudios típicos de esta última fase, los investigadores principalmente produjeron análisis descriptivos de las experiencias de los niños antes de migrar a la calle, durante su tiempo de vivir y/o trabajar en la calle, y después de integrarse como usuarios o participantes en diferentes programas sociales de rehabilitación (Ennew y Milne, sin fecha).

Ahora bien, una de las limitaciones en cuanto a las investigaciones con los niños de y en la calle, tal como se han ido desarrollando durante las últimas dos décadas, consiste en su enfoque estrecho. A través de las tres fases mencionadas, los niños de la calle, ellos mismos — en vez de sus familias— han sido la principal población de interés. Paradójicamente, los resultados empíricos que se produjeron durante las tres etapas de investigación con esta población disipan el mito que propone que estos niños son huérfanos o niños abandonados que carecen de vínculos con sus familias de origen (Barker y Knaul, 1991; Cosgrove, 1990). Más bien, los resultados consistentemente confirman que la mayoría de los niños de y en la calle, en esencia, mantiene vínculos afectivos con sus familias biológicas (Lusk; 1989; Raffaelli, 1996). Los estudios previos efectivamente han explorado a la población de niños de y en la calle dentro del contexto de sus familias, o han obtenido la perspectiva del niño sobre las relaciones e interacciones intrafamiliares, o bien han adquirido información demográfica general de los padres de los niños de y en la calle. Tanto las relaciones entre el niño y su familia, como las interacciones entre la familia y la comunidad que la rodea, desde la perspectiva de los padres, han sido ignoradas en los estudios anteriores (Rizzini, 1996; Rizzini y Lusk, 1995). Debido a

este enfoque unidimensional centrado en los niños, un vacío evidente ha emergido en la literatura existente con respecto a la influencia de la familia y/o la comunidad en el movimiento de los niños a la calle. Se considera que la literatura actual podría beneficiarse de los estudios que se enfoquen en las familias y las comunidades de los niños trabajadores en la calle, ya que se conoce realmente poco sobre las maneras en las cuales se relacionan e interactúan las familias, entre sí, y con sus comunidades, y a su vez, cómo estas relaciones pueden facilitar o inhibir la migración de los niños a la calle para trabajar.

A partir del auge del interés multidisciplinario en cuanto a la investigación con la población de niños de y en la calle durante la tercera fase mencionada arriba (de los principios de los años 1990s hasta el presente), las explicaciones teóricas existentes con respecto a la etiología del fenómeno de los niños de y en la calle son, en el mejor de los casos, parecidas, y en el peor de los casos están en desacuerdo, y muchas veces son contradictorias. La revisión de la literatura existente sugiere que el movimiento de los niños hacia la calle, ya sea para vivir o para trabajar, constituye un fenómeno social de múltiples niveles, que atraviesa los sistemas micro, meso y macro. Por tal motivo, se propone que la teoría ecosistémica es el marco teórico-conceptual más apropiado para clasificar y analizar las teorías existentes que han sido formuladas como las mejores explicaciones del movimiento de los niños hacia la calle para trabajar. Bajo el marco ecosistémico, se pueden clasificar las contribuciones teóricas existentes en tres categorías generales: 1) las microteorías, que pertenecen tanto a los niños de y en la calle, como a sus familias, 2) las mesoteorías, que describen las interacciones que ocurren en el ámbito comunitario, y 3) las macroteorías, que abordan los factores estructurales, sociales y culturales que ejercen influencia sobre los niños de y en la calle.

## El modelo ecosistémico como enfoque para entender

### el fenómeno de los niños de y en la calle

El modelo ecosistémico conceptualiza al individuo dentro del contexto de su entorno, proponiendo que existe una relación recíproca de influencia entre la persona (el agente) y el entorno (el sistema). En vez de establecer una relación lineal directa de causa y efecto entre el agente y el sistema —es decir, el entorno conduce a que la persona actúe en cierta forma o bien, la persona a través de sus acciones, modifica el entorno en cierta manera— este modelo conceptualiza al agente y el sistema como un conjunto íntegro. En este sentido, las personas y sus acciones se observan, se definen y se explican con relación a la interacción continua y dinámica que éstas tienen con los otros sistemas a su alrededor. Es más, sólo al precisar al agente y los entornos que lo rodean como una entidad completa, se pueden observar y medir las interacciones, transacciones y relaciones internas al sistema entre las distintas partes de éste mismo, y a su vez, los intercambios, acciones y relaciones externas que se llevan a cabo entre diferentes sistemas (Compton y Galaway, 1994).

Ahora bien, la teoría del ecosistema afirma que el entorno, o el sistema, puede ser categorizado en tres niveles principales. El primer nivel, o microsistema, constituye el entorno más cercano al individuo, con el cual éste interactúa con alta frecuencia. El micronivel incluye las influencias intra e interpersonales del individuo, tales como sus características personales, la familia, las redes sociales de amistades y sus interacciones cotidianas con la escuela y/o el lugar de trabajo (Bronfenbrenner, 1979; De Munck, 1994; Garbarino, 1982). Por otro lado, el macrosistema se refiere a aquel entorno estructural con el que el individuo no tiene contacto directo; sin embargo, este sistema ejerce un impacto directo y/o indirecto en sus actividades, transacciones y relaciones intra e interpersonales. Este nivel, en cierta manera, rige las

interacciones del microsistema, ya que se conforma por diferentes factores estructurales, tales como las leyes; las políticas públicas, sociales y macroeconómicas; los acontecimientos internacionales, los valores culturales, y las costumbres y normas sociales (Bronfenbrenner, 1979; De Munck, 1994; Garbarino, 1982).

Existe un tercer nivel situado entre el micro y el macronivel, el cual se denomina el mesosistema. Es aquí en donde se observan las interacciones y relaciones entre dos microsistemas, o bien en donde los procesos sociales, las fuerzas institucionales y los factores comunitarios interactúan con la actividad humana (Bronfenbrenner, 1979; Garbarino, 1982; Hall, 1987). En este nivel, se asume que las estructuras sociocomunitarias carecen de sentido fuera del contexto de su relación con las personas que interactúan con ellas (Hall, 1987). Asimismo, Deslauriers (1991) plantea que es precisamente en este nivel donde se comprende la estructura social de una comunidad, en relación con aquellas personas que interactúan con ella, y a su vez se distingue cómo esta estructura proporciona un patrón conductor que influye en las acciones de los agentes. Algunos elementos que forman parte de este nivel incluyen: la comunidad, las instituciones y organismos locales, el gobierno local, la infraestructura social y las normas y/o reglas comunitarias (Bronfenbrenner, 1979; De Munk, 1994; Hall, 1987).

En resumen, el enfoque ecosistémico proporciona un marco tripartito útil, dentro del cual se pueden colocar y analizar las teorías principales de diferentes disciplinas académicas que intentan explicar los orígenes del fenómeno de los niños de y en la calle. Al insertar las proposiciones teóricas previas en tres niveles sistémicos generales —el micro, el meso y el macro— se puede crear una perspectiva más amplia en cuanto a las interrelaciones entre las suposiciones existentes, y a su vez facilitar un conocimiento más íntegro de la etiología del fenómeno de los niños de y en la calle. Debido a la cantidad extensa de literatura en cuanto a las

teorías microsistémicas y macrosistémicas específicas que se relacionan con los orígenes del fenómeno de los niños de y en la calle, se abordarán primeramente estos dos marcos en detalle. Posteriormente, se presentarán las teorías mesosistémicas, ya que hasta la fecha, existe un vacío substancial con respecto a las contribuciones mesoteóricas a la literatura sobre los niños de y en la calle.

#### *Las teorías microsistémicas aplicadas al fenómeno de menores trabajadores en la calle*

La revisión de la literatura teórica revela numerosas explicaciones microsistémicas que se han utilizado para describir el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar. Lewis (1965, 1968) originó la teoría de la cultura de la pobreza, la cual propone que la pobreza y las condiciones relacionadas con la privación interactúan para formar una subcultura que se convierte en un estilo de vida y se transmite de generación en generación. Dicho enfoque teórico también ha sido utilizado para explicar el fenómeno de los niños de y en la calle. Ciertos autores atribuyen una serie de influencias culturales al movimiento de menores hacia la calle, entre ellas se figuran los siguientes factores intrapersonales: el nivel bajo de estudio, un fuerte sentido de orientación hacia el presente, y los sentimientos de marginalidad, impotencia y fatalismo. Varios factores familiares, que también se derivan de la teoría de la cultura de la pobreza, están citados con frecuencia en la literatura, tales como la ausencia de una niñez como etapa protegida del desarrollo, la tendencia alta de familias matriarcales, el desempleo y/o subempleo familiar y un grado alto de hacinamiento en el hogar (Aptekar, 1988, 1990 y 1994; Lusk, 1989; Martínez y Silva, 1998).

La teoría de la competencia psicosocial consiste en otro marco microsistémico que se ha utilizado para demostrar cómo los factores intrapersonales de los menores de la calle, y de los niños en alto riesgo, les motivan a asumir control sobre las circunstancias a su alrededor y a



migrar a la calle cuando el entorno social ha resultado insuficiente para satisfacer sus necesidades mínimas de subsistencia (Tyler y otros, 1991). El enfoque de la competencia psicosocial parte de la suposición que los individuos son protagonistas en sus propias vidas, participando activamente en el entorno que los rodea. Dentro de la literatura sobre los niños de y en la calle, varios autores han adoptado este enfoque teórico para explicar por qué algunos niños escogen la calle como una alternativa viable al abuso, trauma y pobreza que experimentan al vivir con sus familias. Citando, entre otros, los factores de hostilidad, abuso y falta de afecto como algunas de las características de los entornos familiares de muchos niños de y en la calle, los resultados bajo la teoría de la competencia psicosocial sugieren que muchos de estos menores salen de sus casas en un esfuerzo por mejorar sus situaciones actuales de abuso y necesidad. Estos menores, aunque han sido afectados por el abuso, la explotación y la pérdida, tienden a desarrollar patrones constructivos de adaptación para sobrevivir y sobresalir de sus realidades actuales (Mondell y Tyler, 1981; Tyler, 1978, 1984; Tyler y otros, 1991).

Otro enfoque teórico microsistémico que ha sido aplicado a la población de menores de y en la calle —para explicar su migración a la calle para trabajar— es la teoría del autocontrol. Dicho modelo teórico propone que los individuos que demuestran niveles bajos de autocontrol se caracterizan por un nivel alto de impulsividad, la orientación hacia el presente y la necesidad de satisfacer inmediatamente sus deseos físicos y psicológicos; es decir, son incapaces de posponer la gratificación hasta el futuro (Ekland-Olson, 1982; Winfree, Esbensen y Osgood, 1986). Con relación al fenómeno de los niños de y en la calle, varios autores sugieren que un nivel bajo de autocontrol, el cual se encuentra en muchos niños de la calle, podría precipitarles a migrar a la calle. Con frecuencia, el trabajo infantil y la vida callejera proporcionan al menor una gratificación remunerada inmediata por las labores que realiza y, a su vez, la libertad de actuar y

comportarse como el menor desee, sin que los padres, las autoridades y la sociedad lo critiquen, lo impidan o lo castiguen (Connolly, 1990; Copping, 1998).

En fin, la identificación de los factores de riesgo intra e interpersonales con respecto a la migración callejera, junto con las explicaciones microsistémicas en cuanto a la etiología del fenómeno, puede tener mucha utilidad práctica para el desarrollo de intervenciones y programas intrapersonales y familiares. No obstante, es difícil que estas explicaciones —y las intervenciones diseñadas en base a ellas— aborden y eliminen las causas principales de la migración callejera, tales como la pobreza y la desigualdad económica. Al sostener que la única manera mediante la cual se puede eliminar el trabajo infantil callejero es al erradicar los problemas sociales estructurales que lo perpetúan, otro conjunto de autores e investigadores se han dedicado a identificar, delimitar y explorar a mayor profundidad una serie de macrofactores. Estos investigadores proponen que los siguientes macrofactores están en la raíz del fenómeno del trabajo infantil en el mundo global.

#### *Las teorías macrosistémicas aplicadas al fenómeno de menores trabajadores en la calle*

En cuanto al nivel macrosistémico y su relación con el movimiento de los menores hacia el ámbito callejero para trabajar, otro conjunto de autores afirma que los factores predominantes que contribuyen a este fenómeno están arraigados en influencias estructurales (Agnelli, 1986; Connolly, 1990; De la Barra, 1998; Janowsky, 1991; Wittig, 1994). Una de las explicaciones macrosistémicas para entender el fenómeno del trabajo infantil callejero es la teoría del *ghetto underclass* (Wilson, 1987). Según este enfoque teórico, la pobreza estructural, la falta de recursos y oportunidades para la autosuperación, el aislamiento social y la exclusión o inclusión marginal en el mercado de trabajo resultan en una clase baja (*underclass*) que vive en una situación permanente de desventaja. Varios investigadores de la población de los niños de y en

la calle han utilizado estas suposiciones teóricas para construir un modelo que explique el fenómeno de la migración callejera. Sus resultados demuestran consistentemente que la mayor parte de los menores trabajadores experimenta una combinación de más de uno de estos factores estructurales en sus vidas (Agnelli, 1986; Banco Mundial, 2000b; Connolly, 1990; De la Barra, 1998; Fallon y Tzannotos, 1998; Janowsky, 1991; OIT, 1998; UNICEF, 1997; Wittig, 1994). Conforme con las suposiciones de la teoría del *ghetto underclass*, son los macrofactores de riesgo que se encuentran con frecuencia en la literatura en relación al movimiento de los niños hacia la calle, incluyendo, entre otros, los siguientes: la exclusión social, la dificultad económica del país, las tasas altas del desempleo, la desintegración familiar, la baja calidad del sistema educativo público y la carencia tanto de las redes de seguridad como de los recursos comunitarios para atender a familias en riesgo (Agnelli, 1986; Banco Mundial, 2000b; Connolly, 1990; De la Barra, 1998; Fallon y Tzannotos, 1998; ILO, 1998; Janowsky, 1991; UNICEF, 1997; Wittig, 1994).

El fenómeno del trabajo infantil callejero también ha sido explorado dentro del marco de la teoría de la modernización como un componente normativo del proceso de la industrialización, en el cual muchos países en vías de desarrollo están actualmente situados. Según la teoría de la modernización, ha emergido una serie de expectativas evolutivas que guía el crecimiento social y económico de los países en desarrollo en base a las experiencias de los países desarrollados que ya han completado el proceso (Rostow, 1964). Uno de los factores comúnmente explicado por este marco teórico consiste en la urbanización, la cual existe como un factor predictor del trabajo infantil que se cita con frecuencia en la literatura sobre los niños de y en la calle. A pesar de que la teoría de la modernización describa la urbanización como una de las etapas normales y deseadas del desarrollo económico y social de un país, la hiper-migración rápida y descontrolada

del campo hacia la ciudad ha generado graves consecuencias para muchos centros urbanos en los países latinoamericanos. Entre otras secuelas económicas y sociales, múltiples autores mencionan el aumento de las comunidades marginales con condiciones precarias de vivienda y bienestar, los índices crecientes del desempleo y subempleo urbanos, y la creciente presencia de niños de la calle y menores trabajadores que migran a los centros urbanos a través de la región de América Latina (De la Barra, 1998; Gutiérrez, 1999; Wittig, 1994).

Las teorías relacionadas con la globalización desde el marco de la teoría de la dependencia también existen en la literatura para explicar la presencia preponderante de los niños trabajadores en la calle en los países en desarrollo. Las proposiciones de la teoría de la dependencia sugieren que el capitalismo se ha convertido en un mecanismo global que fortalece y beneficia a los países desarrollados (los países núcleos) a costa de los países en desarrollo (los países periféricos) (Wallerstein, 1974). Varios autores proponen que la crisis global de las deudas externas en los países en desarrollo ha obligado a muchos gobiernos a reestructurar sus economías nacionales para financiar sus deudas externas, lo cual ha provocado un aumento destacado en los índices de pobreza en muchos sectores de la población (Bradshaw, Noonan, Gash y Sershen, 1993; De la Barra, 1998; Wittig, 1994). Con el fin de satisfacer sus necesidades básicas de subsistencia, muchas familias que viven en situaciones de pobreza y pobreza extrema se ven obligadas a emplear diferentes estrategias de sobrevivencia, una de las cuales incluye la utilización de uno o más de sus hijos como fuente principal del ingreso familiar. Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT), es común que los niños trabajadores en América Latina aporten entre el 20 y el 25% de los ingresos totales de sus familias. Los ingresos adicionales de esta población frecuentemente mantienen a estas familias por encima de la línea de pobreza (OIT, 1998). Además, basándose en una encuesta de nueve países latinoamericanos

en el año 1997, la UNICEF reportó que la incidencia de pobreza aumentaría entre un 10 y un 20% si fueran eliminadas las aportaciones económicas que los menores trabajadores entre los 13 y 17 años hacían a sus familias (UNICEF, 1997).

En resumen, varios estudios previos, efectuados desde una perspectiva macrosistémica, indican que la interacción de diferentes variables estructurales, fuera del control del individuo, puede ejercer presión en las familias para utilizar a sus hijos como fuentes viables del ingreso familiar. Esto, a su vez, puede precipitar el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar con el fin de complementar o completar el ingreso de sus familias. No obstante, a pesar de las contribuciones empíricas relacionadas con los macrofactores de riesgo que ejercen presión en los niños y sus familias en los países en desarrollo, queda por verse por qué, entonces, algunos menores, con características intrapersonales parecidas, o de situaciones familiares similares, o aun de las mismas condiciones estructurales, mantienen vínculos con sus familias y comunidades, mientras que otros migran parcial o totalmente a las calles. Esta observación invita a especular que quizás exista una serie de factores influyentes en medio de los niveles micro y macro. Es posible que estos mesofactores desempeñen un papel importante al prevenir o precipitar la migración de los niños hacia la calle para trabajar.

#### *Las teorías mesosistémicas aplicadas al fenómeno de menores trabajadores en la calle*

La revisión de la literatura hasta el momento revela la falta de un marco teórico para explicar el fenómeno de la migración de niños hacia la calle para trabajar, dentro del contexto de sus comunidades de origen. Más bien, como se detalló arriba, las explicaciones teóricas para describir el fenómeno de la migración callejera se enfocan principalmente en los factores intra e interpersonales y familiares (las teorías microsistémicas) y los factores estructurales (las teorías macrosistémicas). Aunque no estén directamente relacionadas con el fenómeno de los niños de y

en la calle, varios investigadores han propuesto una serie de teorías mesosistémicas para explicar diferentes fenómenos sociales que están asociados con la migración callejera, tales como la pobreza, el maltrato y descuido infantil, la delincuencia juvenil y el pandillerismo juvenil. Tal como se presentó anteriormente en la revisión de la literatura teórica (y a su vez, se presentará de nuevo en la revisión de la literatura empírica en el capítulo III), muchos de estos fenómenos constituyen los mismos factores de riesgo que pueden precipitar el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar. En un esfuerzo por demostrar el potencial que un marco mesosistémico particular podría tener al explicar la influencia de las interacciones y relaciones intrafamiliares y comunitarias en el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar, se presentarán ahora las contribuciones mesoteóricas en algunas de las áreas asociadas con la migración callejera.

Además de sus explicaciones individuales y familiares para describir los orígenes de la pobreza, Lewis (1968) aplica la teoría de la cultura de la pobreza para describir las condiciones comunitarias dentro de las cuales radican los sectores de la población que persisten en situaciones crónicas de pobreza, debido a los factores intra e interpersonales que se transmiten entre ellos de generación en generación. Lewis esboza el perfil de una comunidad regida por la cultura de la pobreza, aportando las siguientes características: las condiciones precarias de vivienda, la falta de titulación legal al terreno, el hacinamiento, los índices altos de desempleo y subempleo, la remuneración baja por las labores realizadas, la carencia de recursos comunales y servicios básicos, la desvinculación con las instituciones locales y desconfianza hacia ellas, y los niveles bajos de participación política de los residentes (Lewis, 1968). Partiendo de este marco de la cultura de la pobreza comunitaria, varios investigadores han descubierto que éstas y otras características de riesgo similares en el mesosistema están asociadas con los niveles altos del

maltrato físico infantil (Garbarino y Sherman, 1980, Swanson Ernst, 2001), con niveles altos de depresión afectiva en los adolescentes (Stevenson, 1998), con incidencias altas del fracaso académico y deserción escolar (Furstenberg y Hughes, 1995; Teachman, Paasch y Carver, 1996, 1997; Voydanoff y Donnelly, 1999), y con tasas altas del comportamiento criminal en los jóvenes (Putnam, 2000; Sampson, Morenoff y Earls, 1999).

La teoría de la desorganización social constituye un segundo marco mesoteórico que se ha utilizado para identificar la etiología de otros problemas sociales relacionados con el trabajo infantil callejero. Dicha teoría propone que el grado de organización social presente dentro de una comunidad particular influye en los niveles globales de bienestar social de los residentes. Asimismo, sostiene que tanto la desintegración como la desorganización comunitarias afectan el sano ajuste y desarrollo físico y mental de los niños y de las familias que residen en la comunidad (Sampson, 1992). Conforme con las proposiciones de la teoría de la desorganización social, varios estudios han encontrado que los niveles altos de desorganización comunitaria están asociados con los niveles altos de depresión afectiva en los jóvenes (Stevenson, 1998), con las tasas altas de criminalidad juvenil (Sampson, 1992), con la apatía alta en la comunidad con respecto a la eficacia colectiva de los niños (Sampson y otros, 1999), y con una cantidad más alta de consecuencias negativas —reportadas por los padres— en cuanto al ajuste psicológico, la salud mental y el desarrollo físico de los niños (Runyan, Hunter, Socolar, Amaya-Jackson, English, Landsverk, Dubowitz, Browne, Bangdiwala y Mathew, 1998).

Tal como se presentó en la revisión previa, existe bastante literatura teórica que indica la efectividad de varios marcos mesoteóricos al identificar los factores de riesgo que están relacionados con el bienestar social individual y colectivo de los residentes en una comunidad particular. En el ámbito de la comunidad, se han aplicado diversas teorías mesosistémicas para

explicar la influencia de las interacciones y relaciones sociales en diferentes fenómenos sociales, entre otros, se encuentran la pobreza, el maltrato infantil, la depresión afectiva en los adolescentes, el fracaso académico y la delincuencia juvenil. Ya que muchos de éstos comprenden los factores que están asociados con el trabajo infantil en la calle, se especula que la literatura teórica podría beneficiarse de futuras investigaciones que se enfoquen no sólo en los menores trabajadores y sus familias, sino también en sus comunidades de origen.

La figura 1 que se presenta a continuación aporta un repaso conciso y visual de las diversas teorías aplicadas al trabajo infantil callejero, desde la perspectiva del marco ecosistémico. Como se mencionó anteriormente, hasta la fecha, aún no se ha evaluado el fenómeno del trabajo infantil en la calle mediante un lente mesoteórico. No obstante, existen varios modelos en el ámbito comunitario que han sido aplicados a otros fenómenos sociales relacionados con el trabajo infantil callejero. Además, la revisión de la literatura sobre los niños de y en la calle revela que muchas de estos fenómenos constituyen los mismos factores de riesgo que influyen el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar.



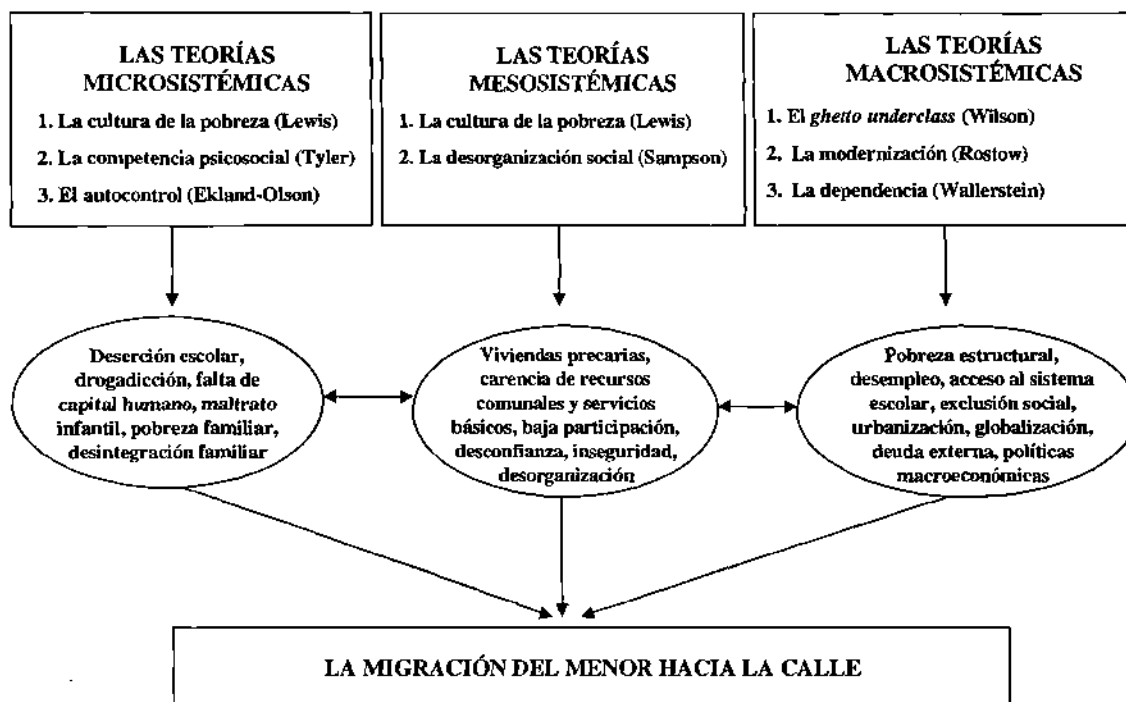


Figura 1. El enfoque ecosistémico para conceptualizar el fenómeno del trabajo infantil callejero

En base a estas suposiciones sobre la efectividad de los modelos mesosistémicos al explicar los fenómenos sociales relacionados con el trabajo infantil en la calle, y a su vez, al estatus del conocimiento actual sobre el trabajo callejero de los niños, se propone la inserción de una teoría mesosistémica alternativa, dentro del marco teórico ecosistémico, para estudiar el fenómeno del trabajo infantil callejero. Se sostiene que la teoría del capital social será un método práctico y útil para explorar y explicar las maneras en que las relaciones intrafamiliares, y entre la familia y la comunidad, posiblemente influyen en la migración de los niños hacia la calle para trabajar.

## El capital social

### *El capital social en el mesosistema: en búsqueda de una definición conceptual*

Para explorar y entender con mayor profundidad el papel que desempeña la comunidad en cuanto a influir en las decisiones, comportamientos y acciones de sus miembros, los sociólogos, antropólogos, psicólogos y trabajadores sociales han asumido una posición clave en el desarrollo conceptual del “capital social.” Su definición tiene origen en los trabajos conceptuales, teóricos y empíricos de tres principales autores: Pierre Bourdieu (1985, 1993), James Coleman (1988, 1990) y Robert Putnam (1993, 1995).

Pierre Bourdieu, un sociólogo francés, fue el primero de los tres autores en utilizar el término de capital social durante los años 1970s para denotar las ventajas y oportunidades que las personas acumulan al pertenecer a ciertos tipos de comunidades (Portes y Landolt, 1996). Sin embargo, su primer análisis sistemático del concepto fue en los principios de la década de los 1980s, cuando conceptualizó el término como, “el agregado de los recursos reales o potenciales que se vinculan con la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento o reconocimiento mutuo” (Bourdieu, 1985, p. 248). Ya que su definición inicial estaba redactada en francés y fue publicada en *Actes de la recherche en sciences sociales*, no logró despertar la atención dentro de la comunidad de científicos sociales de habla inglesa en el mundo occidental, hasta muchos años después, cuando el término fue reintroducido a las ciencias sociales por el sociólogo James Coleman (Bourdieu, 1985).

A pesar de que la primera conceptualización del capital social por Bourdieu quedó oculta por muchos años en el idioma francés y dentro del ámbito de la educación, Bourdieu aludió a dos asuntos claves del capital social que fueron precisados por otros autores años después: 1) que existen beneficios y ganancias disponibles a la sociedad, tanto por la asociación con otros, como

por la participación en grupos y 2) que este recurso social se genera en base a la sociabilidad entre actores (Portes, 1999). Asimismo, Bourdieu, entre todos los autores, fue el primero en distinguir entre diferentes manifestaciones de capital: el capital cultural, económico, lingüístico, político y social. Con respecto al capital social, destaca que los individuos son agentes del capital en el sentido de que ellos —a través de sus redes, relaciones y conexiones— logran adquirir otras formas de capital (Bourdieu, 1985).

Para los principios de la década de los 1990s, Bourdieu había ampliado su noción del capital social, y al mismo tiempo, divulgado su interpretación conceptual tanto en múltiples idiomas, como a través de varias disciplinas. Según Bourdieu (1993), entonces, el capital social no sólo consiste en las redes y conexiones, sino también en los contactos y asociación cotidianos con grupos que, a través de la acumulación de intercambios, obligaciones e identidades compartidas, proporcionan tanto el apoyo tangible y/o potencial como el acceso a recursos importantes y valorados.

Por otro lado, al sociólogo estadounidense James Coleman, se le conoce internacionalmente como aquel quien generó e instigó el marco teórico del concepto de capital social, así como quien logró relacionarlo sistemáticamente con la niñez y adolescencia. Éste desarrolló e introdujo la noción en el campo de las ciencias sociales durante los años 1980s, en base a sus interpretaciones de un estudio que realizó con adolescentes en el ámbito escolar en la ciudad de Chicago durante los años 1960s. Apoyado en los resultados de dicho estudio, concluyó que el capital social está inmerso en la estructura de la organización social y se deriva de los vínculos sociales que las personas comparten entre sí. Según Coleman (1990), el capital social se define por su función. No es una entidad singular sino una multitud de diferentes entidades, las cuales comparten dos características fundamentales. Primero, las entidades

consisten en algún aspecto de la estructura social y segundo, éstas facilitan ciertas acciones colectivas de las personas que constituyen dicha estructura social, y que sin la presencia de capital social, estas acciones no serían posibles.

De igual manera, Coleman también fue quien hizo la distinción entre el capital humano y el capital social. Según el sociólogo, el primero se relaciona con las habilidades endógenas de los individuos y, debido a su naturaleza portátil, se transporta junto con ellos, es decir, cuando se traslada el individuo a través de diferentes contextos sociales, se lleva consigo su capital humano acumulado. En cambio, el capital social se refiere a oportunidades sociales entre individuos y por ende, tiene una naturaleza exógena. No se traslada junto con los individuos, sino que permanece incrustado en el contexto estructural en el cual interactúan los individuos. A partir de su estudio sobre el uso del capital social en generar el capital humano para prevenir la deserción escolar, Coleman propuso que el capital social se requiere para que se externalice el capital humano de los padres y se transfiera a los hijos. Además, la presencia de capital social en la familia es un requisito necesario para que los hijos desarrollen su propio capital humano (Coleman, 1988).

El tercer autor que ha contribuido al desarrollo conceptual del capital social es Robert Putnam (1993), profesor de políticas públicas en la Universidad de Harvard y autor de decenas de estudios durante las últimas tres décadas sobre la pérdida del sentido tradicional de comunidad en los Estados Unidos. A Putnam se le conoce en la literatura sobre el capital social como aquel que reconceptualizó la definición original del capital social de Coleman —un recurso intrínseco a las interacciones entre los individuos— para denotar un principal recurso colectivo de las comunidades. En esencia, Putnam planteó un nuevo contexto dentro del cual se podía estudiar el capital social: la comunidad. También es responsable por ampliar las

definiciones previas del término al incorporarles una serie de conceptos paralelos relacionados con la vida cívica, tales como la confianza mutua, las normas y redes sociales, las instituciones horizontales y la participación ciudadana en asociaciones voluntarias. No obstante, para Putnam la característica fundamental del concepto radica en su habilidad de instigar la organización y la colaboración entre los miembros de un grupo, asociación o comunidad para alcanzar los objetivos compartidos y metas colectivas. Según Putnam (1993), el capital social engloba las características de redes de apoyo social, las actitudes colectivas y normas hacia las instituciones e infraestructura social locales, y la participación ciudadana, que en conjunto, facilitan la coordinación y cooperación para un beneficio mutuo.

La reconceptualización de Putnam difiere de la definición original de Coleman (1988) en ciertos aspectos claves. Por ejemplo, Putnam (1993) plantea que el capital social es el resultado de las actividades e interacciones entre individuos, y por ende, tal como las personas se trasladan de un contexto social a otro, el capital social también se puede transferir entre diferentes contextos sociales, junto con los actores que lo producen. En cambio, Coleman (1988) originalmente definió el concepto como algo que permanecía fijo en el contexto dentro del cual la acción entre individuos se efectuaba. Asimismo, Coleman (1988) proponía que el capital social no se gasta ni se elimina con el uso, a lo cual, Putnam (1993) sustentó que lo que reduce o elimina el capital social no es utilizarlo, sino más bien, no utilizarlo, ya que su valor y utilidad no disminuyen, sino que aumentan a medida que las personas interactúan hacia un fin colectivo. Otra diferencia entre la definición original propuesta por Coleman y la ampliación de Putnam gira en torno a su vínculo con el desarrollo económico y el bienestar tanto individual, como comunal. Según Putnam (1995) el capital social es un factor contribuyente que explica no sólo

el crecimiento (o desaceleración) económico, sino también los niveles de bienestar individual y de la comunidad.

Sintetizando la literatura teórica disponible sobre la noción de capital social, es evidente que los tres autores —además de decenas de otros científicos que han adoptado y modificado el concepto para sus propósitos de investigación— concuerdan en una característica fundamental del capital social, es decir, su naturaleza inherentemente “social” entre actores. A pesar de contextualizar el concepto dentro de diferentes entornos —la familia, el ámbito educativo, la comunidad o el país— los tres reconocen que el capital social está arraigado en las relaciones sociales entre actores.

Ya que el presente estudio intenta esclarecer mejor la dinámica de las relaciones e interacciones sociales, tanto dentro de las familias, como entre las familias y la comunidad a su alrededor, se adoptará una síntesis de las definiciones existentes para conceptualizar la noción del capital social. Para los propósitos de este estudio, se integrarán los componentes intrafamiliares del capital social familiar, como fueron propuestos por Coleman (1988), con el contexto mesosistémico y los elementos comunitarios que fueron adaptados y refinados por Putnam (1993, 1995). Por ende, el capital social familiar adoptará un enfoque interno, al referirse a la inversión social extensa de los padres en sus hijos. El capital social comunitario, en contraste, abarcará un enfoque externo, al representar las interacciones y relaciones de la familia con la comunidad que la rodea, tanto con los otros residentes, como con las instituciones locales de socialización, tales como las escuelas.

### *Los orígenes del capital social*

Aunque la noción del capital social ha sido desarrollada conceptualmente en las últimas dos décadas, el término en sí tiene sus orígenes en el año 1916 durante la Era Progresiva. Visto

primero en la literatura dentro del ámbito de la educación, el concepto de capital social, como fue originalmente definido, se refería a muchos de los mismos componentes del capital social contemporáneo: la buena voluntad, la fraternidad y las relaciones sociales entre los individuos y las familias (Putnam, 2000). Dentro de la comunidad científica, sin embargo, la primera persona que utilizó el término, tal como se define hoy día, fue la urbanista Jane Jacobs. En su libro *The Death and Life of Great American Cities (La muerte y la vida de las grandes ciudades americanas)*, Jacobs (1961) conceptualizó el término para estudiar la relación entre el capital social y las tasas de criminalidad en varias ciudades estadounidenses (Putnam, 1995). No obstante, los sociólogos a quienes más se les atribuye el crédito de haber desarrollado el término —en su sentido teórico-conceptual y empírico— fueron los tres que se mencionaron en la sección anterior: Bourdieu, Coleman y Putnam. En la literatura teórica actual de las disciplinas de ciencias políticas, sociología, psicología, antropología y trabajo social, son éstos los tres autores que más contribuyeron al avance conceptual, teórico y empírico del capital social (Grootaert, 1998).

Por otro lado, el término, además, tiene fuertes raíces históricas dentro de la disciplina de la economía. Falk y Kilpatrick (2000) revelan que el concepto del capital social se encuentra en unos textos económicos de la época pre-keynesiana (por ejemplo, en el libro de Silverman, de 1935, sobre la teoría económica). Sin embargo, conceptualmente, la noción del capital social es distinta a través de las fronteras disciplinarias. En lugar de considerar el capital social como un resultado —un fin en sí— de las relaciones e interacciones entre actores (tal como lo definen los sociólogos), los economistas suelen enfocarse en la contribución que el capital social aporta al crecimiento económico. En este sentido, para ellos el capital social se refiere no tanto a un resultado o fin, sino más bien a un medio para lograr un fin, que en este caso constituye el

desarrollo económico. Dentro de la disciplina de la economía, el autor a quien se le conoce por haber definido la noción del capital social bajo un marco económico, es Glenn Loury. Según este autor, el capital social constituye los recursos sociales necesarios y útiles para la formación del capital humano, el cual conduce a mejores oportunidades laborales y por ende, un mayor crecimiento económico (Loury, 1977, citado en Portes, 1999).

### *Las formas alternativas de capital*

La literatura teórica demuestra que el capital social es sólo una de varias formas de capital. Bourdieu (1985) aporta a la literatura sobre el capital un amplio conjunto de otras formas, además del capital social. Entre ellas figuran el capital económico, el capital lingüístico, el capital personal, el capital profesional, el capital simbólico, el capital funcional, el capital político y el capital cultural. Este último, según Bourdieu, se puede manifestar en varias formas: 1) el capital cultural institucional, es decir, las calidades propias académicas; 2) el capital cultural personificado (*encarnado*), o sea, los estilos particulares, los modos de presentación, los usos del idioma, las formas de etiqueta y competencia, y el grado de autoconfianza y seguridad en sí mismo; y por último, 3) el capital cultural objetivado, que incluye los bienes materiales, tales como los libros, el arte y los cuadros, entre otros.

Dentro de la literatura feminista, la autora Nowotny (1991) aporta aun otra forma del capital —el capital emocional— el cual, comparte muchas de las mismas características que las otras formas de Bourdieu. Según Nowotny, el capital emocional consiste en el conocimiento, los contactos, las relaciones y las destrezas y activos emocionalmente valorados por el individuo (1991, citado en Morrow, 1999).

Por otro lado, los autores Coleman (1990) y Putnam (1993) comparan el capital social con otras formas primas del capital, el capital humano y el capital físico, respectivamente. Según



Coleman, el capital humano engloba los conocimientos adquiridos, la inteligencia, el sentido común y las habilidades propias a la persona. En cambio, el capital social más bien se refiere a las relaciones e interacciones sociales entre actores, en las cuales cada uno aporta su propio nivel de capital humano (Coleman, 1990). Con respecto a la distinción entre el capital físico y el capital social, Putnam (1993) define el primero como la tecnología y los recursos materiales, naturales y monetarios que una persona tiene a su disposición, mientras afirma que el capital social se refiere a las redes sociales, las normas, la confianza mutua y la participación ciudadana de los individuos que facilitan su coordinación y colaboración hacia algún beneficio colectivo. En contraste al capital físico, Putnam propone que el capital social suele ser una forma pública del capital, mientras que la primera tiende a ser de naturaleza privada. Además, según Putnam (1993), el capital social disminuye o se elimina si los actores no lo utilizan, es decir, cuando las personas no interactúan entre sí, ni participan colectivamente en las redes de apoyo social o las actividades, grupos y asociaciones en la comunidad. En cambio, el capital físico —un activo tangible— suele reducirse o agotarse con el uso recurrente por los individuos.

En resumen, el hilo conceptual que une estas distintas formas de capital consiste en la definición del capital, en sí: la riqueza o los bienes o activos acumulados (por ejemplo, el dinero o la propiedad) —ya sean activos propios (privados) o compartidos (públicos)— que al ser utilizados, tienen la capacidad de producir más riqueza o activos adicionales (Merriam-Webster, 1998). Esta definición del capital, en su estado puro, constituye la base conceptual de la cual nacieron sus múltiples derivaciones.

#### *Las variaciones del capital social*

Como parte integral de su marco teórico sobre el capital social, Coleman (1988) conceptualiza el término en varios contextos distintos y propone que existe un tipo diferente del

capital social en cada nivel, junto con características y formas diversas a través de las cuales se manifiesta. Según Coleman, el capital social puede ser dentro de la familia (el capital social interior) o bien, afuera de la familia (el capital social exterior). Éste último también es conocido en la literatura como el capital social comunitario. Con respecto al capital social interior, Coleman lo define como las relaciones entre los padres e hijos (y otros miembros de la familia que residen en el hogar), las cuales incluyen el tiempo, los esfuerzos y la energía que los padres (y otros miembros adultos en el hogar) invierten en sus hijos. Además, operacionaliza esta definición al proponer que se puede medir la cantidad y calidad del capital social disponible a los hijos de sus padres al medir la fuerza de las relaciones entre padres e hijos (por ejemplo, el número de veces por día que los padres y sus hijos se comunican, el número de veces por día que los padres responden cuando sus hijos les piden ayuda, el número de veces por día que los padres ayudan a sus hijos con alguna tarea escolar o de otro tipo y la cantidad de tiempo por día que los padres pasan con sus hijos, entre otros).

Por otro lado, Coleman plantea que el capital social exterior consiste en la calidad, la estructura y la densidad de las relaciones e interacciones sociales entre los padres de familia y otros padres de familia en la comunidad, junto con las relaciones sociales colectivas entre los padres de familia y las instituciones locales de la comunidad (por ejemplo, las escuelas) (Coleman, 1988). Acerca de la operacionalización de este tipo de capital social, Putnam (1993, 1995) es el que mejor desarrolló conceptualmente y probó empíricamente la noción del capital social comunitario. Una de las contribuciones eminentes de Putnam a la literatura de las ciencias sociales consiste en su investigación longitudinal sobre el capital social comunitario, por medio de la cual creó los siguientes indicadores: la calidad, estructura, fuerza y densidad de las redes sociales; el número de asociaciones y grupos voluntarios e instituciones formales e informales en

la comunidad; el sentido de pertenencia y solidaridad comunitaria por parte de los residentes; y por último, la cantidad de normas sociales en la comunidad y sanciones que se aplican por violar dichas normas (Putnam, 1993, 1995).

Otra distinción en cuanto a las diversas formas del capital social que hace Putnam consiste en diferenciar entre el capital social informal versus el capital social formal institucionalizado. El primero se refiere al grado de confianza social entre los individuos y las maneras por las cuales las personas se conectan, se relacionan e interactúan entre sí de manera informal. Por otro lado, el segundo consiste en la cantidad de tiempo y esfuerzos que los individuos invierten en los grupos, juntas, proyectos y actividades en la comunidad (Putnam, 2000).

De igual manera, en base a sus propias investigaciones sobre el capital social en la India rural, los investigadores sociales del Banco Mundial, Krishna y Uphoff (1999) proponen una tercera variación del capital social: las formas estructurales y las formas cognoscitivas. Estos autores establecen que las dos formas pertenecen a las relaciones e interacciones sociales entre actores, y a su vez, las dos formas influyen en —y están influenciados por— las expectativas de los actores involucrados. No obstante, los dos tipos difieren en cuanto a su contenido y su naturaleza. Con respecto a la categoría de capital social estructural, este tipo facilita la acción colectiva entre actores a través de los roles, redes, reglas, procedimientos y precedentes. Se caracteriza por ser una forma objetiva del capital social, apoyándose sobre los indicadores estructurales observables y empíricos. Por otro lado, el capital social cognoscitivo comparte el mismo propósito que el otro tipo —facilitar la acción colectiva— pero su proceso es distinto. Este tipo se caracteriza por los valores, normas, actitudes y creencias compartidos por los individuos. Asimismo, suele ser esencialmente subjetivo en su naturaleza, ya que se manifiesta y

se expresa dentro de las personas, lo cual dificulta su medición empírica (Krishna y Uphoff, 1999).

Un último tipo de capital social mencionado en la literatura fue aportado por los investigadores australianos Onyx y Bullen (2000), a quienes se conoce internacionalmente por el diseño del *Índice del capital social*. En base a los resultados de una serie de estudios en los cuales se aplicó el índice para medir tanto el nivel de capital social, como las diferencias en las maneras por las cuales se manifiesta entre comunidades rurales y urbanas, Onyx y Bullen afirman que existen dos tipos distintos del capital social comunitario: el capital social *de vínculos* y por otro lado, el capital social *de puentes*. El primero representa la dinámica comúnmente encontrada en comunidades rurales, la cual se caracteriza por un fuerte apoyo mutuo entre los miembros del grupo, tanto de manera vertical, con sus líderes, como de manera horizontal, entre sí mismos. Sin embargo, este tipo de apoyo suele ser limitado exclusivamente a los miembros internos del grupo (o la comunidad) y difícilmente se le extiende a los no residentes de la comunidad. Por otro lado, el capital social de puentes es el que principalmente se halla en las áreas urbanas. Este tipo se distingue por una mayor tolerancia y aceptación a los demás; se caracteriza también por un mayor grado de iniciativa individual (Onyx y Bullen, 2000).

A pesar de la variedad diversa de los tipos del capital social que se encuentran dentro de la literatura, todas las variaciones mencionadas aquí —salvo el capital social familiar y el capital social comunitario— quedan fuera del alcance de este estudio. Partiendo de la presuposición de que la calidad de interacciones y relaciones intrafamiliares, y entre las familias y la comunidad, puede influir en el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar, el enfoque del presente estudio se confinará a la conceptualización del capital social aportada por Coleman (1988), la

cual abarca el capital social dentro de la familia (el capital social familiar) y el capital social afuera de la familia (el capital social comunitario).

### *La teoría del capital social*

Tal como se mencionó anteriormente, al sociólogo Coleman (1988, 1990) se le conoce porque introdujo el capital social formal en el léxico de las ciencias sociales. Desarrolló, además, el marco teórico del concepto en un esfuerzo por unir las tradiciones individualistas (por ejemplo, las que emanan de la disciplina de la economía) con los principios de la sociología. Según Coleman (1990), el punto armónico entre estas dos tradiciones radica en las relaciones sociales que efectúan los individuos. Conforme con el marco ecosistémico, el sociólogo propone que el capital social se refiere a las relaciones sociales, los vínculos y las redes entre los individuos que ocupan un sistema social más amplio. Como una de las proposiciones esenciales de la teoría del capital social, Coleman afirma que las relaciones sociales fuertes facilitan tanto el funcionamiento del sistema, como la calidad de las instituciones que forman parte de ello. La teoría también plantea que los sistemas sociales con niveles altos de capital social —cuyas instituciones, redes y relaciones sociales están altamente desarrolladas— tenderán a funcionar con mayor eficiencia y productividad que aquellos sistemas que tienen poco capital social (Coleman, 1990).

Por otro lado, Putnam (1993, 1995, 2000) ha contribuido al desarrollo del marco teórico del concepto de capital social comunitario, apoyándose sobre diversas teorías que explican las interacciones entre los individuos y los sistemas estructurales dentro de los cuales interactúan, por ejemplo la teoría de la desorganización social y la teoría ecológica sobre el crimen y la delincuencia en la comunidad. En base a las proposiciones de estas teorías y a su vez, en la amplia evidencia empírica de sus propias investigaciones, Putnam sostiene que la organización

social alta<sup>7</sup> constituye una característica principal de las comunidades con pocos problemas sociales. En cambio, propone que su opuesto, la desorganización social, desempeña el papel de catalizador del mal comportamiento en la comunidad. Asimismo, atribuye los problemas de bienestar social en el ámbito comunitario a “los efectos de la vecindad” (*neighborhood effects*), proponiendo que el comportamiento humano depende no solamente de las características intrapersonales (del individuo) sino también de las relaciones e interacciones interpersonales (entre el individuo y otros actores) y además, de las características de las personas que rodean al individuo, tales como sus familiares, vecinos, amigos y miembros de la comunidad, entre otras. En otras palabras, en la comunidad, Putnam plantea que los individuos se motivan no sólo por sus propias decisiones y circunstancias, sino también por las decisiones y circunstancias de sus vecinos (Putnam, 2000).

A pesar de la fuerza aparente de las explicaciones teóricas en cuanto al capital social, las cuales están fundamentadas en datos empíricos, la revisión de la literatura teórica acerca del tema ha arrojado luz sobre la existencia de algunos precedentes empíricos contradictorios con relación a las proposiciones de la teoría del capital social. Por ejemplo, Putnam propone que la falta de capital social es una de las características fundamentales de las comunidades socialmente desorganizadas. De igual modo, debido al “círculo vicioso” —que los niveles bajos de confianza y cohesión social conducen a niveles altos de crimen, lo cual resulta en niveles aun más bajos de confianza y cohesión— éstas son las comunidades que se encuentran abrumadas por muchos problemas sociales y, a su vez, caracterizadas por muy poco capital social para orientar la acción colectiva hacia soluciones. Además, Putnam afirma que debido a la escasez inherente del capital

---

<sup>7</sup> Es pertinente señalar aquí que Putnam (2000), al conceptualizar la organización social al nivel comunitario, se apoya sobre la definición conceptual previa del término, propuesta por Wilson (1987), que incluye un sentido de comunidad, la identificación positiva con la comunidad y las normas y sanciones explícitas contra el comportamiento aberrante.

social en el mesosistema, junto con la posibilidad baja de generar, adquirir y desarrollar este recurso social desde el interior, las comunidades de este tipo permanecen atrapadas en la pobreza y la marginalización y de igual manera, afectadas por los problemas sociales y el comportamiento aberrante (Putnam, 2000).

Portes y Landolt (1996), por otro lado, citan varios estudios empíricos que revelan lo contrario. Tanto en la investigación etnográfica clásica sobre las familias afro-americanas en algunas comunidades urbanas marginales (*los Flats*) en los Estados Unidos elaborada por Carol Stack, como en una investigación realizada por Fernández-Kelly sobre el embarazo en adolescentes en la ciudad de Baltimore, los investigadores encontraron que existe bastante capital social en las áreas marginales (o *ghettos*). No obstante, en los dos casos, los investigadores dedujeron que los recursos y activos que se adquirirían mediante el capital social no permitían que las personas superaran sus condiciones actuales de desventaja y pobreza. Dichos investigadores también destacan que en muchas comunidades marginales, los residentes dependen de sus redes intra y extrafamiliares para su propia sobrevivencia económica (Portes y Landolt, 1996). Existen otros estudios dentro del ámbito internacional que demuestran que el capital social efectivamente existe en abundancia en las comunidades pobres. Sin embargo, varios investigadores están de acuerdo en que tiende a ser fragmentado, lo cual puede ayudar a explicar por qué los niveles del capital social en las comunidades pobres frecuentemente no logran ni mejorar el bienestar social colectivo de los residentes, ni aumentar la calidad de vida dentro de la comunidad (Krishna y Uphoff, 1999; Pantoja, 1999).

En resumen, es evidente que existen resultados contradictorios en la literatura en cuanto a la presencia, o no, del capital social en comunidades en desventaja social. Sin embargo, a pesar de las diferencias en hallazgos empíricos, la teoría del capital social efectivamente permite y

facilita la observación y la medición de las relaciones sociales entre personas. Además, tiene varias características positivas que le dan fuerza como un marco mesoteórico sólido para mejor entender y explicar las relaciones e interacciones que ocurren entre los individuos que residen en una comunidad. Primero, la teoría incluye un triple enfoque, el cual facilita un mejor entendimiento de la relación entre el individuo y su medio ambiente. Intenta describir y explicar la relación entre el individuo, el sistema (o la comunidad) y la relación social, en sí, que une las dos entidades. Asimismo, la teoría busca predecir las consecuencias futuras (positivas y negativas) de esta interacción recíproca entre el agente y el sistema (Coleman, 1990). La literatura actual indica que el capital social, además, puede generar y facilitar los resultados positivos con respecto a una amplia gama de fenómenos sociales, entre otros, la reducción del embarazo en las adolescentes, la delincuencia juvenil, la deserción escolar y el maltrato infantil (Putnam, 2000).

Ahora bien, tal como se mencionó anteriormente, muchos de los problemas sociales que son influenciados por el capital social comprenden los mismos factores de riesgo —citados en la literatura sobre el trabajo infantil— que pueden precipitar el movimiento de los niños a la calle para trabajar. Por ende, partiendo de la literatura teórica existente que indica la utilidad y efectividad de la teoría del capital social para explicar varios fenómenos sociales relacionados con el trabajo infantil callejero, se diseñó un marco teórico-conceptual, con un enfoque dual, mediante el cual las relaciones e interacciones intrafamiliares, y entre las familias y su comunidad, pueden ser evaluadas por sus posibles influencias en la migración de los niños hacia la calle para trabajar (véase la figura 2 abajo).



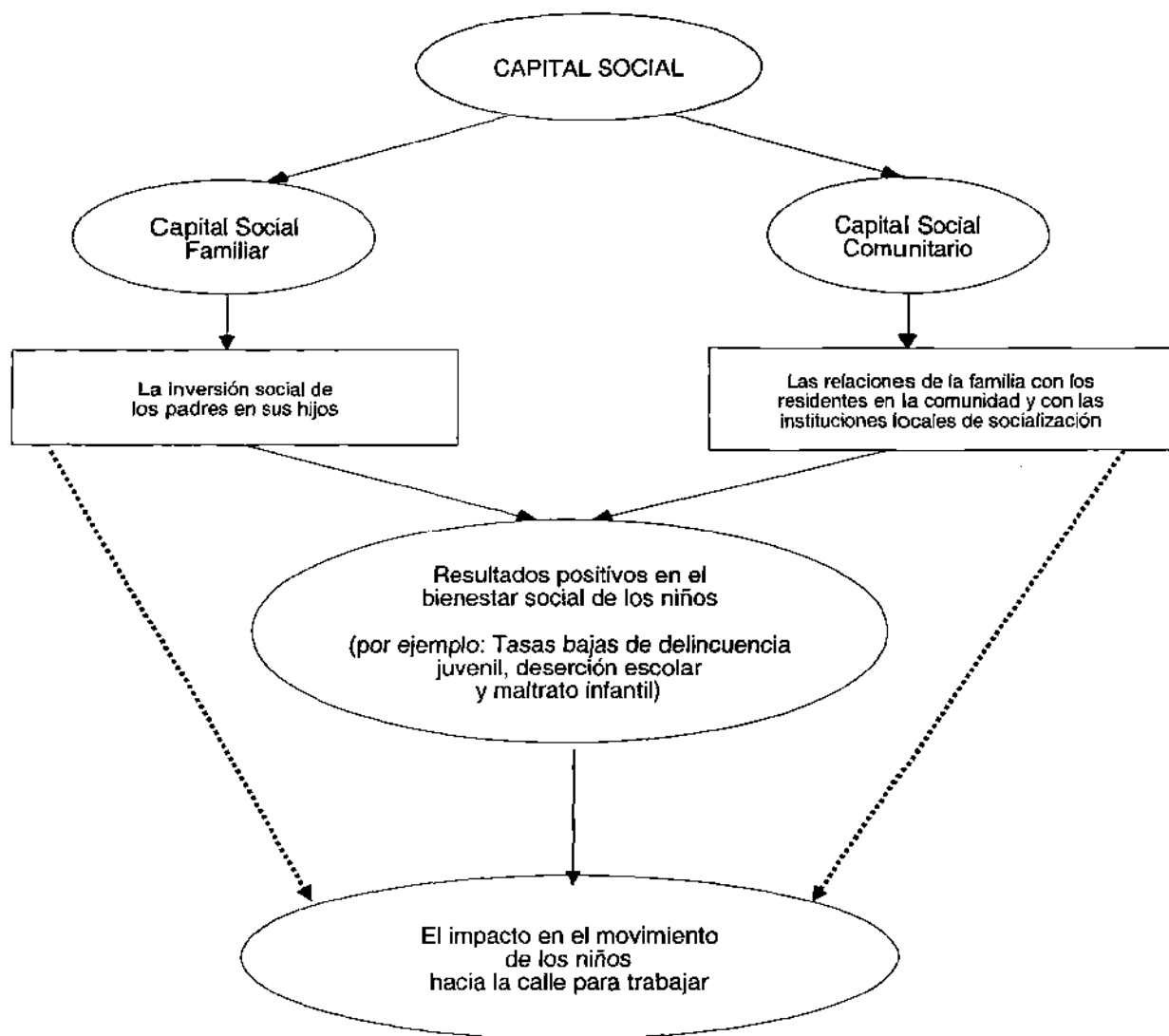


Figura 2. El enfoque dual de la teoría del capital social y su relación propuesta al trabajo infantil callejero

En base a la revisión previa de la literatura teórica con respecto al fenómeno de los niños trabajadores en el ámbito de la calle y la noción del capital social, se propone que la teoría del capital social constituye el marco conceptual más apropiado para los propósitos del presente estudio. Por tal motivo, este marco teórico guiará la selección de las variables predictoras potenciales del trabajo infantil en la calle.

### CAPÍTULO III

#### REVISIÓN CRÍTICA DE LA LITERATURA EMPÍRICA

La revisión de la literatura teórica relacionada con el fenómeno de los niños trabajadores en la calle sugiere que las familias de origen de estos niños pueden tener diferencias en las maneras que contribuyen al movimiento de los niños hacia la calle como menores trabajadores, o bien, previenen su migración callejera (DIF y otros, 1997; Peralta, 1995; Trussell, 1999; Wittig, 1994). Asimismo, los precedentes empíricos revelan que los niños que trabajan en las calles suelen provenir de familias que frecuentemente viven en condiciones de pobreza en colonias de un estrato socioeconómico marginal o bajo. Muchas veces, estas colonias son deficientes en los sistemas locales de apoyo social y los servicios públicos básicos, y además, las familias que residen en ellas carecen del acceso a los recursos existentes para el bienestar de sus hijos. Como resultado, con frecuencia tanto las colonias como las familias son estructuralmente incapaces de satisfacer sus necesidades básicas de sobrevivencia y para velar por el bienestar de sus hijos (DIF, 1992; DIF y otros, 1997; Munroe, Munroe y Shimmin, 1984; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1995; Trussell, 1999; Wittig, 1994).

No obstante, la relación entre las familias que viven en situaciones de desventaja económica y la migración de los niños a la calle para trabajar no es tan directa como se piensa, ya que no todas las familias que viven en pobreza utilizan a sus hijos como una fuente primaria o secundaria de ingreso familiar. De manera similar, no todas las colonias marginales tienen una población alta de niños que trabajan en las calles. Con la base existente del conocimiento sobre los niños que trabajan en la calle, queda por verse por qué algunas familias tienen hijos que trabajan en la vía pública, mientras que otras familias —que residen en la misma colonia y comparten condiciones socioeconómicas parecidas— tienen hijos que no trabajan?

Este capítulo presenta los resultados sintetizados de la literatura sobre el fenómeno de los niños que trabajan en la calle y sobre la noción del capital social. A continuación, como respuesta a los vacíos identificados en la literatura existente, se propondrá un marco empírico del cual los estudios futuros podrán partir para explorar el fenómeno de los niños trabajadores en la calle de un contexto distinto: en las colonias de origen de los niños trabajadores. La siguiente revisión de la literatura intenta hacer una síntesis de los factores de riesgo dentro del marco ecosistémico. Se les otorgará atención especial a los microfactores de riesgo intrapersonales e intrafamiliares, los mesofactores de riesgo comunitarios y los macrofactores de riesgo estructurales.

#### El método de la revisión sistemática de la literatura

Para determinar el alcance de la literatura relacionada con los niños trabajadores en la calle, se utilizó el método de la revisión sistemática (SR), el cual se enfocó en las siguientes tres áreas específicas: *la incidencia* con la que surgió el concepto de “*niño de o en la calle*” en la literatura empírica, *el método* que se utilizó para examinar el fenómeno y *la calidad* de las investigaciones empíricas que exploraron las variables relevantes que se asocian con el fenómeno de los niños de y en la calle (Larson, Pastro, Lyons y Anthony, 1992). Conforme con el procedimiento de una revisión sistemática extensa, se adoptaron cinco estrategias para localizar todos los estudios existentes relacionados con los niños de y en la calle, dentro de las siguientes disciplinas: trabajo social, sociología, psicología, antropología cultural, salud pública, enfermería y medicina.

Para empezar, se revisó una variedad de bases de datos desde el año 1979 hasta el presente, incluyendo *FirstSearch*, *OVID*, *Social Work Abstracts*, *Sociological Abstracts* y *Wilson*, entre otras. Se escogió el año 1979 como el límite cronológico mínimo, ya que la mayor

parte de los estudios empíricos relacionados con los niños de y en la calle se ha efectuado después del Año Internacional del Niño, declarado por la ONU, en el año 1979. A partir de ese año, dicho organismo internacional ayudó a insertar a la población de niños de y en la calle en la agenda del desarrollo global (Ennew y Milne, sin fecha). Segundo, se efectuaron varias búsquedas manuales de toda la literatura que pertenecía a los niños de y en la calle durante el transcurso de la década previa (1990 hasta el presente), tanto en las disertaciones, como en las revistas científicas relevantes: *International Social Work*, *Child Abuse and Neglect*, *Children and Youth Services Review*, *Journal of Sociology and Social Welfare*, y el *Journal of Child and Family Studies*. En este caso, se eligió el año 1990 como la fecha cronológica mínima, ya que éste fue el año en el cual la *Convención sobre los derechos del niño* de la ONU entró en vigencia dentro del ámbito internacional. Este hito sirvió para estimular la investigación científica global sobre el fenómeno de los niños de y en la calle (UNICEF, 1990). Tercero, se usó la técnica de la bola de nieve para localizar los estudios y disertaciones adicionales que fueron citados en las bibliografías de los artículos pertinentes en las revistas científicas que se revisaron. Cuarto, se revisaron otros estudios relacionados con el tema que habían sido efectuados por los investigadores destacados y conocidos dentro del área de los niños de y en la calle. Por último, se consultó una serie de bibliografías anotadas, las cuales fueron producidas por las organizaciones internacionales que trabajan con los niños de y en la calle, tales como la UNICEF, *Street Kids International*, la *Iniciativa de los Niños de la Calle* del Banco Mundial y *Casa Alianza Internacional*.

Para distinguir entre la literatura empírica pertinente y no pertinente relacionada con los niños de y en la calle, se establecieron cuatro criterios de selección para la inclusión de una investigación en el grupo de estudios revisados: 1) que el estudio haya examinado los micro,

meso y macrofactores que contribuyen al fenómeno de los niños que trabajan y/o viven en las calles; 2) que el estudio haya utilizado los métodos cualitativos, cuantitativos y/o mixtos para estudiar el fenómeno de los niños de y en la calle; 3) que el estudio haya reportado sobre los factores de riesgo y/o de protección que distinguen entre la población de niños que trabajan en la calle y la población de niños que viven en la calle; y 4) que el estudio haya presentado resultados que tienen relevancia para la política de bienestar social orientada hacia la población de niños que trabajan y/o viven en las calles. Como producto de la revisión sistemática y de los criterios seleccionados para revisar la literatura empírica existente sobre el fenómeno de los niños de y en la calle, se localizaron 15 estudios pertinentes.

Posterior a la formación de un grupo de estudios empíricos relevantes, se ordenaron todas las investigaciones en forma de un cuadro descriptivo para facilitar la identificación de las similitudes y diferencias entre los estudios. Para evaluar la calidad de la literatura empírica en el grupo de estudios revisados, se adoptaron los siguientes criterios de categorización: el año del estudio, la región, el propósito, la definición de la población, el diseño de investigación y los métodos de muestreo utilizados, el tamaño de la muestra, la tasa de respuesta, el modo de administración del instrumento de medición, el uso de un grupo del control, el análisis estadístico efectuado y el nivel ecosistémico dentro del cual se evaluó el fenómeno de los niños de y en la calle. (Véase el apéndice A, tabla A1 para información más detallada sobre cada uno de los estudios que fue incluido en el grupo de estudios revisados sobre los niños de y en la calle.)

#### *La síntesis de los enfoques metodológicos*

La revisión sistemática generó 15 estudios empíricos sobre el fenómeno de los niños de y en la calle. Se analizó cada estudio con respecto a los siguientes criterios: el marco cronológico y contexto geográfico del estudio, el propósito del estudio, la conceptualización de la población

de niños de y en la calle; el diseño de investigación, los modos de administración del instrumento de medición y uso de un grupo de control; el método de muestreo utilizado, el tamaño de la muestra y la tasa de respuesta, el análisis estadístico efectuado, y el nivel ecosistémico dentro del cual se evaluó el fenómeno de los niños de y en la calle.

*El marco cronológico y contexto geográfico del estudio.*

Todos los estudios incluidos en el grupo de estudios revisados fueron efectuados dentro del período de tiempo especificado en la búsqueda inicial, es decir, posterior al Año Internacional del Niño en el 1979. Con respecto al contexto geográfico en el que se realizaron los estudios, 1 estudio se llevó a cabo en tres países en la África (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999), 1 estudio en la Gran Bretaña (Morrow, 1996), 1 estudio en los Estados Unidos (Thompson, Safyer y Pollio, 2001) y 1 estudio —un análisis comparativo y transcultural de los predictores universales del trabajo infantil— se efectuó en Kenya, Belice, Samoa y Nepal (Munroe y otros, 1984). Los últimos 11 estudios (Connolly, 1990; DIF, 1992, 1999; DIF y otros, 1997; Ortiz, 1999; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994) se llevaron a cabo en diferentes países latinoamericanos, incluyendo a México, Colombia, Guatemala y Honduras. Ya que la literatura empírica actual sobre la región latinoamericana carece de estudios que identifiquen los factores de riesgo comunitarios, no se limitó la búsqueda general exclusivamente a la región de América Latina, sino que se amplió para incluir estudios del ámbito internacional.

*El propósito del estudio.*

Ocho de los 15 estudios propusieron entender la causalidad del trabajo infantil e identificar los determinantes estructurales, familiares e interpersonales del fenómeno (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; DIF, 1992; DIF y otros, 1997; Munroe y otros, 1984; Ortiz,

1999; Ortiz Nahón, 2000; Trussell, 1999; Wittig, 1994). Un estudio (DIF y otros, 1997) intentó sintetizar y organizar estos factores predictores en perfiles prácticos, tanto de los niños en alto riesgo que manifiestan los síntomas del comportamiento callejero, como de las familias que están en riesgo de expulsar a sus hijos a las calles para trabajar y/o para vivir. Por otro lado, Wittig (1994) partió de una perspectiva más teórica al proponer la comprobación de dos marcos teóricos distintos para evaluar si eran los determinantes culturales, o bien, los estructurales, los que proporcionaban una mejor explicación de la migración de los niños a la calle para trabajar. Cinco de las investigaciones del grupo de los estudios revisados intentaron proveer relatos descriptivos, cuantitativos y cualitativos del fenómeno de los niños de y en la calle, en cuanto a una amplia gama de aspectos, incluyendo el número preciso de niños callejeros, la naturaleza de las labores efectuadas, las características generales de los niños callejeros y las redes de apoyo social de estos niños en el ámbito de la calle (Connolly, 1990; DIF, 1999; Morrow, 1996; Peralta, 1992, 1995). Por último, 2 estudios (Thompson y otros, 2001; Tyler y otros, 1991) buscaron reconceptualizar la connotación negativa de los “factores de riesgo” al enfocarse mejor en los “factores de protección” para evaluar cuáles comportamientos de los niños conducían a diferentes resultados positivos, tales como la reunificación familiar y la sobrevivencia de los niños callejeros.

#### *La conceptualización de la población de niños de y en la calle.*

Todos los estudios, salvo el que se llevó a cabo en los Estados Unidos por Thompson y otros (2001), adoptaron la tipología universalmente conocida de Lusk (1989) de los niños callejeros, la cual categoriza a los niños de y en la calle sobre un continuo según su grado de involucramiento en, y aculturación a, la vida callejera (los niños de alto riesgo—los niños trabajadores en la calle—los niños que viven en la calle). Estos 14 estudios clasificaron a la

población de “los niños que viven en las calles” como aquellos niños que han abandonado sus casas y adoptado un estilo de vida alternativo. Por otro lado, la población de “los niños trabajadores en la calle” consistía en aquellos niños involucrados en actividades económicas formales e/o informales en las calles, que mantenían vínculos con sus familias de origen y generalmente dormían en sus casas. Dentro de este grupo de estudios revisados, Peralta (1992, 1995) propuso una clasificación aún más específica para la población de niños trabajadores en la calle, la cual se deriva de la tipología original de Lusk (1989) e incluye a dos subgrupos: los niños trabajadores independientes y los niños trabajadores en familia. Su justificación se basaba en la evidencia empírica que sugiere que los dos subgrupos de niños difieren en los tipos de trabajo que realizan, los niveles de riesgo que enfrentan en las calles y los factores precipitantes que contribuyen a su estatus.

Un punto de contraste entre los estudios revisados se relaciona con la operacionalización de la edad cronológica de los niños trabajadores en la calle. Según Munroe y otros (1984), los niños trabajadores consisten en los niños entre 3 y 9 años de edad; según Canagarajah y Skyt-Nielsen (1999), los niños trabajadores consisten en la población de niños entre 7 y 14 años de edad; y tal como fueron operacionalizados por el DIF (1992, 1995), el DIF y otros (1997), Tyler y colaboradores (1991) y Wittig (1994), los niños trabajadores son cualquier niño o joven, menor a 18 años de edad. Por otro lado, el estudio efectuado por Thompson y otros (2001) elaboró una tipología paralela conforme con la naturaleza del fenómeno de los niños de y en la calle en los Estados Unidos. Para los propósitos de su estudio, la población de los *jóvenes que se escapan del hogar* incluye a tres grupos: los jóvenes que se escapan del hogar y viven en las calles, los jóvenes cuyos padres los han abandonado o echado del hogar y los jóvenes independientes.



*El diseño de investigación, los modos de administración del instrumento de medición y el uso de un grupo de control.*

El diseño de investigación más común entre los estudios revisados consistía en un análisis descriptivo y cualitativo, en el cual se aplicaba una variedad de técnicas de levantamiento de datos. Por ejemplo, Connolly (1990) utilizó la observación participante, las entrevistas abiertas con los niños de y en la calle y un diario en el cual anotaba sus actividades y observaciones cotidianas con la población de niños en situación de calle en Colombia y Guatemala. En México, el DIF (1992) usó la técnica de la observación directa y las entrevistas con los informantes claves en las colonias de alto riesgo. Morrow (1996) examinó los ensayos de los niños de edad escolar sobre su participación laboral y efectuó entrevistas semi-estructuradas de seguimiento con los participantes del estudio en Gran Bretaña. Munroe y sus colaboradores (1984) llevaron a cabo una serie de observaciones directas de varias muestras de niños trabajadores en cuatro diferentes países. Ortiz (1999) y Trussell (1999) pasaron varios años en las calles de la Ciudad de México y de Ciudad Juárez, respectivamente, efectuando dos estudios etnográficos distintos sobre las vidas y testimonios de los niños de la calle en México. Por último, Peralta (1992, 1995) realizó observaciones extendidas de campo y entrevistas flexiblemente estructuradas con los niños de la calle en varias ciudades mexicanas.

Por otro lado, tres estudios adoptaron un diseño cuantitativo, complementado con diferentes técnicas cualitativas de levantamiento de datos, tales como la observación directa y/o participante, los diarios escritos por personas cercanas a los participantes en el estudio y las entrevistas semi-estructuradas con los informantes claves (DIF y otros, 1997; Ortiz Nahón, 2000; Wittig, 1994). En dos estudios, se efectuó un análisis secundario de datos para examinar cinco estudios empíricos existentes de tres países africanos (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999) y en

otro caso, para estudiar miles de registros de casos almacenados en el sistema nacional de información automatiza sobre los datos extensos de los niños de la calle, denominado “El Sistema de Información y Mantenimiento de los Jóvenes en la Calle” (RHYMIS) (Thompson y otros, 2001). Todos los estudios, salvo cuatro, utilizaron un grupo de control para comparar las diferencias entre los distintos grupos de niños de y en la calle, en cuanto a su género, edad, ciudad de origen, país de origen y grado de aculturación al estilo de vida en la calle (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Connolly, 1990; DIF, 1992; Morrow, 1996; Munroe y otros, 1984; Peralta, 1992, 1995; Thompson y otros, 2001; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994).

*El método de muestreo utilizado.*

Excluyendo los dos estudios que efectuaron los análisis secundarios de datos, la muestra no probabilística e intencionada constituye el método de muestreo más común entre los demás estudios (Connolly, 1990; DIF, 1992, 1999; Morrow, 1996; Munroe y otros, 1984; Ortiz, 1999; Peralta, 1992, 1995; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994). DIF y otros (1997) utilizaron una combinación de técnicas de muestreo probabilístico y no probabilístico. Para determinar al azar la muestra de las intersecciones, se identificaron primero por cuotas varias intersecciones en la vía pública, en dónde luego, se efectuarían las entrevistas. De ahí, se escogieron a los participantes dentro de cada intersección en base al uso de una muestra intencionada. Ortiz Nahón (2000) sacó una muestra aleatoria de niños de la calle de la población total de niños de la calle en la Ciudad de Oaxaca, tal como fue definida por una organización no gubernamental oaxaqueña que trabaja con los niños de la calle en la ciudad.

*El tamaño de la muestra y la tasa de respuesta.*

Había bastante variación en cuanto al tamaño de la muestra entre los estudios empíricos incluidos en el grupo de estudios revisados. Las muestras pequeñas consistían en 15 (Trussell,

1999) y 38 participantes (Ortiz Nahón, 2000). Wittig (1994), por otro lado, empleó una muestra bastante grande de 1,244 participantes. Entre los demás estudios, el tamaño de la muestra promedio era de 150 participantes: 139 (DIF y otros, 1997); 192 (Munroe y otros, 1984); 103 (Peralta, 1992); 195 (Peralta, 1995); y 94 participantes (Tyler y otros, 1991). Salvo el estudio realizado por Tyler y otros (1991), ningún otro estudio reportó las tasas de respuesta.

*El análisis estadístico efectuado.*

La mayoría de los estudios efectuó los análisis descriptivos y corrió frecuencias para analizar los datos (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; DIF, 1992, 1999; DIF y otros, 1997; Munroe y otros, 1984; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995). Morrow (1996) utilizó la prueba del análisis del contenido de los escritos de los estudiantes para explorar la tipología del trabajo infantil, mientras que Connolly (1990), Ortiz (1999) y Trussell (1999) construyeron las historias de caso de los niños de la calle que participaron en el estudio. Además, en tres de los estudios en el grupo de estudios revisados aquí, se efectuaron diferentes análisis multivariados, entre otros, la regresión logística, el Análisis de Varianza de una sola vía y la prueba de ji-cuadrada (Thompson y otros, 2001; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994).

*El nivel ecosistémico dentro del cual se evaluó el fenómeno de los niños de y en la calle.*

Once de los 15 estudios que fueron revisados adoptaron un enfoque microsistémico al examinar el fenómeno de los niños de la calle, por lo cual se evaluaron tanto los factores de riesgo intrapersonales, como los factores familiares que contribuían a la migración callejera (Connolly, 1990; DIF, 1999; DIF y otros, 1997; Morrow, 1996; Ortiz, 1999; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995; Thompson y otros, 2001; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991). Un estudio, realizado por el DIF (1992) en México, exploró la relación entre el fenómeno de los niños trabajadores en la calle y el contexto comunitario que los rodea en el mesosistema. Por último, 3

estudios (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Munroe y otros, 1984; Wittig, 1994) evaluaron el fenómeno de los niños de y en la calle al nivel macrosistémico al examinar las influencias de las variables estructurales de un país, tales como el Producto Interno Bruto (PIB), el porcentaje urbano de la población, la proporción de alumnos-maestros y las tasas de inscripción de los niños en el sistema escolar. Dichos estudios, además, exploraron algunas variables culturales, incluyendo las percepciones de los padres sobre “la niñez” y “el trabajo infantil,” y la presencia en el sistema jurídico de un país de leyes correccionales o permisivas sobre el trabajo infantil. Unas cuantas variables estructurales también fueron evaluadas, entre otras, el porcentaje de familias que viven en condiciones de pobreza en una comunidad dada, el número de barreras que una familia tiene que sobrepasar para acceder la educación pública y las tasas de desempleo, subempleo y empleo precario dentro del núcleo familiar.

#### *Las limitaciones metodológicas de los estudios previos*

A pesar de las fuerzas metodológicas de los estudios revisados aquí, como de las múltiples similitudes entre estudios, existen algunas limitaciones. Para empezar, partiendo de la suposición de que los estudios metodológicamente sólidos están arraigados dentro de un marco teórico sustentado por la evidencia empírica, es preocupante que 10 de los 15 estudios se hayan efectuado en plena ausencia de un modelo teórico explicativo. En estos estudios, los investigadores aplicaron los métodos descriptivos y cualitativos, los cuales fueron aislados de un marco teórico guión. Como resultado, son cuestionables los datos que fueron adquiridos de la selección arbitraria de las técnicas de levantamiento de datos y a su vez, presentados en una manera desconectada como historias de caso de los niños de la calle, ya que la teoría no guió ni la selección de métodos, ni el análisis e interpretación de los datos. Solamente 5 estudios eligieron los métodos de la investigación, las técnicas del levantamiento de los datos y los

análisis para la interpretación de los datos en base al conocimiento teórico existente (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Munroe y otros, 1984; Ortiz Nahón, 2000; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994).

En los estudios revisados, varios tenían problemas con las amenazas a la validez interna del estudio. Por ejemplo, muchos estudios incorporaron los grupos de control de otras poblaciones de niños en situación de calle, sin haber efectuado una explicación o clarificación de la equivalencia entre grupos (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Connolly, 1990; DIF, 1992; Morrow, 1996; Munroe y otros, 1984; Peralta, 1992, 1995; Thompson y otros, 2001; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994). Ninguno de los estudios revisados aquí utilizó un grupo de control normativo de niños que no viven, ni trabajan en la calle. Otro factor que comprometió la validez interna de los estudios, en todos los casos, consiste en la ausencia de triangulación para evaluar y volver a evaluar tanto los instrumentos de medición, como los resultados del estudio.

Asimismo, puede ser difícil generalizar los resultados de las investigaciones en el grupo de estudios revisados aquí a la población general de niños de la calle debido a varias amenazas a la validez externa de los estudios. Sólo 2 de los 15 estudios totales usaron una muestra probabilística y aleatoria (DIF y otros, 1997; Ortiz Nahón, 2000). Los otros estudios efectuaron técnicas de muestreo no probabilístico e intencionado, o bien, reclutaron a los participantes en sitios de trabajo, programas, y/o albergues no representativos de la población en general. Segundo, la presencia de varias amenazas a la validez interna de los estudios revisados aquí constituye otro problema en relación con la generalización de sus resultados. En la ausencia de un diseño de investigación metodológicamente riguroso, en el cual se aplican varios métodos para comparar y contrastar los resultados, es difícil asegurar el validez externa del estudio.

Tal como se mencionó arriba, existe considerable armonía entre los estudios revisados aquí en cuanto a las definiciones operacionales que se adoptaron para distinguir entre las poblaciones de niños que viven en la calle y aquellos que trabajan en la calle (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Connolly, 1990; DIF, 1992, 1999; DIF y otros, 1997; Morrow, 1996; Munroe y otros, 1984; Ortiz, 1999; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994). Sin embargo, existe bastante desacuerdo entre los estudios con respecto a las edades de los niños de la calle, sus actividades económicas específicas y la inclusión o exclusión del género femenino dentro de la población de niños de la calle. Esta diferenciación conceptualmente distinta entre grupos de niños que trabajan en las calles —frecuentemente en ausencia de la teoría existente— puede conducir a disparidades en los resultados, y a su vez, limitar la habilidad de hacer comparaciones válidas entre diferentes estudios en cuanto a los resultados específicos.

Además, la clasificación rígida de los niños en categorías mutuamente exclusivas de o “niño que trabaja en la calle,” o “niño que vive en la calle” ignora la suposición existente de que muchos niños de y en la calle oscilan entre categorías, o bien, progresan de una categoría a otra durante el transcurso de sus vidas (Lusk, 1989). Una fotografía de estos niños, tomada en una sola ocasión en sus vidas, puede ser engañosa, ya que ésta categoriza a los niños según su actividad económica en ese momento particular en el tiempo. Es más, provee una vista unidimensional de la población de los niños de y en la calle —tal como niños trabajadores— mientras que no toma en cuenta la naturaleza holística de las vidas de estos niños, muchos de los cuales están inmersos en sistemas de apoyo compuestos por amigos, familiares, residentes de la comunidad e instituciones de socialización y de bienestar social.

Por último, tal como se mencionó en la sección anterior, los estudios previos generalmente se han enfocado en los microfactores de riesgo individuales y familiares, o bien, en los macrofactores estructurales, que contribuyen a la migración de los niños a la calle para trabajar (Connolly, 1990; DIF, 1999; DIF y otros, 1997; Morrow, 1996; Ortiz, 1999; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995; Thompson y otros, 2001; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991). No obstante, el uso de los métodos y análisis de datos puramente descriptivos deja los resultados como historias de casos individualizadas, las cuales muchas veces están desvinculadas de las explicaciones teóricas existentes.

Con respecto a los mesofactores, la literatura actual, a través de los países revisados aquí, carece de evidencia sistemática en cuanto a los factores precipitantes en el ámbito de la comunidad que puedan influir en el movimiento de los niños a la calle para trabajar. Un estudio exploratorio, efectuado por el DIF (1992), intentó identificar los factores situacionales que existen dentro de las colonias con los índices altos de niños que trabajan en las calles. Sin embargo, en la ausencia de un marco teórico guiado, la selección al azar de las colonias y los instrumentos de medición metodológicamente válidos, los resultados de este diagnóstico comunitario siguen siendo anécdotas descriptivas de algunos residentes de la colonia que fueron escogidos de manera arbitraria.

Con respecto a los macrofactores, tres estudios propusieron determinar los factores de riesgo estructurales y culturales que están asociados con el fenómeno de los niños de y en la calle (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Munroe y otros, 1984; Wittig, 1994). No obstante, sin utilizar los grupos normativos de control, las muestras aleatorias y los métodos mixtos para evaluar y volver a evaluar los resultados, es difícil hacer conclusiones extensas y generalizables sobre el impacto de las macrovariables en las vidas de los niños de y en la calle.

Cada una de las limitaciones detalladas aquí presenta una amenaza tanto al rigor metodológico interno de los estudios individuales, como a la generalización de los resultados a la población de niños de y en la calle. A pesar de estas limitaciones, las múltiples similitudes entre los estudios que se presentaron en la sección anterior, facilitan el hacer comparaciones —aunque de manera rudimentaria— entre diferentes estudios. Esto, a su vez, puede ampliar la base existente del conocimiento en cuanto a los determinantes del trabajo infantil y las características de las poblaciones distintas de niños de y en la calle. A continuación, se presentará una revisión extensa de las variables comunes entre los estudios revisados aquí que empíricamente han influido en el movimiento de los niños a la calle para trabajar.

#### La revisión de los resultados empíricos

Para los fines de esta revisión de la literatura, se han categorizado los resultados en cuatro secciones principales: 1) los microfactores de riesgo intrapersonales, 2) los microfactores de riesgo intrafamiliares, 3) los mesofactores de riesgo comunitarios y 4) los macrofactores de riesgo estructurales y culturales.

##### *Los microfactores de riesgo intrapersonales*

###### *El fracaso escolar.*

El fracaso escolar, o la deserción escolar, fue mencionado como un factor asociado con la migración callejera en todos los estudios con un enfoque microsistémico en el grupo de los estudios revisados (Connolly, 1990; DIF, 1999; DIF y otros, 1997; Morrow, 1996; Ortiz, 1999; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995; Thompson y otros, 2001; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991). Una vez que los niños han roto su vínculo formal con el sistema educativo, el entorno de la calle frecuentemente se vuelve la fuente principal de socialización y educación en sus vidas. Dos autores, Peralta (1992, 1995) y Trussell (1999), observaron una diferencia en cuanto a la



educación entre los niños que viven en la calle y los que trabajan en la calle. Los niños trabajadores en la calle eran más propensos a abandonar el sistema educativo formal, mientras que los niños que vivían en la calle eran más propensos a nunca haberse incorporado en él desde el principio. Según la tipología tripartita de los jóvenes en situación de calle en los Estados Unidos, Thompson y sus colaboradores (2001) encontraron que de los tres grupos de jóvenes callejeros (los jóvenes que se escapan del hogar y viven en las calles, los jóvenes cuyos padres los han abandonado o echado del hogar y los jóvenes independientes), los jóvenes cuyos padres los han abandonado o echado del hogar —los cuales comparten muchas características con la población de niños *de la calle* en América Latina— eran significadamente más propensos que los otros dos grupos a haber desertado del sistema educativo formal. Debido a la naturaleza descriptiva de los estudios previos, es difícil establecer la prioridad temporal entre el fracaso escolar y la migración de los niños hacia la calle. En base a la literatura actual, solamente es posible concluir que ambas variables están asociadas, ya que no se pueden establecer las líneas de causalidad con la evidencia empírica que existe hasta la fecha.

#### *El abuso de drogas.*

Más de la mitad de los estudios encontraron que el uso de drogas y/o alcohol era otro microfactor relacionado con la migración callejera (DIF y otros, 1997; Ortiz, 1999; Peralta, 1992, 1995; Thompson y otros, 2001; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994). En varios estudios, los niños adictos a diferentes sustancias ilícitas, tales como los inhalantes y el alcohol, eran más propensos a vivir en la calle, que en su hogar, y a su vez, a usar el entorno de la calle como sitio laboral (Ortiz, 1999; Tyler y otros, 1991; Wittig, 1994). Además, Thompson y sus colaboradores (2001) descubrieron que los jóvenes en la calle, que eran adictos a estimulantes y/o sedantes, eran menos propensos a regresar a sus casas que sus contrapartes en la calle que no usaban

dichas sustancias ilícitas. Asimismo, los estudios realizados por el DIF (1999), Peralta (1992, 1995) y Trussell (1999) encontraron que el nivel de abuso a drogas era extremadamente bajo en la población de niños que trabajaban en la calle, mientras que era muy común en los niños que vivían en la calle de tiempo completo. Tal como se manifestó en el caso del fracaso escolar, la relación entre el abuso de drogas y el movimiento de los niños a la calle para vivir y/o trabajar padece del mismo problema de antecedencia-precedencia, ya que no se puede establecer la dirección de causalidad entre los dos en base a los precedentes empíricos existentes.

#### *El involucramiento del niño en pandillas.*

Se encontraron que el involucramiento en pandillas y el comportamiento delincuente eran otros factores intrapersonales que contribuían al movimiento de los niños hacia la calle (Connolly, 1990; DIF y otros, 1997; Ortiz, 1999; Thompson y otros, 2001; Trussell, 1999). Sin embargo, debido a la falta de grupos normativos de control y la selección aleatoria de participantes, las líneas de causalidad entre el involucramiento pandillero y la migración callejera quedan por verse. No se sabe si los niños estudiados aquí pasaban a vivir en la calle como resultado de sus actividades pandilleras o delincuentes, o bien, si una vez que ya estaban en el entorno de la calle, buscaban el apoyo y protección que las pandillas suelen ofrecer a los jóvenes aislados.

#### *Los microfactores de riesgo intrafamiliares*

##### *Los problemas económicos de la familia.*

Existe considerable evidencia en la literatura que sustenta la conexión entre el ingreso de la familia y el trabajo infantil en la calle. El factor intrafamiliar asociado con la migración callejera más citado en todos los estudios revisados aquí consiste en que el niño proviene de una familia con problemas económicos. Todos los estudios identificaron este factor de riesgo, salvo

el estudio que realizaron Thompson y otros (2001), en que no se incluyó el estatus socioeconómico de la familia como variable predictora. Entre la población de niños que vivían en la calle, al nivel de pobreza en la familia le seguía el maltrato físico como el factor más importante que se asociaba con el movimiento de los niños hacia la calle para vivir (Connolly, 1990; Ortiz, 1999; Trussell, 1999; Tyler y otros, 1991). No obstante, el nivel de pobreza en la familia era el factor principal que precipitaba la migración de los niños hacia la calle para trabajar (DIF, 1999; DIF y otros, 1997; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995). Esto conlleva a especular que la población de niños que trabajan en la calle utilice el entorno de la calle como un medio para mejorar las condiciones de pobreza en sus familias de origen, mientras que los niños que viven en las calles, por otro lado, migre a la calle con el fin de escaparse de la pobreza y otras formas de trato inhumano en sus familias de origen, tales como el descuido y el abuso físico y emocional.

*El nivel de estudio de los padres.*

Debido al hecho de que la mayor parte de los estudios revisados aquí ha generado los datos en base a las perspectivas de los niños que trabajan y/o viven en las calles, es difícil evaluar tanto la veracidad sobre el nivel de estudio de los padres, como la influencia de la educación de los padres en el trabajo callejero de sus hijos. Hasta la fecha, dentro de la literatura empírica relacionada con los niños de y en la calle, ha existido un mayor enfoque en los niños que provienen de familias pobres, que en las familias mismas (Raffaelli, 1996). Aun siendo esto así, varios artículos en la literatura que sintetizan los resultados empíricos previos han dado énfasis a la importancia de la reserva de la educación de los padres, como factor que puede influir en el movimiento de los niños a la calle para trabajar. Por ejemplo, en un artículo que evaluaba el programa JUCONI (*Junto con los Niños*), un programa prominente fundado en 1989

en Puebla, México, para los niños de y en la calle, Lane (1998) propone que la pobreza de la familia y los niveles bajos de estudio de los padres de familia son los dos factores más comunes entre las familias de los niños de la calle que participan en el programa. Asimismo, basándose tanto en sus investigaciones de campo en la región latinoamericana, como en el uso de datos secundarios de la UNICEF y de otras organizaciones internacionales, Arriagada (1995) desarrolló una tipología práctica de las familias de los niños de y en la calle. Según este perfil, las familias típicas de los niños de y en la calle comparten las siguientes características: el tipo de familia monoparental con jefatura femenina, un nivel bajo de estudio de los padres, la residencia en un vecindario categorizado al nivel de “pobreza” o “pobreza extrema,” tres o más hijos menores de 15 años en el hogar y al menos uno de los hijos que ya está en situación de calle.

Por último, en una revisión de los efectos de la situación económica actual en las familias en México, Sandoval (1999) sugiere que los niveles de estudio de los padres ejercen una fuerte influencia sobre sus propias actitudes como padres de familia, en cuanto a si trabajan sus hijos, o no. Los niveles bajos de estudio de los padres, tal como propone Sandoval, están frecuentemente asociados con la temprana incorporación de los niños al ámbito laboral. De hecho, dos estudios con el enfoque macrosistémico, que fueron incluidos en los estudios revisados por medio del método de la revisión sistemática, confirmaron la suposición de Sandoval (1999): los padres con niveles altos de estudio eran menos propensos que los padres con niveles bajos de estudio a usar a sus hijos como una fuente extra de trabajo para la familia (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Wittig, 1994).

### *La estructura de la familia.*

Dentro de los estudios microsistémicos revisados aquí, Connolly (1990), Ortiz (1999), Peralta (1992, 1995), Trussell (1999) y Tyler y otros (1991) encontraron que la mayoría de los

niños de la calle que participaba en sus estudios provenía de las familias no convencionales y/o familias monoparentales. En contraste, DIF y otros (1997) y Ortiz Nahón (2000) descubrieron que casi todos los niños de la calle entrevistados en sus estudios —el 97% y el 84%, respectivamente— provenían de familias biparentales y estructuradas. En los otros tres estudios (DIF, 1999; Morrow, 1996; Thompson y otros, 2001), la estructura de la familia no fue incluida como variable relevante en los modelos. Por ende, en base a la literatura actual, sería prematuro en este momento hacer conclusiones con respecto a los efectos de la desintegración familiar en el movimiento de los niños hacia la calle, ya que quedan por verse los resultados consistentes que indiquen la fuerza de la estructura de la familia como un factor predictor de la migración callejera.

#### *El maltrato físico y el descuido.*

El maltrato físico y el descuido por parte de los padres de familia consisten en dos variables adicionales intrafamiliares pertinentes entre los estudios revisados aquí. Connolly (1990), Ortiz (1999), Peralta (1992, 1995), Thompson y sus colaboradores (2001), Trussell (1999) y Tyler y sus colaboradores (1991) encontraron que la mayor parte de los niños de la calle entrevistados en sus estudios provenía de familias que se caracterizaban por hostilidad, descuido, abuso y la falta de afecto. Esto sugiere que muchos niños pueden huir de sus casas con el fin de mejorar su situación inmediata.

#### *Los mesofactores de riesgo comunitarios*

Los resultados del método de la revisión sistemática efectuado aquí, conducen a pocas conclusiones extensas y generalizables sobre la influencia de los mesofactores de riesgo en la migración de los niños a la calle para trabajar, ya que sólo 1 de los 15 estudios revisados aquí evaluó las variables comunitarias. En el año 1992, el DIF del Estado de Nuevo León, México,

efectuó un estudio empírico sin precedentes, en el que intentó operacionalizar y sistematizar los factores estructurales que caracterizaban las colonias con los índices altos de niños que trabajaban en las calles en el Área Metropolitana de Monterrey, México. Originalmente, el DIF inició el estudio dentro de dos zonas expulsoras<sup>8</sup> en el Estado de Nuevo León, con el fin de efectuar un proyecto de investigación longitudinal que siguiera el progreso de las colonias que participaban en el estudio y que incluyera otras colonias en el futuro. Sin embargo, nunca se realizó la expansión del estudio debido a la falta de recursos humanos y financieros para sostener y continuar el estudio cada año. Por eso, el estudio original sigue teniendo un nivel bajo de validez externa, ya que sería engañoso generalizar los resultados de estas dos colonias a la población total de zonas expulsoras.

A pesar del nivel bajo de validez externa en ese estudio, los resultados del diagnóstico situacional de dos zonas expulsoras en el Área Metropolitana de Monterrey, Nuevo León, revelan que estas colonias se parecen mucho —en términos de la organización social y composición estructural— a aquellas comunidades marginales investigadas y tipificadas por Lewis (1965, 1968), Wilson (1987), Sampson (1992) y Sampson y otros (1999). Por ejemplo, algunas de las características que las zonas expulsoras en Monterrey comparten con las comunidades citadas en la literatura teórica y empírica incluyen: una concentración alta de familias de los estratos socioeconómicos bajo y marginal, las condiciones precarias de vivienda, la insuficiencia de servicios públicos, las tasas altas de desempleo y un nivel bajo de calidad de vida, expresado por los residentes de la comunidad. En ambas colonias diagnosticadas por el DIF, existía una concentración alta de familias en el estrato socioeconómicos bajo. Las

---

<sup>8</sup> Según la definición propuesta por el Desarrollo Integral de la Familia (DIF), las “zonas expulsoras” se refieren a todos aquellos asentamientos irregulares, unidades habitacionales, barrios o colonias marginales, cuya infraestructura, instituciones y servicios comunitarios suelen ser mínimos o insuficientes, y en dónde reside una alta concentración de familias con hijos que trabajan en las calles (DIF y otros, 1997).

condiciones de vivienda también eran marginales y las familias solían carecer de los títulos legales de sus terrenos. Existía, a su vez, un grado alto de hacinamiento en el hogar y densidad poblacional en la colonia. Las dos colonias en el estudio también carecían de suficientes servicios públicos, de un sistema de transporte y de la infraestructura social e instituciones locales adecuados para el bienestar de sus residentes. Además, a los residentes en las dos colonias se les podía clasificar en una de las siguientes categorías laborales: desempleados, subempleados o empleados precariamente. Asimismo, el DIF encontró que había un nivel alto de niños trabajadores en ambas colonias. Por último, los residentes en las dos colonias en el estudio respondían en una manera parecida y negativa a las preguntas sobre la calidad de vida en la colonia (DIF, 1992).

#### *Los macrofactores de riesgo estructurales y culturales*

Tres autores en el grupo de estudios revisados aquí evaluaron la relación entre la migración de los niños a la calle y varios de los macrofactores estructurales y culturales relacionados con el fenómeno (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Munroe y otros, 1984; Wittig, 1994).

##### *La pobreza estructural.*

Dos de los tres estudios encontraron que los niños que residían en comunidades en situaciones de pobreza eran más propensos a trabajar en la calle que aquellos niños que vivían en comunidades de un nivel socioeconómico más alto (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Wittig, 1994). El otro estudio efectuado por Munroe y otros (1984) no evaluó la pobreza estructural como variable en la investigación. Este resultado es consistente con otros precedentes empíricos, los cuales sugieren que existe una relación fuerte entre los niveles de pobreza en una comunidad

particular y el fenómeno del trabajo infantil en el ámbito de la calle (Connolly, 1990; Lusk, 1989; Peralta, 1995).

#### *La deuda externa.*

Por otro lado, debido al alcance de la deuda externa en muchos países en vías de desarrollo, muchos gobiernos han tenido que reestructurar sus economías nacionales. Algunos autores sugieren que esta reestructuración económica ha instigado un aumento en los índices de pobreza dentro de varios sectores de la población (De la Barra, 1998; Wittig, 1994). En un estudio sobre los efectos de la deuda externa en el bienestar de los niños y jóvenes en la región latinoamericana, Bradshaw y otros (1993) encontraron que el endeudamiento económico del país generó un impacto negativo, tanto directo como indirecto, en los niveles de nutrición, bienestar y sobrevivencia de los niños y jóvenes.

#### *Las prácticas culturales.*

Los tres estudios con un enfoque macrosistémico también evaluaron varias explicaciones culturales del trabajo infantil. Munroe y sus colaboradores (1984) encontraron que en las culturas en las cuales la estructura familiar normativa consiste en una familia biparental en que ambos padres trabajan, las madres solían adoptar un estilo de socialización más pasivo o *laissez faire* en sus prácticas de crianza de sus hijos. Estas madres, a su vez, también dependían menos de sus hijos como fuentes complementarias del ingreso familiar. Asimismo, Canagarajah y Skyt-Nielsen (1999) y Wittig (1994) descubrieron que otros factores culturales —específicamente las prácticas de la religión y las percepciones de los padres sobre el estudio y la niñez— estaban relacionados con el uso de sus hijos como trabajadores infantiles. Los padres protestantes que valoraban el estudio formal para sus hijos eran menos propensos a utilizar a sus hijos en el mercado laboral, ya que preferían la educación formal como una actividad de tiempo completo



para sus hijos. Sin embargo, en aquellas culturas en que el “trabajo infantil” era aceptado como una actividad culturalmente normativa y perteneciente a la etapa de la niñez, los niños tendían a trabajar más (Canagarajah y Skyt-Nielsen, 1999; Munroe y otros, 1984; Wittig, 1994).

Un análisis crítico de la revisión sistemática y el fenómeno de los niños trabajadores en la calle

La revisión sistemática de los resultados relacionados con el fenómeno de los niños de y en la calle facilita la detección de una serie de tendencias que emerge no sólo entre los diferentes estudios, sino también, a través de las distintas regiones geográficas. Para empezar, existe una distribución desproporcionadamente desigual de niños trabajadores en los países, comunidades y familias en situaciones de pobreza. Según Connolly (1990), el fenómeno de los niños de y en la calle se entiende mejor dentro del contexto de la teoría de marginalización: “Mientras los gobiernos no respondan a las necesidades básicas humanas al ignorar las causas económicas de la marginalización, un índice creciente de menores será forzado a tomar las calles para solventar sus necesidades básicas personales y las de sus familias” (p. 147). Asimismo, Janowsky (1991) propone que el crecimiento urbano descontrolado, la falta de planeación gubernamental, los obstáculos jurídicos y las burocracias opresivas han creado un sistema estructural en el cual los pobres se ven obligados a ejercer su creatividad al buscar nuevas medidas para solventar sus necesidades mínimas de subsistencia. Una de éstas es la utilización de uno o más de los hijos como fuente primaria o secundaria del ingreso familiar. Sin embargo, debido al hecho de que muchos estudios previos no hayan controlado los efectos del capital financiero dentro de las familias (es decir, su ingreso familiar), ni dentro de las colonias (es decir, los recursos públicos), es difícil hacer conclusiones extensas con respecto a cuáles factores desempeñan un papel

primordial en contribuir a la migración de los niños a la calle para trabajar, y a su vez, cuáles factores simplemente han sido influidos por las variables relacionadas con el ingreso familiar.

Segundo, a través de los 15 estudios revisados aquí, las instituciones formales de socialización, tales como la familia y la escuela, juegan un rol preventivo al inhibir que los niños que trabajan en las calles progresen por el continuo de los niños en situación de calle y que se vuelvan niños que viven en las calles. Los resultados de los diferentes estudios revisados aquí revelan que los niños que trabajan en las calles y los niños que viven en las calles difieren de manera significativa en sus relaciones tanto con sus familias, como con las escuelas. Los niños que trabajan en las calles generalmente mantienen vínculos con sus familias y con el sistema educativo formal, mientras que estos vínculos han sido rotos en el caso de los niños que viven en las calles (o bien, estos vínculos nunca existieron para empezar). No obstante, en base a la literatura actual, queda por verse si estas instituciones de socialización también mitigan los efectos de los factores de riesgo en los niños que provienen de familias pobres para prevenir que migren a la calle para trabajar.

Por último, es evidente que ninguno de los dos marcos teóricos predominantes que se han utilizado hasta la fecha para explicar el fenómeno de los niños de y en la calle —es decir, los modelos culturales y los estructurales— es capaz, por sí solo, de explicar holísticamente el movimiento de los niños a la calle para trabajar. Los resultados de los estudios revisados aquí pueden ser divididos en dos categorías: las explicaciones culturales y las explicaciones estructurales. Los determinantes, tales como la pobreza y el acceso inadecuado a los apoyos sociales y servicios públicos, son consistentes con las explicaciones estructurales del trabajo infantil. En contraste, los niveles de estudio de los padres, las creencias religiosas y las normas sociales en cuanto al grado de aceptabilidad del trabajo infantil se entienden mejor con las

explicaciones culturales. La ausencia de un marco teórico extenso que explique los diferentes aspectos del fenómeno del trabajo infantil callejero, por ende, abre un espacio para la creación de nuevos modelos teóricos alternativos que contribuyan a —y se construyan sobre— el conocimiento actual relacionado con este fenómeno.

#### Las implicaciones para la investigación futura

La literatura existente sugiere que la mayor parte de los niños que trabajan en las calles proviene tanto de las familias en desventaja económica, como de las familias con niveles bajos de estudio de los padres. Estas familias frecuentemente carecen del acceso a los apoyos sociales y servicios públicos básicos para velar por el bienestar de sus hijos (Connolly, 1990; DIF y otros, 1997; Ortiz Nahón, 2000; Peralta, 1992, 1995; Wittig, 1994). Hasta la fecha, los fuertes predictores familiares del trabajo infantil callejero constituyen características principalmente demográficas, tales como el ingreso del hogar, los niveles de estudio de los padres y la estructura de la familia. Siendo indicadores demográficos, estos predictores del trabajo infantil en la calle no logran medir las relaciones e interacciones internas que ocurren dentro del núcleo familiar. Se especula que estos patrones de relación e interacción difieran entre las familias con hijos que trabajan en la calle y las familias con hijos que no trabajan, en base a los precedentes empíricos que indican que no todos los niños que provienen de familias pobres, ni de familias con niveles bajos de estudio de los padres, ni de familias monoparentales con jefatura femenina, en realidad, trabajan en la calle.

La revisión de la literatura actual también ha revelado una escasez de indicadores sociales, en el ámbito de la comunidad, asociados con el fenómeno del trabajo infantil callejero. Esta área de investigación merece mayor atención, ya que los puntos de partida tradicionales en los estudios anteriores con esta población han consistido en los microfactores de riesgo

relacionados con los niños, junto con los macrofactores de riesgo estructurales, tal como la pobreza. Aún queda por verse cómo las diferentes relaciones e interacciones intrafamiliares, y entre la familia y la comunidad, pueden precipitar, o bien prevenir, el movimiento de los niños hacia la calle, como niños trabajadores.

Los trabajadores sociales están conscientes del rol influyente que desempeñan las relaciones sociales en influir, tanto en manera positiva, como negativa, en el bienestar social de las personas. Las maneras en que los individuos interactúan entre sí y con su comunidad en general, mediante las redes de apoyo y relaciones sociales, pueden generar efectos importantes. Al nivel interpersonal, las redes y relaciones sociales pueden aumentar la felicidad y el sentido de pertenencia de los individuos. Las redes y relaciones entre los miembros de una comunidad pueden tener un impacto al nivel estructural, también, a través de impulsar a la gente a trabajar en conjunto hacia una meta colectiva, fortaleciendo y desarrollando así a la comunidad en el proceso (Morrow, 1999). El Banco Mundial (2000a) enfatiza la importancia fundamental de las relaciones sociales en las áreas de la reducción global de la pobreza y en iniciativas del desarrollo social sustentable:

Las características de las relaciones sociales —dentro de grupos, y entre grupos y organizaciones— influyen el contenido, las metas y la implementación de los programas de desarrollo social. Asimismo, la calidad de las relaciones sociales entre personas puede influir en su bienestar individual. Y las relaciones sociales y redes de apoyo social son recursos que ayudan a la gente a mejorar sus vidas individuales y solventar colectivamente los problemas de desarrollo. (pp. 11-12)

Para entender y explicar los efectos de las relaciones sociales en una variedad de resultados dentro de las ciencias sociales, se ha adoptado con frecuencia el marco teórico del capital social para explorar aspectos intrínsecos de las relaciones intrafamiliares e intracomunitarias. Por tal razón, se propone que la teoría del capital social proporciona un marco

útil mediante el cual se pueden evaluar las relaciones e interacciones intrafamiliares, y entre las familias y la comunidad, por su posible influencia en el movimiento de los niños a la calle para trabajar. En la sección siguiente, se presentará una síntesis de las investigaciones empíricas sobre el capital social. Se plantea que esto servirá como un marco teórico alternativo por medio del cual se puede examinar el fenómeno del trabajo infantil callejero, y a su vez, dar respuesta a las interrogantes de investigación que serán presentadas al final de este capítulo.

#### La revisión empírica: el capital social

Aunque hasta la fecha, la literatura actual carezca de los precedentes empíricos que exploren los efectos del capital social en la migración de los niños a la calle para trabajar, existe una cantidad considerable de investigaciones multidisciplinarias que indica la influencia del capital social en el bienestar de los niños y los jóvenes. Múltiples estudios proporcionan evidencia que el capital social es un fuerte predictor del desarrollo y bienestar general de los niños (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Johnson, 1999; Morrow, 2000; Putnam, 2000; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Swanson Ernst, 2001; Teachman, Paasch y Carver, 1996; Teachman, Paasch y Carver, 1997).

En la sección previa sobre los precedentes empíricos del fenómeno de los niños de y en la calle, tres tendencias básicas emergían de la revisión sistemática de la literatura actual. Primero, los niños trabajadores en la calle están desproporcionadamente concentrados en las familias con padres que tienen niveles bajos de estudio, en las familias en desventaja económica y en las comunidades en condiciones de pobreza estructural. Segundo, los agentes formales de socialización, tales como las familias y el sistema educativo, pueden estar desempeñando un papel preventivo al inhibir que los niños que trabajan en la calle se vuelvan niños que viven en la calle, aunque los procesos no estén muy claros. Por último, hasta la fecha los modelos culturales

y estructurales constituyen los dos marcos teóricos predominantes que se utilizan para entender y explicar la migración de los niños hacia la calle para trabajar. No obstante, en la ausencia de un marco teórico-conceptual que se enfoque en las relaciones e interacciones, y mediante el cual las variables intrafamiliares puedan ser exploradas, queda por verse si —y cómo— los patrones de interacción familiar se relacionan con el trabajo infantil callejero. Además, sin que exista un marco teórico que aborde las interacciones al nivel meso para examinar las relaciones entre las familias y la comunidad, queda por verse, además, en qué medida las interacciones y relaciones que ocurren en el mesosistema pueden contribuir al movimiento de los niños a la calle para trabajar.

Al explorar primeramente los efectos del capital social en el bienestar general de los niños dentro de la literatura empírica, la siguiente sección intenta colocar el fenómeno del trabajo infantil callejero dentro del contexto de la teoría del capital social como un marco teórico explicativo. Se propone que esta teoría facilitará una mayor comprensión tanto de las relaciones intrafamiliares, como de las interacciones en el mesosistema entre las familias y sus comunidades, y en qué maneras éstas puedan influir en la migración de los niños hacia la calle para trabajar.

#### El método de la revisión sistemática de la literatura

El método de la revisión sistemática (SR), previamente visto, también se adoptará en la presente sección para sintetizar y evaluar las investigaciones existentes que están relacionadas con el capital social (Larson y otros, 1992). No obstante, para el concepto del capital social, se han modificado dos de las estrategias que se utilizaron previamente para revisar la literatura sobre los niños de y en la calle. Aparte de esto, todas las demás estrategias siguen vigentes para la selección e inclusión de los estudios relacionados con el capital social. La metodología que se

utilizó para localizar los estudios empíricos a través de múltiples disciplinas —el trabajo social, la sociología, la psicología, la salud pública, la política de bienestar social y la medicina— consiste en cinco pasos básicos. Primero, se consultaron de nuevo las mismas bases de datos que se usaron en la búsqueda anterior para localizar los estudios empíricos relacionados con los niños de y en la calle. Estas incluyen *FirstSearch*, *OVID*, *Social Work Abstracts*, *Sociological Abstracts* y *Wilson*, entre otras. Se revisaron dichas bases del año 1980 hasta el presente, ya que la mayor parte de la literatura sobre el capital social ha sido desarrollada durante las últimas dos décadas (Bourdieu, 1985; Coleman, 1988, 1990; Putnam, 1993, 1995, 2000).

Segundo, se efectuó una búsqueda manual en las disertaciones y revistas científicas asociadas con el capital social durante la última década (del 1990 hasta el presente). Las revistas seleccionadas incluyen fuentes tanto políticas y económicas, como psicológicas y sociológicas, tales como: *American Journal of Political Science*, *American Behavioral Scientist*, *Journal of Applied Behavioral Science*, *The American Prospect*, *Political Science and Politics*, *Journal of Community Practice*, *Child Development*, *Critical Public Health*, *American Sociological Review* y *Sociologia Ruralis*. Tercero, y algo relacionado, se utilizó la técnica de la bola de nieve con el fin de identificar otros estudios y referencias que fueron citados en las bibliografías de los artículos científicos y las disertaciones anteriormente seleccionados.

Cuarto, se identificaron a tres teóricos pioneros claves dentro del tema de capital social, cuyos nombres surgían en casi todos los estudios revisados; estos son: el sociólogo Pierre Bourdieu, el sociólogo James Coleman y el Profesor de Política Pública en Harvard, Robert Putnam. Durante esta fase, se efectuaron búsquedas bibliográficas extensas en cada uno de estos tres autores para identificar algunas de sus obras adicionales. Por último, se consultaron varias bibliografías anotadas y la serie de los ensayos de trabajo (*Working Paper Series*), las cuales han

sido compiladas y producidas por la Iniciativa del Capital Social, bajo los auspicios del Banco Mundial, accesible electrónicamente en: <http://www.bancomundial.org>.

La metodología que se utilizó para distinguir entre la literatura empírica pertinente y no pertinente relacionada con el capital social consistía en cuatro criterios de selección. Se incluyó el estudio en el grupo de estudios revisados siempre y cuando: 1) el estudio haya examinado el capital social familiar y/o el capital social comunitario y sus efectos en el bienestar social individual y/o colectivo; 2) el estudio haya utilizado los métodos cualitativos, cuantitativos y/o mixtos para estudiar los niveles del capital social; 3) el estudio haya identificado los indicadores del capital social relacionados con la familia y/o la comunidad; y 4) el estudio haya producido resultados relevantes a la política de bienestar social en cuanto a la influencia del capital social al determinar los resultados positivos para el bienestar social de los niños. El método de la revisión sistemática produjo un total de 22 estudios pertinentes que cumplieron con estos criterios.

Posterior a haber localizado el grupo de estudios empíricos relevantes, se colocaron todas las investigaciones en forma de un cuadro descriptivo para facilitar la identificación de las similitudes y diferencias entre los estudios. Salvo una pequeña modificación, se adoptaron los mismos criterios evaluativos previamente utilizados para determinar la calidad de los estudios sobre el trabajo infantil callejero. Para la presente revisión sistemática de la literatura acerca del capital social, se utilizó el contexto dentro del cual se midió el capital social (por ejemplo, en el ámbito de la familia, de la comunidad, o ambos) en lugar del nivel ecosistémico dentro del cual se estudió el fenómeno de los niños de y en la calle. (Véase el apéndice A, tabla A2 para información más detallada sobre cada uno de los estudios que fue incluido en el grupo de estudios revisados sobre el capital social.)



### *La síntesis de los enfoques metodológicos*

Se analizó cada uno de los 22 estudios sobre el capital social que fueron identificados en la revisión sistemática de la literatura en base a los siguientes criterios: el marco cronológico del estudio, el contexto geográfico del estudio, el propósito del estudio y el contexto dentro del cual se evaluó el capital social, la conceptualización del capital social, el diseño de investigación y los modos de administración del instrumento de medición, el método de muestreo utilizado, el tamaño de la muestra, la tasa de respuesta, el uso de un grupo de control y el análisis estadístico efectuado.

#### *El marco cronológico del estudio.*

Todos los estudios revisados aquí, salvo tres, fueron efectuados dentro del período de tiempo originalmente establecido para las búsquedas de la literatura sobre el capital social. La primera excepción consiste en un análisis secundario de datos, que se llevó a cabo durante dos décadas en los Estados Unidos los datos agregados del Cuestionario Social General (*General Social Survey*) desde 1972 hasta 1994. Se incluyó esta investigación en el grupo de estudios revisados, debido a su naturaleza longitudinal y su revisión extensa de los diversos factores que influyen al capital social comunitario (Putnam, 2000). Segundo, también se incluyó en el grupo de estudios revisados el estudio original realizado por Coleman y Hoffer (1987) en el año 1969. Se consideró este estudio como un elemento importante en la revisión, ya que éste constituye una obra seminal dentro de la literatura sobre el capital social y una verdadera contribución a la operacionalización del capital social familiar. Por último, se incluyó el estudio efectuado por Maccoby, Johnson y Church (1958), en el cual se exploraron los efectos del capital social comunitario en la delincuencia juvenil. A pesar de haber sido realizado en el año 1954, este estudio consiste en un precedente empírico importante, citado por muchos de los estudios

contemporáneos sobre el capital social. Es probable que muchos de los siguientes estudios que han investigado los efectos de la integración y cohesión social en la desviación juvenil hayan construido sus marcos teóricos en base a las proposiciones y operacionalizaciones del capital social que fueron introducidas por este estudio inicial.

*El contexto geográfico del estudio.*

Con respecto a la ubicación regional de los estudios revisados aquí, 17 fueron efectuados en los Estados Unidos (Boisjoly, Duncan y Hofferth, 1995; Brehm y Rahn, 1997; Butler Flora y Flora, 2000; Coleman y Hoffer, 1987; Falk y Kilpatrick, 2000; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Johnson, 1999; Maccoby y otros, 1958; Portney y Berry, 1997; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996, 1997). Asimismo, 2 estudios fueron realizados en la India (Krishna y Uphoff, 1999; Pantoja, 1999), 1 estudio en la región montañosa de Perú (Díaz, Drumm, Ramírez y Oidjarv, 2000), 1 estudio en la Gran Bretaña (Morrow, 2000) y 1 estudio en Australia (Onyx y Bullen, 2000).

A pesar de que la mayor parte de los precedentes empíricos sobre el capital social se hayan originado en los Estados Unidos, no se limitó la revisión exclusivamente a esta región. Debido al hecho de que el presente estudio se llevará a cabo en Monterrey, México, es importante que los indicadores del capital social sean relevantes a la cultura y sociedad mexicanas. Muchos de los estudios internacionales sobre el capital social han modificado los indicadores estadounidenses existentes para mejor reflejar las realidades actuales de los países bajo estudio. Al comparar y contrastar los indicadores del capital social que se basan en la realidad estadounidense con los que han sido desarrollados en el extranjero, se puede formar una mejor idea en cuanto a cómo los indicadores del capital social han sido creados o bien,

modificados de los indicadores existentes con el fin de reflejar los distintos contextos político, económico, cultural y social de un país particular bajo estudio.

*El propósito del estudio y el contexto dentro del cual se evaluó el capital social.*

Ocho de los 22 estudios revisados efectuaron análisis tanto del capital social familiar, como del capital social comunitario, con el fin de mejor entender las características, dimensiones y efectos que cada uno ejerce en el bienestar individual y colectivo (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Johnson, 1999; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). Por otro lado, 14 de los 22 estudios intentaron examinar solamente cómo el concepto del capital social comunitario se relaciona con diversos resultados en cuanto al bienestar individual y colectivo (Boisjoly y otros, 1995; Brehm y Rahn, 1997; Butler y otros, 2000; Díaz y otros, 2000; Falk y Kilpatrick, 2000; Garbarino y Sherman, 1980; Krishna y Uphoff, 1999; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999; Portney y Berry, 1997; Putnam, 2000; Swanson Ernst, 2001).

*La conceptualización del capital social.*

Con referencia a la conceptualización del capital social, Coleman y Hoffer (1987) fueron los únicos en hacer la distinción entre el *capital social familiar interno* y las otras formas del capital social. Según estos autores, el capital social familiar consiste en las relaciones entre los padres y sus hijos. La noción de relaciones se operacionalizó al cuantificar la cantidad de tiempo que los padres pasan con sus hijos y el número de actividades que hicieron juntos en una semana. En los otros siete estudios que exploraron tanto el capital social familiar, como comunitario, la noción de las relaciones entre los padres y sus hijos constituye la definición más común para el capital social familiar. Furstenberg y Hughes (1995), Johnson (1999) y Teachman y otros (1996) definen el capital social familiar como las relaciones e interacciones intrafamiliares entre los

padres y sus hijos. Los indicadores comunes que fueron utilizados en los estudios revisados aquí para medir las relaciones internas en una familia incluyen: el número de veces por semana que los padres ayudan a sus hijos con sus tareas, el número de actividades compartidas en las que los padres y sus hijos participan juntos durante una semana, y el número de veces por semana que los padres apoyan o felicitan verbalmente a sus hijos.

En contraste, Sampson y sus colaboradores (1999) y Stevenson (1998) conceptualizaron el capital social familiar en términos de las relaciones e interacciones extrafamiliares entre los padres e hijos y la comunidad que los rodea. Los otros dos estudios que exploraron ambas dimensiones del capital social definieron el capital social familiar en relación a los réditos positivos, sociales y económicos, que resultan de las inversiones que hacen los padres en la crianza de sus hijos. Por ejemplo, Runyan y otros (1998) utilizaron el capital social familiar para connotar los beneficios tangibles (es decir, el dinero, tiempo, apoyo y los consejos) que los hijos reciben de sus padres, mientras que Teachman y otros (1997) describieron la noción del capital social familiar como el filtro mediante el cual el capital financiero y humano de los padres se transmiten a sus hijos.

El capital social comunitario, por otro lado, fue definido por la mayoría de los estudios que evaluaron esta dimensión colectiva del capital como las interacciones entre los individuos y sus comunidades, por medio de las relaciones sociales y las redes de apoyo social (Boisjoly y otros, 1995; Brehm y Rahn, 1997; Coleman y Hoffer, 1987; Falk y Kilpatrick, 2000; Furstenberg y Hughes, 1995; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999; Putnam, 2000; Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996). Existía bastante disparidad en cuanto a la conceptualización del término entre los demás estudios que evaluaron el capital social comunitario. Dos estudios definieron el concepto como los activos comunitarios y los beneficios

tangibles acumulados de la participación colectiva (Krishna y Uphoff, 1999; Runyan y otros, 1998); dos estudios refirieron al término como la participación activa de los residentes en el bienestar colectivo y el desarrollo comunitario (Díaz y otros, 2000; Portney y Berry, 1997); un estudio conceptualizó el capital social comunitario como la infraestructura social disponible en la comunidad (Butler y otros, 1995); otro estudio utilizó el capital social comunitario para connotar la calidad de vida en un vecindario (Johnson, 1999); y por último, un estudio se refirió a esta dimensión del capital como el grado de riesgo en el vecindario (Garbarino y Sherman, 1980).

*El diseño de investigación y los modos de administración del instrumento de medición.*

Por medio del análisis secundario de datos como el diseño de investigación preferido, 8 de los 22 estudios totales utilizaron los resultados existentes de una variedad de fuentes, incluyendo: el Cuestionario Social General (GSS), el Estudio de Panel de la Dinámica del Ingreso (PSID), los censos de población, los Cuestionarios de Tendencias Políticas y Sociales de Roper, y el Cuestionario Nacional, Longitudinal de la Educación (NELS) para evaluar los efectos del capital social en diferentes resultados individuales y colectivos (Boisjoly y otros, 1995; Brehm y Rahn, 1997; Furstenberg y Hughes, 1995; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996, 1997). Siete estudios adoptaron un diseño de investigación cuantitativo con diferentes modos de administración de los cuestionarios. Seis de estos 7 estudios utilizaron un diseño transeccional de cuestionario con grupos de experimento y de control, y administraron los cuestionarios a los participantes en persona por medio de entrevistas (Coleman y Hoffer, 1987; Díaz y otros, 2000; Maccoby y otros, 1958; Portney y Berry, 1997; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998). En el otro estudio cuantitativo, Butler y sus colaboradores (2000) enviaron los cuestionarios a los participantes por correo.

Tres estudios emplearon métodos cualitativos y usaron distintas técnicas de levantamiento de los datos. Falk y Kilpatrick (2000) efectuaron un estudio comunitario de caso y utilizaron una variedad de técnicas etnográficas, mientras que Johnson (1999) hizo unas entrevistas cualitativas y discusiones en grupos pequeños con los jóvenes en la preparatoria. Morrow (2000), por otro lado, organizó algunas actividades estructuradas (por ejemplo, los ensayos escritos sobre los vecindarios, las fotografías tomadas por los niños y las discusiones en grupo) para evaluar los niveles del capital social presente en los vecindarios de los niños participantes en el estudio.

Por último, cuatro estudios combinaron los diseños cuantitativos y cualitativos en una triangulación de métodos de investigación. Garbarino y Sherman (1980) aplicaron los cuestionarios cuantitativos a las familias y efectuaron entrevistas semi-estructuradas con los informantes claves para evaluar los niveles del riesgo en el vecindario. Krishna y Uphoff (1999) administraron los cuestionarios cuantitativos a las familias, y a su vez, efectuaron grupos focales en los vecindarios e hicieron observaciones directas de la vida comunitaria. Onyx y Bullen (2000) administraron sus cuestionarios a los participantes seleccionados al azar en las comunidades, centros comunitarios y espacios públicos y, además, organizaron grupos de discusión exploratoria entre las poblaciones de académicos y profesionistas comunitarios. Pantoja (1999) administró los cuestionarios del hogar a los participantes en el estudio e implementó grupos focales, talleres con los beneficiados y entrevistas no estructuradas con los informantes claves comunitarios.

#### *El método de muestreo utilizado.*

La mayor parte de los estudios que efectuaron los análisis secundarios de datos utilizó un método de muestreo de la población entera. Brehm y Rahn (1997) incluyeron a todos los

respondientes que estaban localizados en el Archivo Cumulativo del GSS durante el período de 1972 a 1994. Furstenberg y Hughes (1995) incorporaron todos los cuestionarios de un estudio longitudinal que duraba 20 años sobre las madres adolescentes afro-americanas y sus hijos en la ciudad de Baltimore. La muestra original de adolescentes embarazadas que se utilizó para ese estudio consistía en una muestra intencionada y basada en el hospital; sin embargo, los investigadores principales afirman que la muestra se parecía mucho a la población total de mujeres afro-americanas en ese entonces en la ciudad de Baltimore. Swanson Ernst (2001) también empleó un método de muestreo que abordaba a toda la población, al seleccionar a todas las 159 áreas del censo dentro del condado bajo estudio. Por último, en ambos estudios realizados por Teachman y sus colaboradores (1996, 1997), los investigadores usaron a toda la población de estudiantes que cursaba el octavo grado en el año 1988 para establecer una muestra “base” de la cual posteriormente se seleccionarían bianualmente a dos nuevas muestras para efectuar sus estudios de seguimiento.

En los otros tres estudios que utilizaron el análisis secundario de datos, Boisjoly y otros (1995) emplearon un método de muestreo no probabilístico que consistía en todas las familias con hijos en la PSID en el año 1980, mientras que Runyan y otros (1998) incluyeron a todos los niños que compartían características comunes de factores ambientales desfavorables que los pusieran en riesgo del maltrato físico infantil. En ese caso, los investigadores habían definido de antemano los factores de riesgo ambientales específicos para los propósitos de su estudio. Por último, Putnam (2000) agregó múltiples datos demográficos y datos del mercado de diversos cuestionarios estandarizados nacionales durante el siglo veinte. Como técnica de muestreo, intentó triangular entre la mayor cantidad de fuentes independientes.

Con respecto a los siete estudios que adoptaron los diseños de investigación cuantitativos, cuatro utilizaron una muestra seleccionada al azar, o de familias, o de comunidades, dependiendo de la unidad de análisis de cada estudio (Butler y otros, 2000; Coleman y Hoffer, 1987; Díaz y otros, 2000; Sampson y otros, 1999). Los otros tres estudios cuantitativos realizados por Maccoby y otros (1958), Portney y Berry (1997) y Stevenson (1998) emplearon métodos de muestreo no probabilístico e intencionado. Asimismo, los tres estudios cualitativos prefirieron este mismo método de muestreo (Falk y Kilpatrick, 2000; Johnson, 1999; Morrow, 2000), junto con tres de los cuatro estudios que emplearon métodos mixtos (Krishna y Uphoff, 1999; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999). En el otro estudio que utilizó métodos mixtos, Garbarino y Sherman (1980) seleccionaron dos vecindarios de los resultados de un análisis de regresión múltiple de “elegibilidad” (lo cual se basó en tres criterios de selección pre-establecidos). Dentro de los dos vecindarios elegidos, sacaron una muestra aleatoria de familias de la población total de familias con hijos menores de 18 años de edad.

#### *El tamaño de la muestra.*

Los tamaños de las muestras para todos los estudios que usaron análisis secundarios de datos generalmente eran grandes: 3,311 familias (Boisjoly y otros, 1995); 32,380 cuestionarios (Brehm y Rahn, 1997); 252 niños (Furstenberg y Hughes, 1995); el público estadounidense general del año 1900 al 2000 (Putnam, 2000); 667 niños de dos a cinco años de edad (Runyan y otros, 1998); 159 áreas del censo (Swanson Ernst, 2001); 16,014 estudiantes que cursaban el octavo grado (Teachman y otros, 1996); y 10,889 estudiantes que cursaban el octavo grado (Teachman y otros, 1997). Dentro del grupo de estudios empíricos, las muestras eran más pequeñas, sin embargo variaban mucho en tamaño. Algunos estudios emplearon muestras pequeñas: 99 (Morrow, 2000); 112 (Garbarino y Sherman, 1980); y 200 (Johnson, 1999). Otros



estudios usaron muestras de tamaño medio: 718 (Butler y otros, 2000) y 789 (Díaz y otros, 2000). Por último, las muestras eran bastante grandes en tres de los estudios empíricos: 4,000 (Coleman y Hoffer, 1987); 5,000 (Portney y Berry, 1997); y 8,782 (Sampson y otros, 1999).

*La tasa de respuesta y el uso de un grupo de control.*

Solamente 4 de los 22 estudios reportaron las tasas de respuesta, las cuales variaban entre el 65.3% y el 75% (Brehm y Rahn, 1997; Butler y otros, 2000; Maccoby y otros, 1958; Sampson y otros, 1999). Con respecto al uso de los grupos de control, 15 de los 22 estudios revisados aquí contrastaron las diferencias entre los grupos en cuanto a los efectos del capital social en los resultados individuales, familiares y comunitarios (Boisjoly y otros, 1995; Butler y otros, 2000; Coleman y Hoffer, 1987; Díaz y otros, 2000; Garbarino y Sherman, 1980; Krishna y Uphoff, 1999; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999; Portney y Berry, 1997; Runyan y otros, 1998; Stevenson, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997).

*El análisis estadístico efectuado.*

Se efectuaron los análisis descriptivos y de frecuencias en nueve de los estudios para reportar las estadísticas básicas (Boisjoly y otros, 1995; Butler y otros, 2000; Díaz y otros, 2000; Falk y Kilpatrick, 2000; Garbarino y Sherman, 1980; Maccoby y otros, 1958; Portney y Berry, 1997; Putnam, 2000; Sampson y otros, 1999). La mayor parte de las investigaciones en el grupo de estudios revisados utilizó diferentes análisis multivariados de regresión, tales como la regresión múltiple jerárquica, la regresión de mínimos cuadrados convencional y la regresión logística, con una variedad de variables de control, entre otras: el capital humano, el capital financiero y el capital social familiar (Boisjoly y otros, 1995; Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Johnson, 1999; Krishna y Uphoff, 1999; Pantoja, 1999; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson,

1998; Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996, 1997). Dos de los estudios corrieron los modelos de ecuaciones estructurales con factores latentes, relacionados con los constructos del capital social (Brehm y Rahn, 1997; Onyx y Bullen, 2000), mientras que dos estudios efectuaron un análisis factorial de componentes principales (Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996). Dos de los tres estudios cualitativos utilizaron el análisis de contenido (Morrow, 2000) y por medio del análisis de conversación y el software de NUD\*IST, se efectuaron conteos de las frecuencias de los elementos temáticos (Falk y Kilpatrick, 2000).

#### *Las limitaciones metodológicas de los estudios previos*

Tal como se presentó en la sección anterior, existen múltiples similitudes entre los estudios empíricos relacionados con el capital social. Los diseños de investigación y las técnicas para el levantamiento de los datos y para el análisis estadístico que se utilizaron para los estudios individuales fueron escogidos dentro del marco explicativo de la teoría del capital social. Los investigadores generalmente adoptaron las medidas adecuadas para cuidar y fortalecer la validez interna de sus estudios: los tamaños de las muestras eran principalmente grandes; en varios estudios se emplearon técnicas de muestreo basado en la selección aleatoria y se adquirieron los datos por medio de múltiples fuentes, y en la mayoría de los estudios se incorporaron los grupos de comparación y/o de control. Además, existía un nivel alto de sistematización a través de los estudios en su medición del capital social entre los grupos. En la mayor parte de los estudios, se utilizó el *Índice del capital social* creado por Onyx y Bullen, el cual consiste en un instrumento con 36 ítems (un factor secundario general y ocho factores independientes específicos) y un alfa de Cronbach de 0.84. Es más, todos los ítems contribuyen al índice en una manera estadísticamente significativa. Juntos, los ocho factores explican el 49.3% de la varianza total.

Por ende, el *Índice del capital social* constituye un instrumento confiable y válido para medir el capital social en el ámbito empírico.

A pesar de las fuerzas metodológicas que se identificaron a través de los estudios revisados aquí, también existían algunas limitaciones. Para empezar, había desacuerdo extenso entre los investigadores con respecto tanto a los factores componentes específicos que definen el capital social, como a las maneras en las cuales se operacionalizan estos componentes para medirlos. Por ejemplo, es evidente que los investigadores están divididos por la dicotomía mencionada arriba de definir el capital social como “las relaciones” o bien, como “los beneficios.” En más de la mitad de los estudios, el capital social se refería a las relaciones o interacciones entre los padres y sus hijos (el capital social familiar), o entre los individuos y sus comunidades (el capital social comunitario) (Brehm y Rahn, 1997; Coleman y Hoffer, 1987; Díaz y otros, 2000; Falk y Kilpatrick, 2000; Furstenberg y Hughes, 1995; Johnson, 1999; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999; Putnam, 2000; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996).

Por otro lado, los otros estudios solían conceptualizar el capital social en términos de los beneficios o activos que este recurso social provee a los individuos, familias y comunidades que hayan invertido en ello (Boisjoly y otros, 1995; Butler y otros, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Krishna y Uphoff, 1999; Portney y Berry, 1997; Runyan y otros, 1998; Teachman y otros, 1997). Por eso, es probable que el capital social se considere no sólo como un fin (los beneficios tangibles), sino también como un medio para llegar a ese fin (las relaciones sociales). Esta dualidad conceptual del capital social complica la habilidad de hacer comparaciones entre los diferentes estudios, ya que los investigadores han partido de una distinta conceptualización original del término.

Asimismo, los estudios revisados aquí varían con respecto a los componentes específicos seleccionados por los investigadores para operacionalizar la noción de capital social. Por ejemplo, Onyx y Bullen (2000) construyeron una *definición empíricamente sustentada del concepto de capital social*. Su conocido *Índice del capital social* consiste en ocho factores específicos: la participación en la comunidad local, la agencia social, la confianza mutua, las conexiones en el vecindario, las conexiones con la familia y las amistades, la tolerancia para la diversidad, el valor de la vida y las conexiones en el trabajo. Esta definición, compuesta por ocho distintos componentes del capital social, claramente constituye la más extensa de todas las definiciones revisadas en la literatura actual.

Otros investigadores, sin embargo, han elegido algunos de estos factores para medir el capital social, o bien, han planteado el uso de otros componentes conceptualmente distintos, los cuales frecuentemente están desvinculados de las explicaciones teóricas actuales y/o de los precedentes empíricos existentes. Butler y otros (2000) propusieron medir el capital social comunitario, pero definieron el concepto como “infraestructura social emprendedora” y usaron indicadores distintos al capital social general, tales como la legitimidad de alternativas, la diversidad de redes internas y externas, y la movilidad de recursos comunitarios internos. Brehm y Rahn (1997) decidieron enfocarse exclusivamente en la participación cívica y la confianza interpersonal para representar el capital social. Krishna y Uphoff (1999) midieron el capital social como los activos cognitivos e institucionales que producen tendencias para la acción colectiva recíproca.

Morrow (2000), por otro lado, se enfocó en algunos de los factores propuestos por Onyx y Bullen, e incorporó unas medidas adicionales, entre otras: la confianza, el apoyo recíproco, la participación cívica, la identidad comunitaria y las redes sociales. Pantoja (1999) operacionalizó

la noción de capital social mediante la evaluación de los grados de cohesión social y cultural en una sociedad, las normas sociales y valores, y las instituciones locales e infraestructura social presentes en la comunidad. Swanson Ernst (2001) también adoptó un marco estructural para medir los niveles del capital social, al examinar los patrones y funciones de las redes formales e informales, las instituciones y las organizaciones en una comunidad particular. Teachman y sus colaboradores (1996) observaron la densidad de las interacciones entre los padres, y entre los padres y las instituciones educativas en la comunidad. Para Runyan y otros (1998), el capital social representaba los beneficios específicos que las personas acumulaban como resultado de sus relaciones individuales y colectivas dentro de sus familias y comunidades. Sampson y otros (1999) se enfocaron en tres factores principales, los cuales han sido derivados de la teoría del capital social: la clausura intergeneracional, el control social informal y el intercambio recíproco. Por último, Portney y Berry (1997) utilizaron el capital social para connotar “la democracia fuerte” e intentaron cuantificar el número de instituciones dentro de las comunidades que ofrecieran oportunidades a los residentes para participar —con voz y acción— en la toma local de decisiones. A través de los estudios revisados aquí, es evidente que la literatura sobre el capital social aún carece de una plantilla conceptual válida y confiable, junto con los indicadores sistemáticos y consistentes, para operacionalizar el constructo y para comparar los resultados entre múltiples estudios.

La revisión de la literatura sobre el capital social también revela la presencia de unos precedentes empíricos contradictorios con respecto a las proposiciones de la teoría del capital social. Putnam (2000) sugiere que el capital social es deficiente en aquellas comunidades en condiciones de desventaja y desorganización, debido al fenómeno del “ciclo vicioso” que se mencionó en el capítulo anterior. La literatura actual, sin embargo, indica que el capital social

efectivamente se encuentra dentro de las áreas marginales, o ghettos, manifestado tanto en las redes de apoyo social intra y extrafamiliares, como en los sistemas intrincados de negociaciones interfamiliares (Díaz y otros, 2000; Furstenberg y Hughes, 1995; Johnson, 1999; Krishna y Uphoff, 1999; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999; Runyan y otros, 1998; Stevenson, 1998). A pesar de los resultados, los activos sociales en este tipo de vecindario con frecuencia son insuficientes en cantidad para ayudar a los residentes a superar la pobreza estructural en la cual viven. De igual manera, estos recursos sociales muchas veces son inmedibles por los indicadores contemporáneos basados en la realidad de la clase media alta en los Estados Unidos (por ejemplo, la frecuencia del uso del Internet, la tasa de membresía con la organización no gubernamental “GreenPeace” y el grado en el cual el público lee los periódicos). Otros investigadores proponen que el capital social existe en abundancia dentro de las comunidades en desventaja. No obstante, suele ser desconectado y fragmentado, lo cual puede ser una de las razones por las cuales el capital social en comunidades pobres frecuentemente se demuestra inefectivo en mejorar el bienestar colectivo de los residentes y la calidad global de vida dentro de la comunidad (Krishna y Uphoff, 1999; Pantoja, 1999; Portes y Landolt, 1996).

Las limitaciones que se mencionaron en esta sección pueden inhibir la habilidad de comparar los resultados entre los diferentes estudios. Además, éstas pueden estancar el desarrollo tanto de un instrumento universal, como de la sistematización de una serie común de indicadores para medir el capital social dentro del ámbito empírico. Hasta que se logre hacer comparaciones de los resultados de manera consistente y válida entre diferentes estudios, la generalización del capital social permanecerá en un estado de infancia. Sin embargo, las múltiples similitudes a través de los estudios con respecto a algunos de los componentes básicos del capital social podrían facilitar la integración de los componentes conceptuales y el desarrollo

teórico del marco explicativo del capital social. A continuación, se presentarán algunas de las similitudes entre los diferentes estudios revisados aquí en cuanto a la manera en que el capital social ha sido operacionalizado y medido en dos diferentes niveles dentro del ámbito empírico.

### La revisión de los resultados empíricos

Para la presente revisión de la literatura sobre el capital social, se dividieron los resultados en dos categorías generales: 1) los indicadores del capital social familiar y 2) los indicadores del capital social comunitario. Dentro de ambos grupos, se han identificado las variables y los indicadores comunes a través de los estudios revisados. La primera dimensión del capital social que se presenta consiste en el capital social familiar, el cual tiene un enfoque interno y se refiere a la inversión social de los padres en sus hijos. En contraste, la segunda dimensión del capital social detallada aquí, es decir, el capital social comunitario, tiene un enfoque externo y describe los vínculos de la familia con la comunidad que la rodea, tanto con otros residentes, como con las estructuras intermediarias, tales como las organizaciones locales e instituciones de socialización (Furstenberg y Hughes, 1995).

Por último, se presentarán dos dimensiones adicionales del capital, específicamente, el capital humano (el nivel de estudio de los padres y del niño) y el capital financiero (el ingreso de la familia). Dichas dimensiones de capital frecuentemente se utilizan como variables de control en los estudios sobre el capital social, ya que bastante evidencia empírica indica que los patrones de interacción intra y extrafamiliar pueden ser influenciados por las reservas de educación e ingreso de los padres de familia (Coleman, 1988, 1990; Putnam, 2000). Asimismo, los estudios previos revelan que los padres que poseen mayores cantidades de recursos educacionales y financieros tienen mayor capacidad de movilizar y acumular el capital social (Coleman y Hoffer,

1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Putnam, 2000; Sampson y otros, 1999; Teachman y otros, 1996, 1997).

### *Los indicadores del capital social familiar*

Entre los estudios revisados aquí, ocho examinaron los efectos del capital social familiar en los resultados individuales para los niños y jóvenes. Partiendo del precedente empírico del Coleman y Hoffer (1987), *Durante y después de la preparatoria (High School and Beyond)*, un estudio de 4,000 estudiantes de la preparatoria que fueron seleccionados al azar, muchos estudios posteriores han seguido la operacionalización inicial del capital social familiar, tal como fue propuesta inicialmente por Coleman. Esta definición operacional abarca cinco componentes principales y cada uno de los cuales contiene una serie distinta de indicadores. Los cinco componentes que en común se encuentran en la literatura sobre el capital social para definir la dimensión familiar consisten en la estructura de la familia, la calidad de relaciones entre padres e hijo, el interés del adulto en el niño, el monitoreo por parte de los padres de las actividades del niño y el grado de interacción y apoyo de la familia extendida.

#### *La estructura de la familia.*

El primer componente del capital social familiar consiste en la estructura de la familia. Los ocho estudios revisados aquí usaron este elemento del capital social familiar como un predictor de diferentes resultados en los niños y jóvenes. A través de los estudios, existen niveles altos de uniformidad entre los indicadores que se utilizaron para medir la estructura familiar: los hogares monoparentales versus biparentales, la ausencia versus la presencia de la figura paterna —o el padre biológico, o el padrastro— en el hogar, y los dos padres versus sólo uno de los padres trabaja(n) fuera del hogar (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Johnson, 1999; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Teachman



y otros, 1996, 1997). Se demostró en la literatura que los hogares biparentales estaban consistentemente relacionados con los resultados positivos en cuanto al desarrollo social de los jóvenes en riesgo social (Furstenberg y Hughes, 1995) y con respecto al desarrollo físico y de conducta exitosos de los niños preescolares que se criaban en entornos desfavorables (Runyan y otros, 1998). Tres estudios encontraron que los hogares biparentales ayudaban a impedir que los jóvenes que estaban en riesgo escolar desertaran de sus estudios en la preparatoria (Coleman y Hoffer, 1987; Teachman y otros, 1996, 1997). Asimismo, un estudio encontró que los hogares biparentales estaban asociados con los niveles más bajos de actos violentos en los jóvenes (Johnson, 1999).

*La calidad de las relaciones entre padres e hijo.*

Seis de los ocho estudios intentaron examinar la calidad de las relaciones entre los padres e hijos. En su estudio original, Coleman y Hoffer (1987) propusieron que la fuerza de la relación entre los padres e hijos es una medida de la calidad de las relaciones intrafamiliares. Los indicadores comunes que fueron utilizados para medir este componente del capital social familiar entre los estudios revisados aquí incluyen: el número de veces por semana que los padres ayudan al niño con sus tareas, el número de veces por semana que los padres y el niño participan en actividades compartidas, el número de veces por semana que los padres felicitan verbalmente al niño y el número de hermanos que vive en el hogar con el niño, lo cual plantea Coleman (1988) puede diluir la atención individual que el niño recibe de los padres (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Teachman y otros, 1996, 1997). Tres de los estudios revisados encontraron que una mayor frecuencia de interacciones sociales entre los padres y el hijo disminuía la probabilidad de que el niño desertara de la escuela (Coleman y Hoffer, 1987; Teachman y otros, 1996, 1997), mientras que un estudio

descubrió que los niveles altos de interacciones sociales entre los padres y el hijo estaban relacionados con una menor posibilidad de que el niño tuviera resultados negativos en el futuro (Furstenberg y Hughes, 1995). Dos estudios encontraron una relación significativa entre un menor número de hermanos en el hogar y los resultados positivos para los niños tanto en su rendimiento académico (Coleman y Hoffer, 1987), como en su desarrollo físico y de conducta (Runyan y otros, 1998).

#### *El interés del adulto en el niño.*

Seis de los ocho estudios evaluaron el interés del adulto en el niño como un componente adicional del capital social familiar. Los indicadores comúnmente citados para este componente incluyen: las expectativas de la madre por el rendimiento académico del niño, el nivel de empatía de los padres en cuanto a las necesidades del niño y el involucramiento de los padres en las actividades relacionadas con la escuela del niño (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Johnson, 1999; Runyan y otros, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). Las expectativas altas de los padres en cuanto al rendimiento académico del niño estuvieron asociadas con los resultados positivos para los niños en el ámbito educativo y en su desarrollo social y de conducta (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Runyan y otros, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). Además, se encontró que los niveles altos de empatía de los padres hacia las necesidades de sus hijos influían, de manera positiva, en los resultados futuros de sus hijos (Furstenberg y Hughes, 1995; Runyan y otros, 1998).

#### *El monitoreo por parte de los padres de las actividades del niño.*

El cuarto componente que representa el capital social familiar a través de múltiples estudios consiste en el monitoreo por parte de los padres de las actividades de sus hijos. Cinco de los ocho estudios operacionalizaron este componente mediante los siguientes indicadores: el

número de juntas escolares a las que asistieron los padres, el número de amigos del niño que los padres conocen de vista o de nombre y el número de padres de los amigos del niño que los padres conocen de vista o de nombre (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Sampson y otros, 1999; Teachman y otros, 1996, 1997). En tres estudios, los niveles altos del monitoreo por parte de los padres de las actividades de sus hijos —lo cual fue medido mediante el conocimiento de los padres de los amigos de sus hijos— estaban consistentemente asociados con los resultados positivos en el rendimiento académico de los niños (Coleman y Hoffer, 1987; Teachman y otros, 1996, 1997) y en el rendimiento socioeconómico de los jóvenes (Furstenberg y Hughes, 1995).

Dos indicadores adicionales del monitoreo de los padres que se usan para medir este componente consisten en saber con quién andan los hijos y qué están haciendo cuando éstos están afuera del hogar. Aunque estas dos medidas no estén incluidas con frecuencia dentro de la literatura sobre el capital social, se encuentran mucho en la literatura sobre la crianza de los hijos para operacionalizar el monitoreo por parte de los padres de las actividades de sus hijos (Comisión Nacional sobre los Niños, 1990). En un estudio que examinó la manera en que diferentes factores de riesgo y de protección relacionados con los padres y con los amigos pueden influir en los resultados académicos y emocionales de los jóvenes, Voydanoff y Donnelly (1999) encontraron que ambos indicadores del monitoreo paternal estaban asociados con resultados positivos en los niños, específicamente, con el mejor rendimiento académico y con mayores niveles de ajuste psicológico.

#### *El grado de interacción y apoyo de la familia extendida.*

Por último, tres de los ocho estudios exploraron el grado de interacción y apoyo de la familia extendida como un componente del capital social familiar. Coleman y Hoffer (1987),

Furstenberg y Hughes (1995) y Stevenson (1998) adoptaron los siguientes tres indicadores para medir dicho componente: el número de los miembros de la familia extendida que vive con el niño dentro del hogar, el número de interacciones que el niño tiene con los miembros de la familia extendida que viven en el hogar y el número de ocasiones en las cuales el niño visita a los miembros de la familia extendida que residen afuera del hogar. Dos de los tres estudios encontraron que los niveles altos de apoyo social de los miembros de la familia extendida estaban asociados con una menor posibilidad de que los niños desertaran de la escuela (Coleman y Hoffer, 1987) o que padecieran síntomas depresivos (Stevenson, 1998).

#### *Los indicadores del capital social comunitario*

Veintiuno de los 22 estudios revisados aquí examinaron el capital social comunitario y sus efectos en diferentes resultados relacionados con el bienestar individual y colectivo. No obstante, de estos 22 estudios, solamente 13 específicamente evaluaron el capital social comunitario con relación al bienestar social del niño (por ejemplo, el éxito de algunos jóvenes dentro de la población de adolescentes “en riesgo social,” las tasas de deserción escolar en las escuelas preparatorias, el ajuste emocional de la población juvenil que reside en vecindarios de “alto riesgo,” y los resultados en cuanto al desarrollo físico y a la conducta de niños preescolares que viven en situaciones de “alto riesgo,” entre otros) (Boisjoly y otros, 1995; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Johnson, 1999; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996, 1997). Los otros 8 estudios exploraron los efectos del capital social comunitario en el bienestar de la población en general, tanto de los adultos, como de las comunidades (Brehm y Rahn, 1997; Butler y Flora, 2000; Díaz y otros, 2000; Falk y

Kilpatrick, 2000; Krishna y Uphoff, 1999; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999; Portney y Berry, 1997).

El instrumento más común para la medición del capital social comunitario en la población en general consiste en el *Índice del capital social*, diseñado y comprobado empíricamente por los investigadores australianos, Onyx y Bullen. El instrumento comprende los siguientes ocho factores que miden el capital social comunitario: 1) la participación en la comunidad local (o bien, la participación en estructuras comunitarias formales); 2) la agencia social o proactiva en un contexto social (o bien, el sentido de eficacia personal y colectiva, o de agencia personal dentro de un contexto social); 3) los sentimientos de confianza mutua y seguridad (o bien, el sentimiento de que se puede confiar, por lo menos, en la mayor parte de los miembros de la comunidad); 4) las conexiones en el vecindario (o bien, las interacciones informales dentro de la comunidad); 5) las conexiones con la familia y las amistades (o bien, las conversaciones con la familia y con amistades); 6) la tolerancia para la diversidad (o bien, las perspectivas en favor del multiculturalismo y la diversidad en la comunidad); 7) el valor de la vida (o bien, los sentimientos propios de ser valorado por la sociedad); y 8) las conexiones en el trabajo (o bien, la impresión de un sentido de equipo de apoyo en el trabajo)<sup>9</sup>. A través de los estudios revisados aquí, siete usaron este instrumento —o bien, algunas partes del mismo— como una medida del capital social comunitario (Díaz y otros, 2000; Falk y Kilpatrick, 2000; Krishna y Uphoff, 1999; Onyx y Bullen, 2000; Pantoja, 1999; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998).

Con respecto al capital social comunitario y sus efectos en el bienestar social de los niños y jóvenes, Coleman y Hoffer (1987), en su estudio seminal sobre los efectos del capital social

---

<sup>9</sup> En el caso del último factor (las conexiones en el trabajo), se hicieron las preguntas relacionadas con el trabajo solamente a aquellos miembros de la población económicamente activa.

familiar y comunitario en la deserción escolar, proponen que el capital social comunitario abarca cuatro componentes generales, los cuales consisten en: 1) las redes de apoyo social, 2) la participación ciudadana en las instituciones locales, 3) la confianza y seguridad, y 4) el grado de religiosidad. Los 13 estudios que evaluaron la relación entre el capital social y el bienestar social del niño seleccionaron uno o varios de los componentes propuestos por Coleman y Hoffer, además de plantear algunos elementos adicionales para los propósitos de evaluar el capital social comunitario dentro de los parámetros de sus propios estudios.

#### *Las redes de apoyo social.*

Múltiples estudios miden las redes de apoyo social —o las relaciones sociales— entre los padres de familia en una comunidad como un indicador de las reservas de capital social comunitario que posee una familia (Boisjoly y otros, 1995; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Maccoby y otros, 1958; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). A través de estos estudios, se encontró de manera consistente que las familias que estaban rodeadas por redes fuertes de apoyo social tenían mayor acceso a la información, los recursos materiales y los amigos y vecinos para ayudarles tanto en sus vidas cotidianas, como en los problemas ocasionales que surgieran.

Algunos estudios también revelaron que una mayor cantidad de apoyo social de los padres tenía un impacto positivo en los resultados de sus hijos (Furstenberg y Hughes, 1995; Maccoby y otros, 1958; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Stevenson, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). Dos estudios encontraron que entre más se relacionaban los padres de familia con las escuelas de sus hijos, menos posibilidad había de que sus hijos desertaran de la escuela (Teachman y otros, 1996, 1997). Putnam (2000) descubrió que los hijos cuyos padres

contaban con redes fuertes de apoyo social, tenían menor posibilidad de involucrarse en pandillas, mientras que Maccoby y otros (1958) encontraron que los hijos cuyos padres tenían relaciones sociales fuertes con otros padres en la comunidad, eran menos proclives a cometer actos delincuentes. Furstenberg y Hughes (1995) sugieren que las redes fuertes de apoyo para los padres de familia están relacionadas con diversos resultados positivos en la población juvenil, tales como cursar los estudios preparatorios y conseguir trabajo remunerado. Asimismo, los niveles altos de apoyo social para la madre o encargada femenina estaban asociados con los resultados positivos de conducta en los niños preescolares en “riesgo social” (Runyan y otros, 1998), y a su vez, con niveles más bajos de depresión en los adolescentes en “riesgo social” (Stevenson, 1998).

Los indicadores comunes para las redes de apoyo social que se utilizaron a través de los estudios revisados aquí incluyen: el número de amistades cercanas de la madre y el número de visitas a estas amistades cercanas por semana (Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Maccoby y otros, 1958; Putnam, 2000; Sampson y otros, 1999; Teachman y otros, 1996, 1997). Del mismo modo, para medir las redes de apoyo social de una familia, varios estudios usaron los cinco ítems del factor, *las conexiones en el vecindario*, del *Índice del capital social*, mencionado arriba, o de escalas parecidas que fueron diseñadas para cumplir los propósitos específicos del estudio (Boisjoly y otros, 1995; Runyan y otros, 1998; Stevenson, 1998).

#### *La participación ciudadana en las instituciones locales.*

La mayoría de los estudios revisados aquí examina la cantidad y calidad de las relaciones e interacciones entre los padres de familia y las instituciones dentro de una comunidad como otro componente del capital social comunitario (Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman,

1980; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Swanson Ernst, 2001). Existe bastante evidencia empírica que indica una relación positiva entre los niveles de participación cívica de los padres en las organizaciones locales de la comunidad y el bienestar social de sus hijos. Algunos estudios encontraron que los niveles de participación y activismo eran más altos en los vecindarios en los cuales había mayor número de intercambios de recursos y responsabilidades entre los padres de familia para la crianza de los niños (Garbarino y Sherman, 1980; Sampson y otros, 1999). Además, Putnam (2000) cita varios resultados que demuestran que en las comunidades que tenían niveles altos de participación ciudadana, los maestros reportaron niveles más altos de involucramiento de los padres en las actividades relacionadas con la escuela, y a su vez, niveles más bajos de mala conducta de los estudiantes (por ejemplo, faltar a la escuela, llevarse una arma a la escuela y demostrar apatía en el salón durante las lecciones).

Las medidas comunes para la participación ciudadana entre los estudios revisados aquí consisten en: ser voluntario en un grupo local, servir como miembro activo en una organización o club local, participar en las juntas comunales para resolver los problemas locales, organizarse con los vecinos para abordar los problemas locales o para mejorar el vecindario, y comunicarse con un político local en cuanto a los problemas del vecindario.

#### *La confianza y seguridad.*

En cuanto al tercer componente del capital social comunitario, varios estudios exploran los niveles de confianza y seguridad que los padres perciben dentro de sus vecindarios (Garbarino y Sherman, 1980; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Onyx y Bullen, 2000; Putnam, 2000; Sampson y otros, 1999). Garbarino y Sherman (1980) descubrieron que las madres que se sentían seguras en sus vecindarios eran más proclives tanto a reportar una calidad



de vida más alta, como a percibir sus vecindarios como un lugar más positivo para criar a sus hijos que las madres que no se sentían seguras en el entorno local. De igual manera, Sampson y sus colaboradores (1999) encontraron que las percepciones de los padres de familia en cuanto a la vulnerabilidad eran más bajas en los vecindarios denominados de “alta confianza,” mientras que en estos mismos vecindarios, la disponibilidad de los padres para ayudar a sus vecinos era más alta. También, conforme con muchos de los resultados contemporáneos dentro de la literatura sobre el crimen y la delincuencia juveniles, Maccoby y otros (1958) encontraron que había un menor número de actos de delincuencia juvenil en aquellos vecindarios en los cuales los residentes sentían mayores niveles de confianza interpersonal y satisfacción. Por último, el análisis centenario de Putnam (2000) sobre las tendencias del capital social en los Estados Unidos revela bastante evidencia que indica que un nivel alto de confianza social en un vecindario puede romper efectivamente el vínculo existente entre la pobreza social y económica en un vecindario y la actividad delincuente cometida por los jóvenes que residen en el.

La medida general para la confianza y seguridad que se utilizó a través de los estudios revisados aquí consiste en un indicador de un solo ítem, el cual evalúa el grado en el cual los padres de familia perciben que se puede confiar en la mayoría de las personas en la comunidad. Dicho ítem se califica en una escala ordinal, con cuatro opciones de respuesta posibles, que varían entre “no, nunca” a “sí, siempre.” Asimismo, varios estudios adoptaron los cinco ítems del factor *los sentimientos de confianza y seguridad*, del *Índice del capital social*, para medir este elemento del capital social comunitario (Onyx y Bullen, 2000).

#### *El grado de religiosidad.*

Por último, varios estudios incluyen el grado del involucramiento religioso de la madre (o de la familia) como un indicador fuerte del capital social comunitario (Coleman y Hoffer, 1987;

Furstenberg y Hughes, 1995; Runyan y otros, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). Tal como se demostró en el estudio original de Coleman y Hoffer (1987), la frecuencia de asistencia a los servicios religiosos de una familia era un predictor fuerte de la tasa de deserción escolar entre los jóvenes en la preparatoria. Una década después, Teachman y sus colaboradores (1996, 1997) encontraron que la asistencia de un niño a una escuela católica —un indicador relacionado que originalmente fue propuesto también por Coleman (1988)— tenía efectos significativos y fuertes en disminuir la probabilidad de que el niño desertara de la escuela. Por último, Runyan y sus colaboradores (1998) encontraron que la asistencia regular a la iglesia de la madre era un predictor significativo de resultados positivos en cuanto a la conducta de los niños preescolares de “alto riesgo.”

#### *La calidad de la escuela.*

Aunque no fue incluida como indicador para medir los niveles de capital social familiar o comunitario en el estudio original de Coleman y Hoffer (1987), algunos estudios posteriores han utilizado la variable *calidad de la escuela* como un indicador de las reservas de capital social comunitario de una familia. Furstenberg y Hughes (1995) crearon una escala de seis ítems sobre la calidad de la escuela; sin embargo, dichas percepciones de la calidad de la escuela se basaron en las entrevistas con los jóvenes, ellos mismos, en vez de con los padres de familia. Se encontró que los puntajes altos de calidad, según los adolescentes, estaban fuertemente relacionados con los resultados socioeconómicos positivos en los jóvenes, tales como graduarse de la preparatoria, inscribirse en la universidad, conseguir trabajo remunerado, evitar el embarazo antes de los 19 años (solamente en las jóvenes) y mantenerse mental y emocionalmente sano.

Por otro lado, en un estudio que evaluó la manera en que diferentes factores de riesgo y de protección de los padres y las amistades afectaron el rendimiento académico y el ajuste emocional de los jóvenes, Voydanoff y Donnelly (1999) midieron la calidad de la escuela, tal como fue percibida por los padres de familia, por medio de una escala de ocho ítems que abarcaban aspectos que incluían: el nivel de preocupación por los estudiantes por parte de los maestros, la efectividad del director de la escuela como líder, la habilidad de los maestros y el entorno de la escuela como un ambiente seguro para los niños, entre otros. Los puntajes se calificaron en una escala ordinal de cuatro opciones de respuesta, que consistían en una calificación de letra “A” (= buena), “B,” “C,” o “D” (= mala). Se descubrió que las percepciones de alta calidad de las escuelas de sus hijos, según los padres, estaban asociadas con los resultados positivos en el rendimiento educativo de sus hijos.

#### *La calidad del vecindario.*

Un último indicador del capital social comunitario, que se ha utilizado con frecuencia en el grupo de estudios revisados aquí, consiste en las percepciones de los padres sobre la calidad del vecindario en el cual reside la familia. De los 13 estudios que evaluaron el capital social comunitario con relación al bienestar social del niño, 9 usaron esta medida como un componente del capital social comunitario (Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Johnson, 1999; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Putnam, 2000; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Swanson Ernst, 2001). Furstenberg y Hughes (1995) encontraron que la alta calidad del vecindario era un predictor significativo de la inscripción futura de los jóvenes en la universidad. Stevenson (1998) y Johnson (1999), por otro lado, descubrieron que la baja calidad del vecindario estaba asociada con niveles altos de depresión en los jóvenes, y a su vez, con tasas altas de actos violentos cometidos por los jóvenes, respectivamente. Por último, múltiples

estudios indican que la calidad del vecindario, operacionalizada por los niveles bajos de desorden social y físico en el vecindario, es un predictor de diversos resultados positivos relacionados con el bienestar social de los niños, tales como los niveles bajos del maltrato infantil (Garbarino y Sherman, 1980; Swanson Ernst, 2001); los niveles bajos de actos delincuentes cometidos por los jóvenes (Maccoby y otros, 1958); los niveles altos de salud física y mental de los niños (Morrow, 2000); los niveles altos del rendimiento académico de los niños (Putnam, 2000); y los niveles altos de la eficacia colectiva para los niños (Sampson y otros, 1999).

Los indicadores más comunes para medir la calidad del vecindario a través de los estudios incluyen: las percepciones de los padres de familia en cuanto a si el vecindario es un lugar seguro para criar a sus hijos; los puntos de vista de los padres en cuanto a si el vecindario tiene algunos lugares seguros en donde los niños se puedan reunir y jugar; las opiniones de los padres en cuanto al grado de aspectos visibles de *incivilidad* —o bien, las señales del desorden social existente— en el vecindario (por ejemplo, la basura, los graffiti, los edificios abandonados, las pandillas y el tráfico de las drogas, entre otras) (véase a LaGrange, Ferraro y Supancic, 1992, por una revisión conceptual de la noción de aspectos sociales y físicos de incivilidad).

#### *El capital humano.*

Según Coleman (1990), el capital humano abarca el conocimiento, la inteligencia, el sentido común, las habilidades personales y los talentos con los que cuenta cada persona. En la literatura sobre los resultados en el bienestar social de los niños, el capital humano generalmente se mide a nivel familiar, mediante los niveles de estudio de los padres, los cuales pueden influir en el tipo de entorno cognitivo que existe dentro del hogar. La cantidad específica de apoyo que reciben los niños de sus padres dentro del ámbito del hogar puede mejorar o inhibir sus propios

procesos de aprendizaje (Coleman, 1988). Los estudios empíricos previos frecuentemente han operacionalizado este concepto como el nivel de estudio de la madre (el capital humano maternal), el nivel de estudio del padre (el capital humano paternal), o bien, como el promedio de las reservas del capital humano maternal y paternal (el capital humano familiar) (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). Con el fin de capturar con precisión los verdaderos efectos del capital social familiar y el capital familiar comunitario en una variedad de resultados relacionados con el bienestar social de los niños, la mayor parte de los estudios revisados aquí incluyó la noción del capital humano de los padres como una variable de control (Boisjoly y otros, 1995; Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Maccoby y otros, 1958; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Teachman y otros, 1996, 1997).

#### *El capital financiero.*

Del mismo modo, se excluyeron los efectos del ingreso de la familia de manera consistente en los análisis multivariados que se efectuaron en este grupo de estudios revisados para evaluar los verdaderos efectos del capital social familiar y el capital social comunitario en los diferentes resultados relacionados con los niños y los jóvenes (Boisjoly y otros, 1995; Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Maccoby y otros, 1958; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Teachman y otros, 1996, 1997). Según Coleman (1988), la noción del capital financiero se refiere a los recursos físicos y materiales que posee una familia, los cuales pueden influir en el rendimiento y los resultados futuros de los niños, tal como desempeña el papel del capital humano, mencionado arriba. En la literatura sobre el bienestar social y los resultados futuros de los niños que emana de los países

occidentales desarrollados, el capital financiero típicamente se mide como el ingreso familiar total de un hogar.

Sin embargo, los resultados de varios estudios que se efectuaron en los países en desarrollo, bajo los auspicios del Banco Mundial, fundamentan el uso de una conceptualización más holística del capital financiero que incorpore a los indicadores alternativos de “riqueza,” tales como el comercio y negociaciones informales entre las familias, las redes de apoyo financiero y la necesidad financiera percibida (Krishna y Uphoff, 1999; Pantoja, 1999). El capital financiero, igual que en el caso del capital humano, frecuentemente se encuentra en la literatura como una variable de control, la cual se incluye en los estudios para poder evaluar con precisión los verdaderos efectos del capital social familiar y el capital social comunitario en una variedad de resultados relacionados con el bienestar social de los niños (Boisjoly y otros, 1995; Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Maccoby y otros, 1958; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Teachman y otros, 1996, 1997).

#### Un análisis crítico de la revisión sistemática y la literatura sobre el capital social

El estudio del capital social como variable predictora que influye en el bienestar individual y colectivo ha producido nuevos precedentes con respecto al papel que este recurso social desempeña en facilitar los resultados positivos, tanto para los individuos y familias, como para las comunidades. La revisión sistemática de la literatura que se efectuó aquí, ha expuesto tres tendencias básicas que son emergentes a través de múltiples estudios. Se plantea que éstas ameritan mayor atención en las futuras investigaciones.

Para empezar, los hijos de las familias con niveles altos del capital social familiar son más propensos a tener resultados positivos en una variedad de áreas relacionadas con el bienestar

social en general, incluyendo la salud mental y física, el rendimiento académico y la plena participación en el mercado laboral formal (Coleman, 1988, 1990; Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Johnson, 1999; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Teachman y otros, 1996, 1997). Este patrón consistente a través de múltiples estudios y diversas disciplinas académicas quizás pueda resultar de una de las siguientes dos influencias principales. Primero, las reservas continuas del capital humano y capital financiero de los padres se hacen disponibles a los hijos por medio del capital social familiar. Segundo, una multitud de recursos, contactos y oportunidades sociales se hace disponible a los hijos mediante las reservas del capital social comunitario de una familia.

En cuanto a la segunda tendencia, al sintetizar los resultados de los estudios revisados aquí, es posible crear un perfil de las familias con niveles altos del capital social familiar y capital social comunitario. Los precedentes empíricos sugieren que las familias con un nivel alto de capital social familiar suelen tener una estructura familiar de naturaleza biparental, con la presencia de la figura paternal en el hogar, que sea el padre biológico o el padrastro. Típicamente, tienden a ser familias que se caracterizan por tener interacciones frecuentes entre los padres e hijos, un nivel alto de interés de los padres en las vidas cotidianas de sus hijos y un nivel alto de monitoreo, por parte de los padres, de las actividades de los hijos. Los padres de las familias con un nivel alto de capital social comunitario suelen ser más propensos a participar en las instituciones sociales en la comunidad y a su vez, a estar arraigados en las redes locales de apoyo social, conformadas por los familiares que viven tanto dentro del hogar, como afuera de él. Estas familias tienden a percibir unos niveles más altos de confianza y seguridad en el vecindario, y existe evidencia que indica que tanto su asistencia regular a misa, como la

educación de sus hijos en las escuelas católicas están positivamente correlacionadas con los niveles altos del capital social comunitario.

Con respecto a la última tendencia, el capital social, después de la pobreza, es el mejor predictor del bienestar social de los niños. Este recurso social es un determinante especialmente significativo en las áreas de la delincuencia juvenil, las tasas de deserción escolar, el embarazo en las adolescentes y el peso de los infantes al nacer (Putnam, 2000). No obstante, mientras que la presencia de la pobreza en las vidas de los niños y jóvenes ha sido identificada como un factor predictor negativo que impide su sano desarrollo —y que se asocia con consecuencias negativas, tales como la criminalidad adolescente, la deserción juvenil, el embarazo juvenil y la mortalidad infantil— se considera que el capital social, en contraste, es un factor predictor positivo que puede prevenir la manifestación de estos y otros problemas sociales en los niños y jóvenes (Putnam, 2000). Múltiples estudios sugieren que no sólo las instituciones e infraestructura sociales de una comunidad, sino también el apoyo social disponible a los padres de familia, mediante su participación en las redes sociales formales e informales, están fuertemente asociados con el desarrollo sano y el logro de resultados positivos futuros de sus hijos (Coleman y Hoffer, 1987; Furstenberg y Hughes, 1995; Garbarino y Sherman, 1980; Johnson, 1999; Maccoby y otros, 1958; Morrow, 2000; Putnam, 2000; Runyan y otros, 1998; Sampson y otros, 1999; Stevenson, 1998; Swanson Ernst, 2001; Teachman y otros, 1996, 1997). Este patrón puede resultar del acceso aumentado a las otras formas de capital, y a su vez, a los recursos humanos y sociales adicionales para las familias por medio de sus relaciones e interacciones sociales que ocurren en el ámbito comunitario.

Las implicaciones para las investigaciones futuras:

los vínculos entre el trabajo infantil callejero y el capital social



Tras una extensiva revisión de la literatura teórica y los precedentes empíricos con respecto al fenómeno del trabajo infantil en el ámbito de la calle y la noción del capital social, se propone que sería beneficioso explorar el fenómeno de la migración callejera bajo una óptica del capital social. Esta suposición se hace en base a tres premisas principales: 1) que la migración de los niños a la calle para trabajar puede ser precipitada por la inhabilidad estructural de las familias y/o las comunidades a satisfacer las necesidades básicas de sus hijos, 2) que existe bastante evidencia empírica que indica que las interacciones y relaciones basadas en las familias y en las comunidades pueden tener un impacto positivo en el bienestar social de los niños, especialmente en algunas áreas relacionadas con el fenómeno del trabajo infantil callejero, y 3) de todos los factores predictores asociados con el bienestar social de los niños, el capital social —después de la pobreza— tiene la influencia más grande en el desarrollo y alcance de resultados futuros de los niños (Putnam, 2000).

Furstenberg y Hughes (1995) destacan una característica importante del capital social, la cual puede conducir a un mejor entendimiento del fenómeno del trabajo infantil callejero. Plantean que el capital social —junto con los elementos relacionados, entre otros la participación cívica y las relaciones y redes sociales— funciona como un puente entre el microsistema (lo individual) y el macrosistema (lo estructural). Por ende, debido a su naturaleza intermediaria entre sistemas, el marco teórico del capital social puede posibilitar una mejor explicación de los fenómenos sociales que atraviesan los tres niveles, en vez de depender de un marco unidimensional, tales como los modelos exclusivamente micro o macro. Como se hizo evidente en las revisiones anteriores de la literatura teórica y empírica, el movimiento de los niños a la calle para trabajar constituye uno de estos fenómenos sociales multiniveles.

En conclusión, la revisión sistemática de la literatura sobre los niños trabajadores revela que existen varios factores predictores a niveles micro, meso y macro del trabajo infantil callejero. Algunos estudios sugieren que los niños trabajadores en el ámbito de la calle principalmente provienen de las familias que tienen niveles bajos del capital financiero y humano, y que residen en comunidades en situaciones de pobreza. A pesar de que estos predictores comúnmente citados del trabajo infantil en la calle expliquen mucho del movimiento de los niños a la calle, algunas preguntas importantes siguen sin respuesta. Hasta el presente, queda por investigar por qué algunos niños de familias con niveles limitados del capital humano y financiero trabajan en las calles, mientras que otros niños que provienen de familias con los niveles parecidos de estudios de los padres y los ingresos similares no trabajan. Este vacío en el conocimiento actual presenta a los investigadores de las ciencias sociales la oportunidad de explorar los aspectos adicionales de las familias y las comunidades que también puedan ser determinantes importantes del trabajo infantil callejero.

#### Las interrogantes de la investigación

Posterior a la revisión sistemática de la literatura empírica en cuanto al fenómeno del trabajo infantil callejero y el concepto del capital social, las siguientes interrogantes quedan sin respuesta. El presente estudio intenta darle respuesta a estas preguntas, mediante las hipótesis de la investigación presentadas en la siguiente sección.

1. Partiendo de la premisa de que el capital social es un predictor fuerte del bienestar social de los niños, ¿es la teoría del capital social un marco teórico adecuado en el mesosistema para identificar los indicadores basados en la comunidad del trabajo infantil callejero?
2. En base a los precedentes empíricos que sugieren la existencia de diferencias en los niveles del capital social familiar entre los niños que demuestran resultados positivos y

los que demuestran resultados negativos en diferentes indicadores del bienestar social, ¿existen diferencias en los niveles del capital social familiar entre las familias que tienen hijos que trabajan en la calle y las familias que tienen hijos que no trabajan?

3. Asimismo, sustentado en la literatura empírica que revela la existencia de diferencias en los patrones de interacción con los vecinos y la comunidad entre las familias con hijos que demuestran resultados de bienestar social positivos y las familias con hijos que demuestran resultados negativos, ¿existen diferencias en los niveles del capital social comunitario entre las familias que tienen hijos que trabajan en la calle y las familias que tienen hijos que no trabajan?
4. Al considerar los dos microfactores predictores existentes, que están empíricamente fundamentados, es decir, el capital humano de la familia (los niveles de estudio de los padres) y el capital financiero de la familia (el ingreso), ¿es posible que el capital social familiar pueda ayudar a explicar por qué algunas familias tienen hijos que trabajan en la calle, mientras que otras familias —con los niveles de estudio de los padres y el ingreso familiar parecidos— tienen hijos que no trabajan?

#### Las hipótesis de la investigación

Actualmente, la literatura empírica existente no ha logrado dar respuesta a las interrogantes propuestas. Hasta la fecha, los predictores más fuertes en la literatura del movimiento de los niños a la calle para trabajar consisten en las reservas del capital humano de los padres (los niveles de estudio de los padres) y las reservas del capital financiero de la familia (el ingreso familiar). No obstante, ya que los precedentes empíricos revelan que no todas las familias con niveles bajos de estudio de los padres —ni todas las familias pobres— tienen hijos que trabajan en la calle, se puede especular que los factores predictores del trabajo infantil en el

ámbito de la calle son, en esencia, mucho más extensos que lo que existe en la literatura actual. Además, hasta la fecha, ningún estudio ha explorado el fenómeno del trabajo infantil callejero bajo la óptica teórica del marco del capital social con el fin de identificar las mesovariables predictoras que estén asociadas con el movimiento de los niños a la calle para trabajar.

Al reconocer que existen estas, y otras limitaciones en la literatura actual, este estudio propone contribuir a los resultados empíricos existentes que se relacionan con el trabajo infantil callejero con variables potenciales basadas en la familia y/o en la comunidad. En base a la revisión sistemática de la literatura previamente efectuada, es evidente que el capital social familiar y comunitario son fuertes predictores de numerosos resultados asociados con el bienestar social del niño, tales como la ociosidad y delincuencia juveniles, la deserción escolar y el embarazo en las adolescentes. Partiendo de las premisas de la teoría del capital social, este estudio busca determinar si el capital social familiar y el capital social comunitario —además de los factores existentes del capital humano y el capital financiero— también son predictores del trabajo infantil callejero. Con el fin de dar respuesta a las interrogantes de la investigación que emergieron a partir de la revisión de la literatura, se proponen las siguientes hipótesis para guiar y orientar el presente estudio.<sup>10</sup>

1. El capital social familiar incluirá una serie específica de indicadores que diferencien entre las familias con hijos que trabajan en la calle y las familias con hijos que no trabajan.
  - 1.a. Las familias con una estructura familiar biparental serán más proclives a tener hijos que no trabajan que las familias con una estructura familiar monoparental.
  - 1.b. Los padres que reportan una alta calidad de relaciones entre los padres y sus

---

<sup>10</sup> Las hipótesis que se presentan aquí son exploratorias, ya que han sido derivadas de la literatura teórica y los hallazgos empíricos previos. En el caso de que las variables no carguen en los constructos teóricos tal como se especuló en base a la teoría del capital social, las hipótesis de investigación serán modificadas con el fin de presentar una relación más precisa entre los indicadores manifiestos y sus constructos latentes.

hijos serán más proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que reportan una baja calidad de relaciones entre los padres y sus hijos.

1c. Los padres que demuestran un mayor nivel de interés en sus hijos serán más proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que demuestran un menor nivel de interés en sus hijos.

1d. Los padres que monitorean a sus hijos con más cercanía serán más proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que monitorean a sus hijos con menos cercanía.

1e. Los niños que interactúan con los miembros de su familia extendida con mayor frecuencia serán más proclives a no trabajar que los niños que interactúan con los miembros de su familia extendida con menor frecuencia.

2. El capital social comunitario incluirá una serie específica de indicadores que diferencien entre las familias con hijos que trabajan en la calle y las familias con hijos que no trabajan.

2a. Los padres que perciben una alta calidad de la escuela serán más proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que perciben una baja calidad de la escuela.

2b. Los padres que perciben una alta calidad de vida en el vecindario serán más proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que perciben una baja calidad de vida en el vecindario.

2c. Los padres que tienen un mayor grado de redes de apoyo social en el vecindario serán más proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que tienen un menor grado de redes de apoyo social en el vecindario.

2d. Los padres que participan en la comunidad con mayor frecuencia serán más

proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que participan en la comunidad con menor frecuencia.

2e. Los padres que perciben un mayor grado de confianza y seguridad en el vecindario serán más proclives a tener hijos que no trabajan que los padres que perciben un menor grado de confianza y seguridad en el vecindario.

2f. Las familias que asisten a los servicios religiosos con mayor frecuencia serán más proclives a tener hijos que no trabajan que las familias que asisten a los servicios religiosos con menor frecuencia.

Ya que el enfoque del presente estudio consiste en identificar los predictores específicos del trabajo infantil callejero asociados con las relaciones intrafamiliares, y entre la familia y la comunidad, los indicadores intrapersonales (micro) y estructurales (macro) que se mencionaron arriba quedan afuera del alcance del presente estudio, y por ende, no serán abordados. La excepción aquí es la variable del capital humano del niño, que será incluida —junto con el capital humano de los padres (los niveles de estudio de los padres)— como variables de control en el presente estudio. De igual manera, debido a su presencia consistente en la literatura como un fuerte predictor del trabajo infantil en el ámbito de la calle, el capital financiero (que comprende cinco factores latentes y una variable compuesta manifiesta) será tratado como otra variable de control en la presente investigación.

Se incluirán ambos factores como variables de control, ya que una multitud de estudios empíricos revela que muchas de las variables relacionadas con la familia y con la comunidad están influenciadas por los efectos tanto del nivel de estudio de los padres, como del nivel de ingreso de la familia. Al controlar por las influencias de la educación y el ingreso, será posible distinguir entre los verdaderos efectos de las variables familiares y comunitarias en el trabajo

infantil callejero y aquellos efectos que simplemente han sido influenciados por las variables de educación e ingreso. En base a las premisas de la teoría del capital social, las demás variables en el modelo serán organizadas entre ocho sub-factores latentes y tres variables compuestas manifiestas para representar los dos factores generales que se pondrán a prueba en este estudio: el capital social familiar y el capital social comunitario. A continuación en la sección que se denomina “Los métodos,” se delinearán con mayor detalle las definiciones operacionales específicas de cada sub-factor y sus ítems correspondientes para los cuatro factores generales en el modelo: el capital humano, el capital financiero, el capital social familiar y el capital social comunitario.

## CAPÍTULO IV

### MÉTODOS

El propósito de este estudio era adquirir un mayor conocimiento acerca de los papeles que juegan tanto la familia como la comunidad, en prevenir o precipitar el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar. En base a la literatura actual, tal como fue sintetizada en los capítulos previos, este estudio intentaba explorar cómo y por qué algunas familias en una colonia urbana marginal en Monterrey, México, tienen hijos que trabajan en la calle, mientras que otras familias —que comparten el mismo entorno y condiciones socioeconómicas parecidas— tienen hijos que no trabajan. Antes de detallar los componentes metodológicos del presente estudio, es menester hacer un breve resumen del contexto geográfico de la colonia seleccionada para realizar la investigación.

#### *El contexto geográfico del estudio*

El Estado de Nuevo León se ubica en la región norteña de México y está rodeado por los Estados Unidos al noreste y los estados mexicanos de Tamaulipas al sureste, San Luis Potosí y Zacatecas al suroeste y Coahuila de Zaragoza al noroeste. Aproximadamente el 30% de la población total nuevoleonés de 3.826.240 habitantes reside en la ciudad de Monterrey, su capital. Con una población total de 1.110.997 residentes, se considera que la ciudad de Monterrey es el centro industrial, comercial y cultural más importante de la región norteña del país (INEGI, 2001). Monterrey es una ciudad exclusivamente urbana. El 100% de la población mora en localidades mayores de 2.500 habitantes. En promedio, existen 4.3 ocupantes por vivienda. Con respecto a las tasas de alfabetización en Monterrey, de la población total de adultos mayores de 15 años, el 96.8% sabe leer y escribir (INEGI, 2001). En cuanto a la composición demográfica



de Monterrey, el 26.4% de los habitantes de la ciudad regiomontana es menor de 15 años, mientras que el 66.6% tiene entre 15 y 64 años de edad (INEGI, 2001).

Para los fines de este estudio, se escogió la ciudad de Monterrey como el contexto geográfico para realizar esta investigación, dado que más de la mitad del número total de zonas expulsoras (o bien, las colonias que tienen índices altos de menores que laboran en las calles) en toda el Área Metropolitana de Monterrey, están ubicadas dentro de la ciudad de Monterrey. Además, el 64% de la población total de menores trabajadores detectados en las calles del Área Metropolitana de Monterrey está concentrado en las tres principales zonas expulsoras en la ciudad de Monterrey (DIF, 2000). Ahora bien, para realizar este estudio dentro de la ciudad de Monterrey, se eligió una colonia de la lista anual de zonas expulsoras, creada por el DIF, Nuevo León. Según la lista, de las 147 zonas expulsoras registradas dentro del Área Metropolitana de Monterrey, la colonia Genaro Vázquez, ubicada en la franja norte de la ciudad de Monterrey, es la colonia con mayor número de niños que laboran en la calle. (Véase las fotos de la colonia en el apéndice B.) En la última lista de zonas expulsoras que se compiló, 140 niños trabajadores en la calle —residentes de la Genaro Vázquez— fueron detectados por el equipo de trabajo en la calle del DIF que labora en varias intersecciones viales a través de la ciudad (DIF, 2000).

En el año 1995, el último año en el cual estaban disponibles los indicadores demográficos y sociales en el ámbito de la colonia, Genaro Vázquez tenía una población de 4,506 habitantes (2,263 hombres y 2,243 mujeres), con una edad promedio de 19 años. Aproximadamente el 37% de la población total que reside en Genaro Vázquez es menor de 14 años de edad. De los niños de edad escolar entre 6 y 14 años, el 87.4% sabe leer y escribir, mientras que el 87.5% de las personas mayores de 15 años sabe leer y escribir (INEGI, 1995). En 1995, el 90.5% del número total de viviendas habitadas tenía drenaje conectado a la red pública; el 99.4% disponía de

energía eléctrica; y el 66.6% contaba con agua entubada o dentro de la vivienda, o en el predio (INEGI, 1995).

Existen otros indicadores al nivel del Área Geoestadística Básica (AGEB), relacionados con el estrato socioeconómico, los patrones de migración, la actividad económica y el ingreso del hogar para la colonia Genaro Vázquez . Dicha colonia pertenece al AGEB #037-2, el cual se caracteriza como estrato socioeconómico medio bajo. Esta clasificación se basa en diversas características físicas de los vecindarios y las viviendas incluidos en cada AGEB (INEGI, 2000). Además, según el censo del 2000, el 79.5% de los residentes de la colonia Genaro Vázquez había nacido dentro de ese AGEB, mientras que el 19.5% había migrado allá (INEGI, 2000). De la población total de habitantes mayores de 12 años de edad en ese AGEB, el 49.8% es económicamente activo ocupado, la mayoría de los cuales (el 79.9%) labora como empleados u obreros. De la población total de personas económicamente activas en el año 2000, el 18.0% (casi uno de cinco trabajadores) percibía menos de dos salarios mínimos mensuales de ingreso (CNSM, 2002; INEGI, 2000). Según el DIF, muchas de las familias que residen en la colonia Genaro Vázquez laboran como comerciantes que venden semillas y otros comestibles en las intersecciones viales, las esquinas y en los mercados a través de Monterrey (Mesa Mendoza, 2002).

### *El diseño de la investigación*

Este estudio empleó un diseño no experimental, *ex post facto*, transversal. Primero, se utilizó el diseño no experimental, dado que este estudio no satisface ninguno de los dos requisitos que distinguen entre la investigación experimental y no experimental: 1) la manipulación de las variables independientes y 2) la selección aleatoria (Pedhazur y Schmelkin, 1991). Asimismo, el procedimiento *ex post facto*, el cual se incluye dentro de la gama de la

investigación retrospectiva, era el diseño más adecuado para este estudio. Para poder identificar y comprobar la fuerza relativa de las variables predictoras hipotetizadas que puedan influir en el movimiento de los niños a la calle para trabajar, se requiere conocimiento previo de la condición, o estatus, del trabajo callejero del menor (Ray, 1993). Por último, ya que este estudio proponía entrevistar a las madres del hogar en un solo punto en el tiempo con respecto a sus interacciones y relaciones, tanto dentro de la familia, como entre la familia y la comunidad, se usó el enfoque transversal (Hernández, Fernández y Baptista, 1998). La familia constituía la unidad de análisis para este proyecto de investigación, mientras que la encargada femenina (la madre) del hogar era la unidad de observación del estudio, ya que se consideraba que ella tendría mayor información con respecto a las relaciones intrafamiliares, y a su vez, en cuanto a las interacciones entre la familia y la colonia. La teoría del capital social servía como el marco conceptual-teórico que guiaba este estudio. Debido a su enfoque en las interacciones y relaciones individuales y colectivas, la teoría del capital social atraviesa el micro, meso y macrosistemas, facilitando así la incorporación de variables en el estudio en los ámbitos del individuo, de la comunidad y de la sociedad. La inclusión de diferentes variables a través de varios sistemas es primordial en el estudio del fenómeno de los niños que trabajan en la calle, ya que la revisión de los precedentes empíricos que se presentó en el capítulo anterior revela que este problema social es multidimensional en su naturaleza.

Se considera que los modelos estructurales, o causales, son inapropiados en este momento, debido a la naturaleza de la literatura existente con respecto al fenómeno de los niños que laboran en la calle. Hasta ahora, no existe precedente empírico alguno en la literatura actual que haya adoptado una variable dependiente continua para medir la cantidad de tiempo que se pasan trabajando en la calle los niños, como función de unas variables predictoras específicas y/o

unas combinaciones de variables predictoras específicas. En este momento, todavía no se sabe cuáles factores relacionados con el entorno de la familia y de la comunidad puedan precipitar y/o prevenir el movimiento de los niños hacia la calle para trabajar. Por estas razones, entre otras, esta investigación intenta generar nuevos datos, de los cuales futuros estudios que adopten los marcos estructurales o causales puedan partir, una vez que los factores de riesgo y de protección familiares y comunitarios hayan sido explorados a mayor profundidad.

#### *El procedimiento de muestreo*

Para realizar este estudio, se escogió una colonia dentro de la ciudad de Monterrey. Debido a las características generalmente homogéneas de los residentes que viven en colonias clasificadas como estrato socioeconómico bajo o medio bajo, en cuanto a su nivel de estudio, actividad económica e ingreso del hogar, se llevó a cabo este estudio en una sola colonia (INEGI, 1990). De la lista ya mencionada de las zonas expulsoras, compilada y actualizada anualmente por el DIF, se eligió la colonia Genaro Vázquez, ya que tiene el mayor número de niños que laboran en la calle en el Área Metropolitana de Monterrey (140 niños).

Se aplicó un método de muestreo no probabilístico e intencionado, por cuotas, para seleccionar a los casos para inclusión en este estudio.<sup>11</sup> Este método de muestreo fue escogido como el más apropiado para los fines de esta investigación, ya que no existía ninguna lista extensa de la población general de niños trabajadores en la calle, originarios de la colonia Genaro Vázquez, en la cual una muestra aleatoria se podría basar (Ray, 1993). Conforme a la norma de los estudios previos sobre los niños trabajadores en la calle, tal como se puede ver en la revisión de la literatura empírica (véase el apéndice A, tabla A1), con la excepción de un estudio empírico en el grupo de estudios revisados (excluyendo los estudios de análisis secundario de datos), los otros estudios adoptaron el método de muestreo no probabilístico e intencionado. Aunque el

---

<sup>11</sup> El cálculo del tamaño de la muestra se explicará en el siguiente apartado, denominado, "La muestra."

muestreo no probabilístico abarca diferentes técnicas de muestreo, este estudio adoptó un método de selección más intencionado que las muestras típicas de conveniencia (en la literatura, estas últimas se refieren a las muestras accidentales, accesibles y expedientes) (Pedhazur y Schmelkin, 1991; Ray, 1993). Se diseñó una serie de seis preguntas preeliminares para determinar la elegibilidad de las familias para el estudio. Las siguientes preguntas representan los criterios de inclusión de las familias en el estudio:

1. ¿Tiene usted un hijo o hija entre 6 y 16 años que vive en su hogar?
2. En el último año, ¿(Niño Índice)<sup>12</sup> ha contribuido con dinero al ingreso de la familia?
3. ¿Es común que (Niño Índice) le acompañe a usted a su trabajo para ayudarlo? (si se aplica)
4. ¿Es común que (Niño Índice) acompañe a su pareja (o a su papá) para ayudarlo en su trabajo? (si se aplica)
5. ¿Trabaja actualmente (Niño Índice)?
6. En el último año, ¿(Niño Índice) ha participado en alguna labor, que sea pagada o no, para alguien que no sea miembro de su familia?

Todas las preguntas de prueba de elegibilidad fueron contestadas en forma de “sí” o “no.” Para haberse calificado como participante en el estudio, la madre o encargada tenía que haber contestado “sí” a la primera pregunta, ya que los niños entre 6 y 16 años de edad eran el grupo de enfoque de este estudio. Se eligió este rango de edad para la presente investigación en base a los precedentes empíricos que han definido rangos parecidos de edad en los estudios previos sobre el trabajo infantil (DIF et al., 1997; UNICEF, 1998).

---

<sup>12</sup> Para los fines de este estudio, la noción de “Niño Índice” se referirá al niño o la niña, entre 6 y 16 años de edad, sobre el cual la madre (o encargada del hogar) contestará todas las preguntas en el cuestionario.

Se incluyeron tanto a las niñas como a los niños en la muestra para este estudio. La evidencia empírica previa de los estudios realizados por el DIF y otros (1997) y por el DIF (1999) en Monterrey, México, revela que la mayoría de los niños que trabajan en las calles son varones (el 85% y el 71%, respectivamente). Otros estudios dentro de la región latinoamericana sugieren que las niñas que trabajan en las calles son más evidentes en las noches, laborando como prostitutas infantiles, o bien, junto con sus familias, laborando como niñas trabajadoras en familia (Rizzini, 1996; Rizzini y Lusk, 1995). Sin embargo, debido al hecho de que el interés principal del presente estudio consistía en identificar los factores que puedan precipitar el movimiento de los niños hacia la calle a trabajar, no la naturaleza de su trabajo una vez que estén en la calle, la población enfoque de este estudio incluyó tanto a los niños varones como a las niñas que trabajan en la calle.

Después de usar la pregunta número 1 con el fin de determinar la elegibilidad de las familias en el estudio, las preguntas del número 2 al 6 sirvieron para categorizar a las familias en uno de dos grupos mutuamente exclusivos: 1) las familias con niños entre 6 y 16 años de edad que trabajan en las calles de Monterrey y 2) las familias con niños entre 6 y 16 años de edad que no trabajan. Si la madre o encargada de familia contestaba “sí” a *cualquiera de las preguntas* (del #2 al #6), la familia fue clasificada como una “familia con niño que trabaja en la calle.” Por otro lado, si la madre o encargada de familia contestaba “no” a *todas las preguntas* (del #2 al #6), la familia fue clasificada como una “familia con niño que no trabaja.”

En el caso de que una madre haya tenido varios hijos, y de los dos géneros, entre los 6 y los 16 años que o, trabajaran en la calle, o bien, no trabajaran, la entrevistadora escogió al niño índice con el fin de lograr un balance en cuanto a las edades cronológicas y los géneros entre los dos grupos de familias (con niños que trabajan en la calle y con niños que no trabajan).

Asimismo, en el caso de que una madre haya tenido varios hijos trabajadores y no trabajadores entre las edades de 6 a 16 años en el hogar, la entrevistadora escogió a uno de los niños *trabajadores en la calle* como el niño índice, debido a la presencia de por lo menos un niño trabajador en el hogar. Por último, en el caso de que una madre haya tenido un hijo que trabajara en el ámbito laboral *formal*, es decir, que no fuera en la calle, no se aplicó ninguna entrevista dentro de ese hogar, ya que el enfoque del presente estudio era el trabajo que se realiza en el ámbito callejero.

Se formularon las preguntas de prueba de la elegibilidad en una manera en la que no se referían explícitamente al trabajo “en la calle,” sino el trabajo infantil, en general, por dos razones principales. Primero, debido a que este estudio era exploratorio por naturaleza, a propósito se amplió la definición de los “niños trabajadores en la calle” para abarcar la mayor cantidad de actividades informales, económicas y para-económicas, en las cuales los niños podían haber estado laborando. No obstante, en base a las observaciones empíricas previamente hechas dentro de las colonias de Genaro Vázquez y Lomas Unidad Modelo<sup>13</sup>, y a su vez, las entrevistas con el personal del DIF en cuanto a la naturaleza del trabajo infantil en ambas colonias, se especulaba que la mayor parte de los trabajos en que participaban los niños se realizaba en el entorno de la calle, que sea con sus familias, o bien, de manera independiente.

Segundo, las preguntas de prueba de la elegibilidad no especificaban abiertamente el “trabajo de calle,” sino que se referían al trabajo infantil en general debido a la suposición que las madres o encargadas del hogar tal vez no hubieran querido confesar que sus hijos, especialmente los niños pequeños, estuvieran laborando en la calle. Dos factores que podían haber influido en la manera en que las madres o encargadas hayan respondido a las preguntas de

---

<sup>13</sup> La Lomas Unidad Modelo es la colonia dentro de la cual se realizó la prueba piloto. Se presentarán mayores detalles sobre la prueba del instrumento en las sub-sección denominada, *El instrumento de medición*.

prueba de la elegibilidad consisten en la Ley Federal del Trabajo y la política nacional de bienestar social para la niñez en México. Tanto la Ley Federal del Trabajo, que prohíbe que los niños menores de 14 años de edad (y los menores de 16 años si no están en la escuela) trabajen, como la nueva política de bienestar social para los niños de la calle, *De la Calle a la Vida*, diseñada e implementada por la administración del Presidente Vicente Fox, procuran prevenir que los niños trabajen. Asimismo, los dos precedentes jurídicos pretenden sacar del entorno callejero a los niños que ya están trabajando y reintegrarlos en sus familias, escuelas y comunidades. Para este estudio, al adoptar una definición más general y menos peyorativa, y a su vez, al reiterar a las participantes que la investigación no se originaba en el DIF, sino en una institución neutra —la Universidad Autónoma de Nuevo León— se anticipaba que se sentirían menos cohibidas al contestar abierta y honestamente las preguntas de prueba de la elegibilidad.

El punto de partida para localizar a las familias con niños que trabajan en las calles consistía en consultar una lista de todas las familias en la colonia Genaro Vázquez que participaban en el programa *Mejores Menores*, bajo los auspicios del DIF, en Monterrey, México. Este programa atiende a las familias de los niños que han sido detectados laborando en las calles por el equipo de calle de dicha institución. Además de estas familias, otras fueron identificadas por medio del método de muestreo intencionado conocido como “la bola de nieve.” Esta técnica generalmente se usa cuando no existe una lista de la población entera, de la cual una muestra aleatoria se podría efectuar. Bajo esta técnica de muestreo intencionado, una persona que concuerde en participar en el estudio ayuda al investigador a localizar a otros participantes, los cuales ayudan a identificar a otros participantes para el estudio, en manera de una “bola de nieve” (Ray, 1993). En el caso de la lista del DIF de los participantes del Programa, la versión más reciente se compiló en junio del año 2000 y, al tiempo en que se realizó el estudio, no se



había tomado ninguna medida para actualizarla. Por ende, de ninguna manera se podía utilizar dicha lista como una medida representativa de la población de niños que trabajan en la calle en la colonia Genaro Vázquez . Más bien, la lista sirvió como un punto a partir del cual se podía localizar a otras familias con niños que trabajan en las calles, siguiendo la técnica de bola de nieve mencionada arriba. Después de que una madre o encargada había contestado “sí” a *cualquier* de las preguntas de prueba de la elegibilidad (del #2 al #6) y había terminado la entrevista completa en persona, la investigadora le solicitó los nombres y direcciones domiciliarias de otras madres de familia dentro del la colonia Genaro Vázquez, cuyos hijos trabajan en las calles.

Asimismo, las familias de los niños que no trabajan fueron seleccionadas dentro de la misma colonia, por medio de la técnica de bola de nieve. Una vez que la madre o encargada había contestado “no” a *todas* las preguntas de prueba de la elegibilidad (del # 2 al #6) y había acabado la entrevista completa en persona, la investigadora le solicitó los nombres y direcciones domiciliarias de otras madres de familia dentro del la colonia Genaro Vázquez, cuyos hijos no trabajan.

A pesar de que la validez de las inferencias de un investigador dependa del uso de una muestra aleatoria, la selección aleatoria de los participantes no fue factible para este estudio (Pedhazur y Schmelkin, 1991). Principalmente, la lista existente que produce el DIF de la población anticipada de niños que trabajan en la calle carecía tanto de validez como de confiabilidad. En la ausencia de criterios metodológicos sólidos que guíen el conteo anual de los niños trabajadores en las calles de Monterrey, sería una falacia asumir que la población entera de niños trabajadores haya sido identificada e incluida en dicha lista. En vez de percibir la lista como un reflejo válido de la población entera de los niños trabajadores en la calle que viven en la

Genaro Vázquez, la investigadora usaba la lista del DIF como una referencia para poder localizar a familias de esa colonia con niños que trabajan en las calles. No obstante, con el fin de aumentar la confiabilidad de este estudio, se compararon algunos indicadores demográficos, educacionales, económicos y sociales de la muestra de este estudio con los indicadores respectivos de la población general de la colonia Genaro Vázquez, tal como fueron reportados en *XII censo general de población y vivienda, 2000*, realizado por el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI).

### *La muestra*

Debido a la cantidad extensa de variables predictoras incluidas en este estudio, se efectuó un análisis de poder estadístico para determinar el tamaño de muestra necesario para poder detectar una relación entre el capital social y el trabajo infantil callejero, en el caso de que realmente exista. Los análisis de poder se originaron dentro de la disciplina de la psicología en la investigación experimental; sin embargo se han convertido en una estrategia común en las investigaciones no experimentales dentro de las ciencias sociales para calcular el tamaño de la muestra requerido para detectar una relación entre dos variables, cuando en realidad, una relación existe. En esencia, el poder de una prueba estadística se refiere a la probabilidad de que un investigador evite cometer un error de Tipo II, es decir, de aceptar la hipótesis nula como verdadera, cuando en realidad, existen diferencias reales (Pedhazur y Schmelkin, 1991).

El poder estadístico de una prueba es la función de cuatro elementos principales: el tamaño de efecto, el nivel de alfa (error de Tipo I), el nivel de beta (error de Tipo II) y el tamaño de la muestra. Al mantener constante cualquier combinación de tres de estos cuatro elementos, se puede determinar el valor del otro. Para los fines de este estudio, se calculó el tamaño de la muestra por medio de un análisis de poder estadístico. Según el índice del tamaño del efecto,

popularizado por Cohen (1988), 0.4 constituye un efecto entre pequeño y mediano, en términos de su tamaño. Efectivamente, para poder considerar cualquier resultado de este estudio como *substantivamente importante*, las diferencias de medias tendrían que ser por lo menos 0.4 de una desviación estándar. Conforme con el nivel convencional de alfa adoptado en la mayoría de las investigaciones en las ciencias sociales, este estudio utilizó un nivel de alfa de 0.05. Un nivel de alfa de 0.05 corresponde a una probabilidad de 0.95 de llegar a una conclusión verídica solamente cuando la hipótesis nula sea verdadera. Ahora bien, un investigador podría emplear un nivel de alfa menos estricto con el fin de aumentar el poder estadístico, no obstante, esto generaría consecuencias negativas. Al adoptar un nivel de alfa menos riguroso, uno aumentaría su posibilidad de cometer un error de Tipo I, o de rechazar la hipótesis nula cuando en realidad, es verdadera. Tomando en cuenta estas consecuencias, se adoptó el nivel convencional de alfa de 0.05 para el presente estudio (Pedhazur y Schmelkin, 1991; Lipsey, 1998). Por último, la convención para beta, tal como propuso Cohen (1988) para el uso general, es  $\beta = 0.20$ , lo cual permite un 20% de posibilidad de cometer un error de Tipo II. El nivel de poder correspondiente a  $\beta = 0.20$  es 0.80, lo cual constituye el valor mínimo de poder estadístico sugerido por Cohen.

Con un tamaño de efecto de 0.4, un alfa de 0.05 y un nivel de poder de 0.80, se puede consultar las tablas de Cohen (1988) para seleccionar el tamaño de la muestra correcto en términos del poder estadístico. Para este estudio, el tamaño de la muestra aproximado que se requiere para detectar una relación cuando una realmente existe es 99 participantes en cada grupo. Por ende, con 100 participantes en cada uno de los dos grupos ( $N = 200$ ), el poder para detectar un tamaño de efecto de 0.40 equivale 0.80; es decir, a un nivel de alfa de 0.05, se esperarían los resultados estadísticamente significativos en un 80% de las veces que se efectúe una prueba "t" o un Análisis de Varianza de una sola vía (one way) (Lipsey, 1998).

En resumen, en base a las seis preguntas de prueba de la elegibilidad mencionadas anteriormente, la muestra general de 200 participantes —seleccionados dentro de la colonia Genaro Vázquez — fueron categorizados en uno de los dos grupos mutuamente exclusivos: 1) las familias con niños entre 6 y 16 años de edad que trabajan en las calles de Monterrey y 2) las familias con niños entre 6 y 16 años de edad que no trabajan.

#### *El instrumento de medición*

Después de efectuar una revisión extensa de la literatura y los precedentes empíricos con relación tanto al fenómeno de los niños trabajadores en la calle, como al concepto del capital social, se diseñó un cuestionario para este estudio (véase el apéndice C). En base a las escalas e indicadores de un solo ítem que se han utilizado en la literatura para medir los efectos del capital social familiar y comunitario en otros temas relacionados con el fenómeno del trabajo infantil callejero, la presente investigación utilizó las medidas ya existentes del capital social con el fin de avanzar el conocimiento adquirido de los estudios previos. El cuestionario diseñado para esta investigación pretendía medir los niveles de cuatro dimensiones de capital entre los dos grupos que conformaban la muestra, específicamente: el capital humano, el capital financiero, el capital social familiar y el capital social comunitario. En la ausencia de un instrumento actual que midiera los efectos del capital humano, financiero, social y comunitario en la tendencia de los niños a trabajar en las calles, se adaptó y modificó algunas escalas y variables existentes de otros instrumentos relacionados para crear el que se utilizó para la presente investigación.

Una escala y un puntaje índice, que se utilizaron en la presente investigación para medir los elementos específicos del constructo de capital social comunitario (los problemas en la colonia y la participación / activismo en la colonia), provenían del estudio: *El proyecto sobre el desarrollo humano en las vecindades de Chicago: Un estudio comunitario, 1994-1995* (Earls,

1997). La muestra en la cual se aplicaron la escala y el puntaje índice originales consistía en 8,782 residentes adultos, Blancos, Negros y Latinos en diferentes vecindades en la ciudad de Chicago. El estudio original no reportó información alguna con respecto a la confiabilidad de las escalas individuales. Tampoco se mencionó el uso de un análisis factorial en el estudio original para determinar si los ítems seleccionados en las escalas exactamente medían a los constructos que intentaban medir. No obstante, en base a la revisión de la literatura que se hizo para el presente estudio, se puede deducir que los indicadores de las escalas individuales demuestran validez de contenido al medir lo que teóricamente pretenden medir.

Asimismo, tres escalas en el presente instrumento fueron adaptadas del estudio: *El cuestionario de los padres e hijos* (Comisión Nacional sobre los Niños, 1990). La primera escala fue seleccionada para medir uno de los componentes individuales del capital social familiar (la empatía de los padres); la segunda escala medía uno de los componentes específicos del capital social comunitario (la calidad de la escuela); y la tercera escala medía uno de los aspectos del capital financiero (los problemas económicos). La muestra para ese estudio consistía en 1,738 padres de familia en los Estados Unidos continentales que residían con sus hijos en el mismo hogar durante el tiempo en que se efectuó el estudio. Se empleó un muestreo compensado para los hogares con hijos de 10 años y más de edad, así también para los hogares con familias Negras e Hispanas. Tal como se vio en el estudio comunitario de Earls (1997), el estudio original aquí tampoco reportó información específica en cuanto a si se efectuó, o no, un análisis de confiabilidad o análisis factorial en estas tres escalas.

Por último, se adaptaron para este instrumento dos puntajes índice del *Índice del capital social*, creado por Onyx y Bullen en 1998 en el Centro Australiano para las Organizaciones y Gerencia Comunitarias en la Universidad de Tecnología, ubicada en Sydney, Australia. La

muestra del estudio original comprendió a 1,211 ciudadanos que estaban viviendo en áreas tanto rurales, como urbanas de Nueva Gales del sur. Los participantes variaban en edad entre los 18 y 65 años, con un promedio de edad de 39 años. El 58% de la muestra era del sexo femenino; el 59% estaba empleado; el 27% tenía un título universitario y un 37% residía en hogares con pareja e hijos. Los resultados de este estudio seminal, el cual resultó en la creación del instrumento conocido como el *Índice del capital social*, revelan que el capital social es un concepto empírico que posee ocho sub-factores distintos.

Para los fines de esta disertación, sólo dos de estos ocho sub-factores eran directamente relevantes a esta investigación: 1) los sentimientos de confianza y seguridad y 2) las conexiones en el vecindario. En el presente estudio, ambos factores medían el concepto de capital social comunitario. Se efectuaron tanto el análisis factorial, como el análisis de confiabilidad entre ítems en el estudio original para identificar los elementos específicos del capital social, y a su vez, para determinar cuáles preguntas individuales eran los mejores indicadores del capital social. Las cargas de factores para los cinco indicadores de *los sentimientos de confianza y seguridad* variaban entre 0.62 y 0.72, mientras que las cargas para los cinco indicadores que miden *las conexiones en el vecindario* variaban entre 0.45 y 0.75. El alfa de Cronbach para los 36 ítems totales que conforman los ocho componentes de capital social era 0.84. Además, las correlaciones ítem-total variaban entre 0.25 y 0.45 (Onyx y Bullen, 2000).

Salvo los siete escalas y puntajes índice mencionados aquí, los otros ítems incluidos en el cuestionario para el presente estudio habían sido desarrollados de la literatura teórica y los precedentes empíricos relacionados con el fenómeno de niños trabajadores en la calle y con el concepto del capital social. El cuestionario también contenía algunas variables demográficas generales con el fin de adquirir información sociodemográfica relacionada con los participantes

para poder presentar las similitudes y diferencias descriptivas entre los dos grupos de familias en el estudio.

Una de las metas fundamentales en la investigación científica es la de emplear los métodos de medición que sean válidos y confiables (Ray, 1993). Para cumplir con estos criterios, después de levantar los datos empíricos para este estudio, se efectuó un análisis factorial y de confiabilidad en el cuestionario que se utilizó. El análisis factorial se usó con el fin de confirmar la validez de constructo interna de los cuatro factores generales incluidos en este estudio: el capital humano, el capital financiero, el capital social familiar y el capital social comunitario. Se utilizó la convención aceptada de 0.40 para determinar cuales factores serían retenidos dentro de cada estructura de factor (Pedhazur y Schmelkin, 1991). Sin embargo, debido a la naturaleza exploratoria del presente estudio, y además, el uso de algunos meso-indicadores por primera vez en la literatura, el valor de 0.4 fue relajado a 0.2 para poder retener la mayor cantidad posible de ítems para los análisis bivariado y multivariado. Asimismo, para establecer la confiabilidad de las cuatro escalas individuales incluidas en el instrumento, se calculó el coeficiente de la confiabilidad, conocido como el alfa de Cronbach. El criterio convencional dentro de la comunidad científica de 0.80 o más fue adoptado para retener los ítems en las escalas analizadas.

Se efectuó el análisis de confiabilidad entre observadores, también, para determinar el grado de consistencia entre la investigadora y las tres asistentes (encuestadoras) al llenar el cuestionario, en base a las respuestas de los participantes en el estudio. Para cada una de las tres asistentes de investigación, la investigadora principal primero aplicó la entrevista y codificó las respuestas, mientras que la asistente escuchaba la entrevista y codificaba las respuestas del participante. Luego, se cambiaron de papeles la investigadora principal y la asistente. Mientras

la asistente aplicaba la entrevista y codificaba las respuestas, la investigadora principal escuchó y codificó las respuestas en el cuestionario. Se calculó la confiabilidad entre observadores para cada serie de entrevistas y se sacó el promedio de cada una. Se repitió este proceso tres veces: una vez para cada una de las tres asistentes de investigación. La confiabilidad entre observadores fue 99%. Se eligieron estos pasos para efectuar el análisis, en lugar de adoptar un enfoque colectivo, de grupo, ya que se especulaba que hubiera sido intruso entrar a los hogares de los participantes en un grupo de cuatro entrevistadoras.

Durante el período del 18 al 24 de marzo del año 2002, se efectuó una prueba piloto del presente instrumento en la colonia Lomas Unidad Modelo Ampliación Norte, ubicada en Monterrey, México, con una muestra de 20 familias (9 familias con hijos que trabajan en las calles y 11 familias con hijos que no trabajan). La colonia Lomas Unidad Modelo fue elegida como el sitio más apropiado para la prueba piloto, ya que tiene el segundo índice más alto de niños trabajadores en la calle (127 niños), según la lista anual de colonias expulsoras del DIF. Debido a cierta homogeneidad de características sociodemográficas entre las dos colonias, y el hecho de ser geográficamente adyacentes, se especulaba que las participantes en el estudio de ambas colonias compartirían algunas características similares en cuanto a los patrones de migración, el nivel de estudio, la actividad económica, el ingreso del hogar y el acceso a los servicios y recursos públicos. Después de efectuar la prueba piloto, se hizo una serie de cambios y ajustes al cuestionario que fueron incorporados en el instrumento tanto para fortalecer la variable dependiente, como para aclarar la retórica de las preguntas que resultaron ser difíciles de entender para las madres participantes en la prueba piloto.